

ES A QUIÉN CONOCES

Autor: Morris Venden

Año: 1996

jesusyyo.com

ES A QUIÉN CONOCES	1
Prefacio	3
Capítulo 1: La Pregunta Más Importante Jamás Hecha	6
Capítulo 2: La Buena Batalla de la Fe	27
Capítulo 3: Cómo Encontrar a Cristo.....	49
Capítulo 4: Lo Suficientemente Arrepentido Como Para Renunciar.....	69
Capítulo 5: ¡La Mejor Transacción de Todos los Tiempos!	94
Capítulo 6: ¡El Espíritu Santo y La Conversión!	107
Capítulo 7: Una Prescripción Espiritual	124
Capítulo 8: La Paciencia de Dios	149
Capítulo 9: Trabajando en Tu Propia Salvación.....	168
Capítulo 10: ¿Renunciar a Qué?	190
Capítulo 11: Empeorar Cuando Lo Intentamos	216
Capítulo 12: La Fe de Jesús.....	241
Capítulo 13: Cómo Manejar La Tentación	259

PREFACIO

Hace más de veinte años, escribí una serie de diez pequeños folletos sobre cómo vivir la vida cristiana. Posteriormente, esos folletos, publicados por primera vez por «Concerned Comunicaciones», se combinaron en un solo volumen titulado “Cómo Hacer Realidad el Cristianismo”. (También hubo una edición navideña llamada El Motivo de la Temporada.) Desde entonces, he escrito más de treinta libros más, ¡y déjame decirte que da miedo ver tus pensamientos impresos! ¡Es como fijar tus ideas en cemento! A menudo, he deseado poder cambiar algo publicado años antes, para reflejar mi crecimiento e iluminación actuales. Y ahora tengo la oportunidad.

Recientemente, «Concerned Communications» sugirió una nueva edición de mi primer libro, con los cambios y actualizaciones que considere necesarios. ¡Qué invitación! Me ha brindado una oportunidad única para señalar (y aclarar) algunas de estas «ideas posteriores».

Creo que el Evangelio de las Escrituras incluye tanto lo que Jesús ha hecho por nosotros (justificación), como lo que quiere hacer en nosotros (santificación). A los cristianos no les basta con ocuparse sólo de la primera parte. ¡Jesús

mismo habló el doble sobre la segunda mitad! Esa fue la intención de mi primer libro, publicado hace más de veinte años, un libro sobre cómo vivir la vida cristiana, que trataba sobre lo que Jesús quiere hacer en nosotros, y cómo funciona esto en la vida real.

¡Pero este énfasis nunca tuvo la intención de disminuir la importancia de la primera mitad del Evangelio! Y así, además de una extensa actualización del material original, «Es A Quién Conoces» contiene tres capítulos completamente nuevos. El primero (capítulo 5) incluye lo que Jesús ha hecho por nosotros: la justificación. El segundo (capítulo 6) analiza más de cerca uno de los temas más descuidados en la iglesia cristiana actual: el Espíritu Santo y la conversión. Y el tercero (capítulo 12) se centra en experimentar el tipo de fe que tenía Jesús.

El sorprendente mensaje de todo el evangelio sigue siendo el mismo: ¡no se trata de lo que haces, sino de a quién conoces! ¡Y la buena noticia es que todo lo que necesitamos en esta vida y en la venidera es un regalo! Dios opera según el sistema de dones, no según el sistema de méritos. ¿Cuál es entonces nuestra parte? Es siempre y sólo venir a Él, y simplemente recibir Sus abundantes dones.

Espero que «Es A Quién Conoces» te ayude a comprender aún mejor cómo venir a Jesús, y cómo seguir viniendo a Él, hasta el día en que todos lo veamos cara a cara.

Morris Venden, Riverside, California, 1996

CAPÍTULO 1: LA PREGUNTA MÁS IMPORTANTE JAMÁS HECHA

¿Cuál es la pregunta más importante que alguna vez has hecho? Cuando a Daniel Webster le preguntaron esto, dijo que tenía que ver con su responsabilidad ante Dios. Pero puedo pensar en momentos de mi propia vida, en los que la pregunta más importante del momento era simplemente: «¿De dónde voy a conseguir suficiente dinero para un cono de helado?»

Recuerdo haber hecho un examen para convertirme en radioaficionado, y luego quedarme despierto toda la noche esperando que llegara mi licencia. Mi pregunta más importante fue: «¿Cuándo me llegará la licencia para poder salir al aire y hablar con otros 'aficionados'?»

La pregunta más importante de quienes viven en zonas del mundo azotadas por el hambre podría ser: «¿De dónde vendrá el próximo bocado de comida?» Otras preguntas serias que enfrentamos podrían ser: «¿Dónde voy a conseguir un auto nuevo?» o «¿Cómo voy a hacer frente al próximo pago de la casa?» Por supuesto, esas son

grandes preguntas. Pero la pregunta más importante sobre la vida debe plantearse en referencia a la eternidad.

Me gustaría razonar un rato contigo y apelar a tu sentido común. Escuché acerca de un muchacho escocés, que un día llegó a casa y dijo: «He decidido ser predicador». Su viejo y sabio abuelo respondió: «Hijo, hay tres cosas que necesitarás para eso: necesitarás aprendizaje, necesitarás la gracia de Dios, y necesitarás sentido común. Si no tienes conocimientos, puedes estudiar para ello. Si no tienes la gracia de Dios, puedes orar por ella. Pero si no tienes sentido común, entonces vuelve a cavar patatas, porque ni Dios ni el hombre pueden utilizarte como predicador.»

El hombre más sabio del mundo describió el tipo de conocimiento que realmente cuenta: «Obtén sabiduría, adquiere entendimiento... La sabiduría es suprema; por tanto, adquiere sabiduría. Aunque te cueste todo lo que tienes, adquiere comprensión.» Proverbios 4:5 y 7.

Muchos de nosotros tenemos más sentido común del que exhibimos, y deberíamos utilizar cada gramo de sentido común que tengamos, porque sin él, ¡todo el conocimiento del mundo no vale mucho!

UNA CUESTION DE PERSPECTIVA

Una forma en la que muchos de nosotros no utilizamos nuestro sentido común es en nuestra perspectiva de la vida. La vieja expresión: «Los árboles no pueden ver el bosque», ilustra la idea de que es posible que nos absorbamos tanto en los detalles que olvidemos la imagen total, que nos obsesionemos tanto con el «ahora» que nos olvidemos del «más tarde.» (Tres áreas donde esto puede suceder fácilmente son la escuela, la carrera y las actividades sociales). Es muy fácil empantanarse en la imagen estrecha de nuestras vidas aquí y ahora, y perder de vista el tiempo y la eternidad. Me gustaría recordarles nuestro propósito al estar en este mundo y lo que Dios considera éxito.

Jesús habló una vez de un pequeño granero y de un gran tonto. El hombre rico de esta historia (probablemente un hombre «bueno» por lo demás) cometió un error: dejó a Dios fuera de su pensamiento y planificación. Su pregunta más importante fue: «¿De dónde voy a conseguir el espacio para guardar todos mis bienes?» Finalmente, concluyó: «Necesito derribar mis pequeños graneros y construir otros más grandes». Y como acumuló mucho en

términos de posesiones materiales, planeó sentarse algún día, y decir: «Come, bebe y descansa».

Jesús nos da una pequeña idea del corazón de este tipo de persona: el gran eslabón perdido en la vida de este hombre era dejar a su Creador fuera de escena. Se olvidó de que Dios mantenía los latidos de su corazón; Que Dios, el mismo autor de la vida, fue el responsable de que la sangre fluyera por sus venas. Se había vuelto tan autosuficiente que creía que sus propias acciones eran responsables de mantener la vida en marcha.

TODA LA VIDA VIENE DE DIOS

Ahora creo que Dios mantiene mi corazón latiendo en este mismo momento. Ningún científico en el mundo puede producir las maravillas que componen el cuerpo humano. De hecho, no hay un solo hombre vivo que pueda crear un grano de maíz de la nada, ¡y mucho menos un cuerpo humano! Oh, he visto granos de maíz falsos que se veían bastante bien, pero si los plantas en el suelo y los riegas hasta el día del juicio final, ¡todavía no crecerán! Los científicos pueden analizar un grano de maíz; pueden decirle exactamente qué ingredientes contiene y en qué proporciones; incluso pueden ensamblarlos y hacer que se vean bien. Pero todavía falta algo: ¡vida! Y el científico más

grande del mundo no puede crear un solo grano de maíz que produzca cientos de granos de maíz más.

Algunas personas creen que Dios inició la vida en esta tierra y luego dejó que continuara automáticamente a partir de entonces. Pero creo que el gran Dios del universo mantiene mi corazón latiendo momento a momento ¡Ahora mismo! Y este mismo Dios nos invita a considerar la vida en términos de cómo Él valora el éxito.

Sin embargo, en el mundo actual todo parece verse según estándares creados por el hombre. Tendemos a medir el éxito de una persona por sus posesiones materiales. Eso es lo que debe hacer el ser humano. Y cuando vemos personas que han tenido éxito material, las admiramos.

MEDICIÓN DEL ÉXITO

Hace varios años leí una lista de hombres exitosos que habían amasado grandes fortunas. En aquel momento, dos estaban empatados en el primer puesto con mil millones y medio de dólares cada uno: Howard Hughes y J. Paul Getty. Ahora ya no tenía ninguna carga de estar donde estaba Howard Hughes, y tampoco estaba tan seguro de querer cambiar de lugar con J. Paul Getty. Pero es

interesante notar que su riqueza aún estaba por debajo de la de uno de los hombres más ricos, cuyo nombre aún perdura: John D. Rockefeller. Cuando Rockefeller murió, ¡dicen que valía más de dos mil millones de dólares!

Intenté calcular cuánto tiempo me llevaría acumular esa cantidad de dinero. Pensé que, si podía depositar 2.000 dólares en el banco al final de cada año, sería feliz. (¡Eso es casi \$2,000 más de lo que invierto cada año ahora!) Si pudiera hacer eso, ¿cuánto tiempo crees que me tomaría tener tanto dinero como Rockefeller cuando murió? ¡Haría falta un millón de años! ¡Eso es mucho dinero! Sin embargo, cuando Rockefeller murió, los titulares de Nueva York decían: «John D. paga su última deuda». Y los millones que había acumulado no valían nada para él entonces. Andrew Carnegie dijo una vez que le daría a su médico un millón de dólares por cada año que lo mantuviera con vida después de los 80 años. ¡Pero el dinero no compra la vida!

¡La vida debe tener un propósito mayor que el éxito financiero! Y las Escrituras establecen claramente cuál es ese propósito. Juan 3:16 nos dice que sólo hay dos caminos. «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su único Hijo, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.» Sólo hay dos maneras:

¡perecer o vivir para siempre! Mateo 7:13-14 los describe como el «camino ancho» que muchos eligen y el «camino angosto» que pocos encuentran. ¿Por qué? ¿Porque es muy difícil de encontrar? ¡De ninguna manera! La gente pasa por alto el plan de salvación porque es muy simple, y no están interesados en seguir el camino de Dios. La mayoría quiere hacerlo a su manera.

Si le preguntaras a la mayoría de las personas qué creen acerca de Dios, la salvación y cómo alcanzar Su reino, escucharías una y otra vez la respuesta: «Oh, tienes que vivir según la Regla de Oro».

Ahora creo en la regla de oro. Creo que es una regla maravillosa. ¡Pero ese no es el plan de salvación! ¡Una persona puede echar un vistazo superficial a la Regla de Oro y aun así dejar a Dios completamente fuera de escena! La salvación y la vida eterna implican una confrontación directa con el gran Dios del universo revelado en Jesucristo. ¡Ahí es donde está todo! Y entonces, Jesús dejó en claro que tenemos la opción de elegir entre dos caminos: la vida eterna o la muerte, y el resultado depende de aceptar el gran plan de salvación y la Cruz.

NACIDO EN EL PLANETA EQUIVOCADO

Una tarde entré en la unidad de cuidados intensivos de un hospital para visitar a alguien que había intentado suicidarse. Esta señora estaba muy desanimada y casi había logrado su deseo de morir. Mientras estaba junto a su cama, ella comenzó a salir de ese profundo sueño cercano a la muerte. Y nunca olvidaré su enojo cuando se dio cuenta de que todavía tenía que afrontar la vida. «¡No tuve otra opción que venir a este mundo!» ella gritó: «¡Así que debería poder elegir salir!»

Bueno, eso tiene cierto sentido. Ninguno de nosotros tuvo opción de venir a este mundo, ¿verdad? Entonces ¿de quién es la responsabilidad? «Mi padre y mi madre eran los responsables», dices. Eso es cierto, pero veamos un poco más en profundidad. ¿Quién es el autor de la vida? ¡Es Dios! Entonces, ¿quién es responsable de que yo haya nacido? ¡Dios es! ¿Y quién es el responsable de que yo haya nacido en un mundo de pecado? ¡Dios todavía lo es! (Él no es responsable de que la tierra sea pecaminosa, pero sí es responsable de que yo nazca aquí). Bueno, si Dios es responsable de mi nacimiento en este planeta pecaminoso, entonces se deduce que Él también es responsable de las

decisiones eternas que debo enfrentar en algún momento en mi vida.

¿Alguna vez Dios nos ha hecho responsables de haber nacido pecadores? ¡Por supuesto que no! Por lo tanto, si no soy responsable de haber nacido en un mundo de pecado, entonces mi única preocupación es si acepto o rechazo el plan que Él ha provisto como respuesta al problema del pecado. (¡Y es obvio que Dios es extremadamente paciente conmigo mientras trato de entender esto!)

Verás, Dios entiende nuestro dilema. Por eso envió a Jesús aquí como una persona real. Él sabe lo que es caminar en un mundo que sufre los resultados del pecado: un mundo lleno de dolor, cansancio y ansiedad. ¡Y Él ciertamente sabe de qué se tratan las lágrimas! Pero a lo largo de Su vida en la tierra, Jesús siempre mantuvo Su enfoque en Su Padre, y Su vida es nuestro ejemplo de cómo vivir.

Una vez que captamos la visión del privilegio de nacer en este mundo (a la luz de nuestra oportunidad de tener la vida eterna), y continuamos pensando claramente acerca del tiempo y la eternidad, entonces nada en el mundo debería poder impedirnos aceptarlo. ¡El gran plan de Dios!

UNA PROPUESTA INTERESANTE

La Escritura nos dice: «La duración de nuestros días es setenta años, u ochenta, si tenemos fuerzas; sin embargo, su duración no es más que angustia y tristeza, porque rápidamente pasan...» Salmos 90:10. ¡Aunque viva hasta los 90 o 100 años, mi fuerza sigue siendo el trabajo y la tristeza!

Una vez mi padre me dijo: «Hijo, tengo una propuesta que hacerte». «OK» dije: «¿Qué es?» «Quiero que finjas que soy un multimillonario que te va a dar un millón de dólares. Pero hay dos condiciones. La primera es que hay que gastar el millón de dólares en un año.» (¿Te interesaría? No parece muy difícil hasta ahora, ¿verdad?)

Mi padre continuó: «No me importa cómo lo gastes. Puedes ir a cualquier parte del mundo; puedes comprar lo que quieras; puedes viajar y vivir con lujo. Pero la segunda condición es que al final del año tengas que morir en la cámara de gas.»

Cuando escuché la segunda condición, comencé a pensar un poco. Pensé que, si tuviera un millón de dólares, mi padre nunca me atraparía. Pero él dijo: «No, no hay salida. Eso es todo. Sólo te quedaría un año de vida. ¿Estás interesado?»

Dije: «¡No, gracias!»

«¿Por qué no?»

«Porque estaría pensando en la cámara de gas todo el año» ¡Y donde había estado mirando los árboles, de repente vi el bosque asomando!

Mi padre trasladó su propuesta sobre las cosas, a la eternidad. Él preguntó: «¿Te gustaría vivir 70 años, tal como quieras? No hay reglas ni regulaciones. Puedes hacer cualquier cosa, o ir a cualquier parte durante 70 años. Pero al final de este tiempo, terminarás en el mismo lugar preparado para el diablo y sus ángeles.»

Sabes, hay un ser inteligente que era tan inteligente que arruinó su vida. Y ahora nos ofrece la misma propuesta a cada uno de nosotros. «Miren, tengo un trato que hacer. Les daré 70 años en los que pueden hacer lo que quieran, pero al final de esos 70 años, vendrán y arderán conmigo en el lago de fuego». Y aunque ni siquiera tiene los 70 años para dar, millones de personas han aceptado su propuesta.

Entonces, cuando se trata de pensar en la vida, el tiempo, y la eternidad, me gustaría invitarte a usar la lógica y la razón. En matemáticas, aprendí que 2 dividido por 4, es igual a 4 dividido por 8.

No hay nada demasiado profundo en eso, pero sabía que era en proporción, porque cuando multipliqué un lado, igualó al otro. 2 multiplicado por 8 es igual a 16, y 4 multiplicado por 4 es igual a 16.

Ahora bien, si traslado la idea de proporciones a la vida y a la eternidad, entonces 1 dividido entre 70 es igual a 70 dividido la eternidad.

¿Está tu ecuación en equilibrio? 70 multiplicado por 70 es igual a 4900, y 1 multiplicado por la eternidad, es igual a la eternidad. ¿Es 4900 igual a la eternidad? No. Esta ecuación no está en equilibrio debido a la eternidad.

Entonces, es estúpido tomar un año y morir, cuando me quedan 70 de vida, ¿no es igual de estúpido, o más estúpido, tomar 70 años y morir, en lugar de tener vida para la eternidad? ¿Es eso razonable? Pero si bien es sabio aceptar el gran plan de salvación de Dios, no siempre pensamos con tanta claridad sobre el tema.

UN EXPERIMENTO DESASTROSO

Una vez pronuncié un discurso de graduación ante un grupo de estudiantes que se estaban graduando del jardín de infantes. ¡Fue una verdadera responsabilidad ser el orador en ese tipo de ocasión! La presión era horrible

simplemente tratando de mantener su atención, ¡y mucho menos decir algo! ¡No te paras frente a un grupo así y les hablas de «la propulsión innata del reino animal, animada por la actividad suprema de la mente subconsciente y superinducida por esferas posteriores de resplandor cerebral!» ¡No haces ese tipo de cosas! Allí estaban sentados, vestidos con sus pequeñas batas de papel crepé y sus birretes de cartón con pequeñas borlas colgando, esperando que yo les diera su discurso de graduación! Y me preguntaba qué hacer.

Bueno, la mejor solución que se me ocurrió fue involucrarlos en el programa. Entonces les dije: «Hagamos de cuenta que en mi mano derecha tengo un billete por un millón de dólares. Si eliges esta mano, podrás cobrarlo cuando tengas veintiún años. En mi mano izquierda tengo una moneda que puedes tener ahora mismo si la eliges. Quiero que decidas qué mano elegir. ¡Ahora ten cuidado! Quiero que pienses con claridad y razones esto. Te daré algo de tiempo para que lo pienses»

Pero mientras observaba las pequeñas ruedas comenzar a girar en sus cabezas, pude ver pasar paletas heladas. Pude ver chicles y todo tipo de cosas que se podían comprar con una moneda de veinticinco centavos.

Entonces les advertí nuevamente. «Espera, ahora, piensa bien. ¡No tengas prisa!»

Podía ver sus ojos hacerse más y más grandes, y ahora me estaba poniendo nervioso porque ya había probado esto una vez antes, ¡con resultados desastrosos! Así que seguí insistiéndoles que debían pensar detenidamente sus opciones: ¿un millón de dólares en el futuro o una moneda ahora mismo? Después de que pensé que les habían dado suficiente tiempo para pensarla, dije: «Muy bien, ahora, ¿cuál eliges?» Y todos eligieron... ¡la moneda! ¡Y por las miradas de satisfacción en sus rostros me di cuenta de que sabían que yo estaría feliz con su sabia elección! Pensaban como graduados: ¡entraban al primer grado!

Más tarde intenté este mismo experimento con un grupo de adolescentes. Uno de los compañeros que estaba al fondo de la sala dijo: «¿Una moneda? ¡Oh, vamos ahora! ¡Hay que subir un poco más la apuesta!» «Está bien», estuve de acuerdo, «lo haremos un coche deportivo de tu elección. Si eliges eso, puedes tenerlo ahora mismo o puedes tener el millón de dólares cuando cumplas veintiún años. ¿Cuál eliges?» Ya les había hablado de la graduación del campus para niños; entonces sabían la respuesta que se suponía que debían dar. Y este joven

razonó: «Bueno, si eligiera el auto deportivo, probablemente estaría en el patio de demolición cuando tuviera veintiún años, supongo que será mejor que tome el millón de dólares».

Vivimos en una generación del «ahora», que dice: «¡Las cosas que me gusta hacer, me gusta hacerlas ahora mismo!» ¿Este tipo de razonamiento se limita sólo a los niños pequeños y a los jóvenes? No, es muy fácil para cualquiera pensar únicamente en términos del momento y olvidarse del mañana. Y de repente el bosque se pierde entre los árboles.

LA PREGUNTA MÁS IMPORTANTE

Mi padre me dio esta idea y la he seguido desde entonces. Una de sus preguntas favoritas era preguntar a la gente si les gustaría vivir su vida de nuevo.

«¡Oh sí!» suelen decir. «¡Seguro que lo haría! Y esta vez haría muchas cosas diferentes.» No, esa no es la pregunta. ¿Le gustaría volver a vivir la vida si la viviera exactamente como ya la ha vivido? No hay cambios en absoluto: todas las alegrías, todas las tristezas. ¿Lo harías? Inevitablemente, cuanto mayor es una persona y cuanto más ve la vida, más rápido responde: «¡De ninguna manera!» Una persona

joven que no ha visto mucho puede inicialmente optar por revivir su vida, pero cuando comienza a tener una idea de la duración total de la vida (simplemente sumergiéndola desde un sentido mundano sin Cristo en la imagen), generalmente cambia su parecer.

Por lo tanto, si no vale la pena volver a vivir la vida en esta tierra, entonces permítanme proponer que el mayor desafío que enfrentamos es aceptar el plan de Dios y prepararnos para la vida eterna. ¿Es eso bastante justo? ¡No hay pregunta más importante! Marcos 8:36 lo expresa de esta manera: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?»

Crecí viendo este texto en un letrero en la parte trasera de los auditorios y tiendas de campaña donde mi padre y mi tío celebraban sus reuniones evangelísticas. Antes de empezar a jugar en el aserrín, a hacer aviones, pasaba por un pequeño ritual. Miraba esas grandes letras en negrita de ese cartel, letras que aún hoy arden en mi visión, y seguía las líneas de cada uno: ¿DE QUÉ SE BENEFICIARÁ EL HOMBRE?, «¿De qué le aprovechará al hombre, si ¿Ganará el mundo entero y perdiera su alma?» Marcos 8:36. ¡Nunca lo olvidaré!

¡Esa es la pregunta más importante que enfrentamos todos nosotros en este momento! ¡No hay nada más importante! Si acumulara dos mil millones de dólares, pero algún día terminara fuera de la ciudad eterna de Dios, entonces hubiera sido mejor si nunca hubiera nacido. Al considerar las opciones, inevitablemente nos vemos llevados a decidir: «Muy bien, ¿qué debo hacer al respecto?»

OTRAS CONSIDERACIONES

«Bueno», dice alguien, «no estoy tan seguro de la parte 'Eternidad'. ¿Existe realmente una eternidad?»

Muy bien. Sólo por razones de lógica (sin tomar en cuenta la Biblia), te daré una probabilidad de 50 y 50 de que no hay eternidad, si me concedes una probabilidad de 50 y 50 de que la hay. Si no hay eternidad, al final de esta vida tanto tú como yo nos convertiremos en polvo y permaneceremos allí por mucho tiempo. Ninguno de nosotros tendrá nada sobre el otro. Pero si hay una eternidad, ¡te lo habrás perdido todo! «Pero», dices, «piensa en toda la diversión, toda la emoción, toda la aventura que puedes tener si no tienes reglas ni regulaciones». Bueno, recuerdo una ocasión, al principio de mi vida, en la que el carnaval con sus atracciones

rápidas y espectáculos secundarios llegó a la ciudad, y todos los demás asistían. Mi hermano y yo sabíamos lo que diría nuestro papá si le pedíamos ir, pero se lo pedimos de todos modos.

Para nuestro asombro, respondió: «Creo que es hora de que tomen sus propias decisiones. Ustedes, muchachos, saben cómo me siento ante cosas así, pero se lo voy a dejar a ustedes».

«¿En serio? ¿Nos vas a dejar decidir?»

«Sí», dijo. «Es su decisión.»

¡Así que nos fuimos al carnaval! La primera mitad fue tremenda. ¡Nos divertimos mucho! Gastamos nuestro dinero como agua. Lo intentamos todo. Lo hicimos todo.

Pero después de un tiempo, empezamos a marearnos un poco y a sentirnos mal del estómago. Y cuando finalmente salimos del carnaval esa noche (sabiendo que nuestro padre estaba en casa orando por nosotros), descubrimos algo importante. Fue divertido mientras duró, ¡pero no duró!

UNA SOLUCIÓN DURADERA

¡Abajo la persona que dice que no hay diversión en el mundo! Hay mucha diversión, ¡pero no dura! La mayoría de las personas pasan su vida buscando constantemente cosas para crear diversión, formas de llenar ese vacío interior cuando la diversión desaparece. La gente corre sin cesar de aquí para allá, buscando algo que satisfaga el profundo anhelo que llevan dentro. Confunden diversión con felicidad: siempre buscan algo mejor, algo duradero.

Sólo Dios tiene la solución duradera al vacío que hay dentro de nosotros. La única respuesta a nuestra inquietud es Su plan para nuestra salvación. Por eso debemos preguntarnos: «¿Qué voy a hacer con Jesucristo quien lo hace todo posible?» ¿Qué voy a hacer con Jesús?

De vez en cuando alguien dice: «No necesito a Dios. Me llevo bien sin Él.» Me gustaría sugerir otro enfoque. La pregunta puede no ser si necesito o no a Dios, sino si Dios me necesita o no. ¿Dios me necesita?

2 Corintios 8:9 describe el sacrificio que Cristo hizo por nosotros: «Porque vosotros conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, aunque era rico, por vosotros se hizo

pobre, para que vosotros con su pobreza os enriquecierais.»

Hay algo hermoso en ese texto. Si Él se hizo pobre por mí, entonces lo menos que podría hacer es aceptar Sus riquezas por Él. ¿No necesito a Dios? ¡Pero Dios me necesita! Si Él tuvo suficiente interés para crearme y dar Su vida para redimirme, ¿no debería yo al menos interesarme por Él por causa de Él?

Por lo tanto, lo más importante que puedo hacer con el tiempo que me ha sido asignado es pasar un tiempo tranquilo, cada día, a solas con Dios, conociéndolo mejor, mediante el estudio de Su Palabra, aceptando Su gracia, y continuando en Su amor y Su plan de salvación.

Estoy muy agradecido de que Jesús nos invite a «venir ahora y razonar juntos», ja usar la cabeza y pensar! Salmo 90:12 dice. «Enséñanos a contar bien nuestros días, para que adquiramos un corazón de sabiduría.» Querido Padre Celestial, gracias por Jesús y Su gran misión de amor. No lo merecemos; No hemos hecho nada para merecerlo, pero nuestros corazones están humillados por el asombro y la gratitud.

Nos damos cuenta de que Tú nos creaste y nos redimiste. Tú nos quieres, y oramos para que nos ayudes a

dejar de lado toda consideración secundaria y a enfrentar las grandes exigencias del Cielo a la luz de la cruz.

Te damos gracias por invitarnos a aprender a conocerte mejor, y que mientras aprendemos, podamos tener la seguridad de que, aunque nuestros pecados sean escarlatas, serán blancos como la nieve. Respondemos a Tu amor, en el nombre de Jesús...

Amén.

CAPÍTULO 2: LA BUENA BATALLA DE LA FE

La comunidad necesitaba desesperadamente lluvia. Los pozos estaban secos y las cosechas resecas. Entonces el predicador convocó una reunión especial de oración. La iglesia estaba llena esa noche. ¡Una niña incluso trajo su paraguas!

La congregación sonrió ante la demostración de fe del niño. Pero cuando llegaron las lluvias unos minutos después, ¡la pequeña fue la única que no se mojó!

¿Qué causó la lluvia? ¿Fue la niña y su paraguas? ¿O trajo el paraguas porque sabía que iba a llover? Tu interpretación de esta historia probablemente dependerá de tu comprensión de la fe, y de cómo opera.

Mucha gente piensa que la fe es simplemente un pensamiento positivo: que, si puedes obligarte a creer con la suficiente fuerza que algo va a suceder, sucederá. Estas personas piensan que la fe es algo que se genera a sí misma, algo que hay que desarrollar. Una comprensión común de la fe, en los círculos cristianos, es que «fe es creer». Algunas otras definiciones comunes son «fe es

tomar a Dios en Su Palabra» y «fe es creer lo que Dios dice».

Pero estos conceptos de fe son intangibles e insuficientes. No es de extrañar que se nos diga que al final de los tiempos, la tierra casi carecerá de fe verdadera (Lucas 18:8). ¡Apenas sabemos qué es realmente la verdadera fe!

UN EJEMPLO BÍBLICO DE FE

Mateo describe una situación en la que Jesús elogió a una mujer por su fe (Mateo 15:21-28). Considerémoslo y veamos cómo encajan estas definiciones.

«Jesús salió de aquel lugar y se dirigió al territorio cercano a las ciudades de Tiro y Sidón. Se le acercó una mujer cananea que vivía en aquella región. ‘¡Hijo de David!’ ella gritó: ‘¡Ten piedad de mí! Mi hija tiene un demonio y está en un estado terrible’. Pero Jesús no le dijo una palabra.»

Ahora bien, no era raro que los judíos ignoraran a los cananeos, pero ciertamente nunca es agradable ser ignorados. Uno pensaría que esta mujer se habría rendido y se habría ido. Pero ella no lo hizo.

«Se le acercaron sus discípulos y le rogaron: '¡Despídela! ¡Ella nos sigue y hace todo este ruido! «Y Jesús aparentemente estuvo de acuerdo con ellos, porque se volvió hacia ella y le dijo: He sido enviado sólo a esas ovejas descarriadas, el pueblo de Israel.» Bien podría haber dicho: «¡No vine a ayudarte!»

«Ante esto, la mujer se acercó y cayó a sus pies '¡Ayúdeme, señor!', ella dijo.»

Y Jesús respondió: «No está bien tomar la comida de los niños y echársela a los perros».

¿Alguna vez te han ignorado cuando pediste ayuda y luego, cuando persististe en tu petición, te han insultado? ¿Alguna vez te han llamado perro? Es sorprendente que esta mujer no se rindiera mucho antes de que Jesús llegara a la parte de los «perros».

Pero Jesús debe haber tenido un brillo en sus ojos durante toda la conversación, y esta mujer cananea debe haberlo visto. Y ahora encontró la oportunidad que estaba esperando, porque respondió: «Es verdad Señor, pero hasta los perros comen las sobras que caen de la mesa de su amo». En otras palabras, si soy un perro, ¡al menos tengo derecho a algo de comida para perros!

Entonces Jesús le respondió: «¡Eres una mujer de gran fe! Lo que quieras se hará por ti.» Y en ese mismo momento su hija fue sanada.

Ahora déjame preguntarte cómo se define la «fe» en esta historia. ¿Se trata de «tomar la palabra de Dios»? No, si la mujer hubiera creído la palabra de Dios, se habría dado por vencida. ¿Puedes definir la fe en términos de «creer» o «creer lo que Dios dice»? En este caso no, no encaja. «Fe» en su situación era no creer lo que Jesús dijo. La fe no le estaba tomando sus palabras.

FE FALSIFICADA

Estas definiciones inadecuadas de la fe han conducido a una forma muy sutil de pseudo fe. Recuerdo haber escuchado un disco titulado «Cómo llegar a ser un éxito». El orador tenía sólo 35 años, y se había jubilado con unos ingresos anuales saludables para esos días. Su tema era: «Debes creer en ti mismo y en tu maravillosa mente para tener éxito». Citó algunos textos bíblicos para respaldar su punto de vista, y propuso que la única barrera para el éxito era no creer en las propias capacidades. Prometió que, si sus oyentes probaran su plan durante 30 días, tendrían éxito en cualquier cosa que quisieran hacer. Su lógica casi tenía sentido, pero no pude evitar recordar un texto bíblico

que dice: «El que confía en sí mismo es un tonto». Proverbios 28:26.

El denominador común de la fe falsa, independientemente de la forma que adopte, es la idea de que, si puedes obligarte a creer en algo lo suficientemente fuerte, eso hará que Dios se mueva. Uno de los grandes peligros de este tipo de gimnasia mental es que inevitablemente se vuelve egocéntrico, del mismo modo que trabajar duro para tratar de superar tus pecados sólo te lleva a volverte egocéntrico. Peor aún, la fe falsa tiende a confundir el concepto que una persona tiene de Dios y su comprensión de la voluntad de Dios. Algunos cristianos creen que, si tienes suficiente fe, cualquier promesa que puedas encontrar en la Palabra de Dios es inmediatamente Su voluntad. Este tipo de persona trabajará duro para hacerse creer que ciertas promesas se cumplirán en su caso (o en el caso de otra persona), y depende su confianza y amor por Dios de si obtiene o no respuestas adecuadas. A menudo saca las Escrituras de contexto y comienza a utilizar a Dios como una especie de Papá Noel o la lámpara de Aladino. Su objetivo principal en la oración es obtener respuestas.

Lo trágico es que una persona decidida pueda lograrlo hasta cierto punto. Pero el resultado final será creer o tener fe en sí mismo, no en Dios. Y como parece tener éxito, su fe autogenerada puede convertirse en un escape mortal de una relación personal con Cristo.

Por eso el pensamiento positivo no es fe. ¡Nunca ha sido fe y nunca será fe! Más bien, es una forma sutil de «salvación por mis propias obras»: un viaje de gloria en el que me atribuyo el mérito de tener suficiente fe para provocar que sucedan ciertas cosas. Y cuando no logro obtener las respuestas que quiero, mi vida espiritual puede quedar devastada.

RESULTADOS DE LA FALSA FE

Un hombre irrumpió en mi oficina un día y gritó: «Puedes tener a tu Dios, tu fe, tu religión y tu Biblia. ¡Ya terminé con todo este asunto!»

«¿Por qué?» Yo pregunté. «¿Qué pasa?»

«¡Mi esposa acaba de morir! Y leo en las Escrituras que 'Todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis'. Durante dos años creí que mi esposa no moriría. Todos los días le decía: 'No te preocupes, no te vas a morir'. ¡Y ahora está muerta! ¡Ya terminé con Dios!» Este hombre no se

guardó ningún rodeo al respecto. Ciertamente no se culpó a sí mismo: sintió que su fe había sido absoluta. ¡No, fue Dios quien había fallado!

¿Tenía fe este hombre? Por supuesto que no. No sabía nada sobre la fe, y su reacción en tiempos de crisis lo demostró.

Una vez alguien me llamó al lecho de un moribundo. Sus familiares y amigos querían que oráramos y lo ungíramos. En ese momento pensé que, si una persona pudiera creer lo suficientemente fuerte, si pudiera encontrar el coraje de Pedro y Juan en la Puerta Hermosa, y decir: «En el nombre de Jesús, levántate», eso sucedería. Y Dios no actuaría a menos que alguien hiciera eso.

Bueno, fui a la cama de este hombre. Lo ungimos con aceite y oramos. Cuando abrimos los ojos después de la oración, miré a mi alrededor para ver quién tendría el coraje de Pedro y Juan. ¡Pero todos me estaban mirando! Y no tuve el coraje. Rápidamente se me ocurrieron algunas rationalizaciones, murmuré algo acerca de que Dios respondía a las oraciones de diferentes maneras (a veces de inmediato, y a veces no hasta más tarde) y me batí en retirada apresurada. El hombre murió. ¡Y pensé que lo había matado porque no creía lo suficiente!

¡No pasas por ese tipo de experiencia más de una vez, antes de comenzar a estudiar seriamente de qué se trata exactamente este asunto de la fe!

LA MEDIDA DE LA FE

La Biblia deja bastante claro que a todos se les da suficiente fe para comenzar. Romanos 12:3 nos recuerda que Dios le da a cada uno una medida de fe. Y como normalmente pensamos en la fe en términos de cantidad, tendemos a intentar aumentar la cantidad que tenemos.

Los discípulos de Jesús debieron haber tenido la misma idea, porque un día le pidieron a Jesús que aumentara su fe. (Lucas 17:5-6) Y Jesús respondió: «Si tenéis fe tan pequeña como un grano de mostaza, podéis decir a esta morera: 'Desarráigate y plántate en el mar', y te obedecerá.» Y en otra ocasión (Mateo 17:20) ¡indicó que una fe tan pequeña podía hacer mover hasta montañas! Entonces, ¿qué quiso decir? Jesús estaba señalando que la cantidad de fe no era tan importante como si era fe genuina o no. Dios mira nuestra fe en términos de calidad, no de cantidad. Si solo tenemos lo real, entonces incluso una cantidad tan pequeña como una semilla de mostaza puede hacer maravillas.

FE CRECIENTE

«Espera un momento», dices. «¿No crece la fe cuando se ejercita?» ¡Sí, lo hace! Pero ¿alguna vez te has preguntado cómo ejercer tu fe? ¿Ejerces tu fe poniéndote en lugares difíciles y luego esperando que Dios te saque de apuros? ¿Se ejerce la fe al emitir cheques cuando tu saldo bancario es cero, y luego esperar a que Dios cubra tus cheques sin fondos? ¿Ejerces tu fe «reclamando promesas»?

Hace algunos años conocí a una familia que había decidido mudarse al campo. Compraron un terreno y estaban listos para construir su casa, pero no había agua en el terreno. Entonces alguien vino al pueblo enseñando a la gente cómo reclamar las promesas bíblicas. Entonces, la familia le pidió que saliera y los ayudara a reclamar una promesa. Se reunieron en la granja y reclamaron la promesa bíblica: «Buscad y encontraréis». (Lo cual, por cierto, no tiene nada que ver con encontrar agua en un pozo.) ¡Pero llegó el agua! Y la familia se alegró, construyeron su nueva casa y se mudaron a ella.

Pero luego el pozo se secó. Y la última vez que vi a esta familia, eran personas muy confundidas e infelices.

¿Había algo malo en su fe o en la promesa que eligieron? ¿O había algo malo con Dios?

Un estudiante regresaba a la universidad después de las vacaciones. Estaba en un avión con un miembro de la facultad y debido a la densa niebla no pudieron aterrizar en el aeropuerto, como estaba previsto. El estudiante le dijo al profesor que estaba a su lado: «¡Mira esto! Voy a reclamar una promesa y esta niebla se irá.»

Él afirmó haber hecho una promesa, pero la niebla no se disipó. Y ese era un estudiante desanimado. De lo que no se dio cuenta, fue que tal vez no fuera necesario aterrizar en ese aeropuerto en particular. Quizás la voluntad de Dios era que aterrizará en algún otro lugar. De hecho, ha habido gente buena, gente piadosa, que ha caído en accidentes aéreos. Y no fue porque les faltara fe, o porque no supieran cómo reclamar la promesa correcta.

FE DE LOS MÁRTIRES

Dos hombres fueron quemados en la hoguera. Sus nombres eran Hus y Jerónimo. Y fueron sólo dos de los miles que perecieron durante la Edad Media. Si reclamar promesas es el método correcto para lograr que Dios actúe, entonces Hus y Jerónimo realmente lo arruinaron.

Hay una hermosa promesa en Isaías 43:2 que dice: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y cuando pases por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás; las llamas no os encenderán.»

¡Pero no me digan que Hus y Jerónimo murieron porque no tenían el tipo correcto de fe! Si lo entiendo correctamente, Hus y Jerónimo murieron porque tenían fe.

Es interesante que parte de la promesa se les cumplió incluso sin que la reclamaran, pues dice: «Cuando pases por el fuego, no te quemarás». ¡Y Hus y Jerónimo murieron cantando! ¿Alguna vez has puesto tu mano sobre una estufa caliente? ¿Cantaste? Nadie muere en la hoguera con leña verde y fuego lento, cantando, a menos que no esté siendo quemado. Pero la última mitad de esa escritura, «las llamas no os quemarán», no se cumplió. Los mártires cantantes fueron reducidos a cenizas, y sus cenizas fueron arrojadas al río.

Juan el Bautista fue decapitado. Eliseo murió después de una larga y persistente enfermedad: ¡Eliseo, a quien se le había dado una doble porción del espíritu de Elías! Y «todos estos murieron en la fe», lo que nos dice que la fe es algo mucho más que hacerse creer que Dios responderá la oración de la manera que tú la has detallado.

No, no creo que cada promesa que encuentres en la Palabra de Dios sea la voluntad de Dios para ti, personalmente, en este momento, y bajo estas circunstancias. Juan el Bautista, Eliseo, Hus, Jerónimo y muchos otros lo han demostrado.

LAS PROMESAS DE DIOS

Sin embargo, hay algunas promesas en la Palabra de Dios que siempre son la voluntad de Dios. Esas son las promesas que tienen que ver con bendiciones espirituales. Siempre es la voluntad de Dios perdonarnos del pecado, darnos Su gracia y poder, y darnos sabiduría para hacer Su obra. Estas son promesas que siempre podremos reclamar. Estas son las bendiciones que debemos pedir, creer que hemos recibido, y dar gracias por haberlas recibido. Pero es obvio (por las vidas de personas piadosas) que cuando se trata de bendiciones temporales, incluyendo la vida y la salud, a menos que una persona sepa por revelación especial cuál es la voluntad específica de Dios sobre un tema determinado, debe orar: «Sea tu voluntad». Amén.»

FE GENUINA

¿Qué es entonces la fe genuina? Hemos visto que es más que aceptar la palabra de Dios, más que obligarse a

creer. La fe genuina nunca se trabaja. Cuando lo estudias, descubres que sólo hay una definición de fe que encaja, y esa es sólo una palabra: Confianza. La fe genuina es confiar en Dios.

La palabra griega que se traduce «fe» en el Nuevo Testamento también se puede traducir al menos de otras dos maneras: «creencia» y «confianza». Todas provienen de la misma palabra griega. Así que puedes tomar «creencia o «fe» cuando las encuentres y, sin dañar el pensamiento o el contexto, sustituir la palabra «confianza». Por ejemplo, «...Esta es la victoria que ha vencido al mundo, incluso nuestra fe» (1 Juan 5:4), se puede cambiar a 'Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra confianza.' «Cree en el Señor Jesús, y serás salvo» (Hechos 16:31), se convierte en «Confía en el Señor Jesús...», y «pelea la buena batalla de la fe» (1 Timoteo 6:12) podría leerse «pelea la buena batalla de la confianza.»

Observa que esto no es lo mismo que simplemente decir: «Creo». Hay una especie de fe barata en nuestro mundo hoy, que dice que sólo hay que «creer» en Cristo para ser salvo. ¡De ninguna manera! Aprender a confiar en Dios requiere algo mucho más profundo que el mero asentimiento mental. Es desarrollar una relación profunda,

personal, y continua, con un Dios que es completamente digno de confianza.

Entonces, ¿cuál es la auténtica lucha de la fe? ¿Cuál es nuestra parte? Jesús dijo que nuestro trabajo es confiar (Juan 6:29). ¡Peleamos la buena batalla de aprender a confiar! Y eso implica conocer a Aquel que es digno de confianza.

LA LUCHA DE LA FE

Desafortunadamente, la mayoría de nosotros confundimos inmediatamente la buena batalla de la fe (o la confianza), con la mala batalla del pecado. Pensamos que pelear la buena batalla de la fe consiste en esforzarse por vivir una buena vida. Pero aquí hay un problema. Una persona fuerte que lucha contra el pecado puede tener éxito exteriormente hasta cierto punto, pero se enorgullece de su éxito y no ve su necesidad de Dios. Por otro lado, la persona débil que intenta cambiar su vida luchando contra el pecado, ni siquiera en apariencia lo logra y se desanima. Ninguno entiende de qué se trata la lucha de la fe.

Una vez me pidieron que visitara a una pareja que se había apartado. ¡Estaban enojados con la iglesia, y juraron

que el próximo miembro de la iglesia que llegara sería expulsado por la puerta!

Pero cuando fui a su casa, amablemente me invitaron a pasar y, para mi sorpresa, me dijeron: «Somos apóstatas». Y luego se rieron. Fue una risa que nunca olvidaré porque era una risa de nerviosismo, pero también de alivio.

Mientras lo visitábamos, pronto se hizo evidente que se habían apartado de la idea de que la religión consiste en lo que no se debe hacer. Si sabe bien, no lo comas; si se ve bien, no lo mires; si suena bien, no lo escuches; y si es divertido, ¡no lo hagas!

Estaban librando la mala batalla del pecado y, en el proceso, habían encontrado la religión ardua, difícil, y sombría. Todos sus esfuerzos por mantener la ley fueron en vano. En lugar de eso, deberían haber estado peleando la buena batalla de la fe. Y una vez que comprendieron que el poder para hacer el bien proviene únicamente de conocer a Jesucristo, volvieron a entusiasmarse con la religión.

La verdad es que no tienes que hacer cosas malas para ser pecador, y evitar las cosas malas no te convierte en cristiano. Para ser pecador, todo lo que tienes que hacer es

nacer, porque todos nacemos con una naturaleza pecaminosa inherente. La Escritura nos dice que «no hay justo, ni siquiera uno» porque «todos pecaron» (Romanos 3:10 y 23). Si bien algunos son mejores para no hacer cosas malas, en realidad no están mejor, en lo que respecta a Dios, que las personas débiles que obviamente están sufriendo una derrota en su experiencia cristiana.

FE DE IMITACIÓN

Entonces, ¿hacia dónde debemos dirigir nuestros esfuerzos para ganar fe o confianza genuina? Algunos creen que deberíamos trabajar para tratar de producir fe, pero me gustaría recordarles que un manzano produce manzanas porque es un manzano, nunca para convertirse en un manzano. Si quieres tener manzanas, consigues un manzano. Si quieres una fe genuina, entonces prestas atención a la fuente de la fe.

No tiene sentido intentar producir manzanas aparte del manzano. Una imitación de cera o plástico puede parecer muy convincente desde fuera, ¡pero desde luego no sabe a manzana auténtica extraída de un manzano!

Recuerdo que en el jardín de infantes celebrábamos los cumpleaños sacando una réplica de un pastel, y

cantando «Feliz cumpleaños». ¡Pero nunca cortamos el pastel! Ahora bien, admito que algunos de esos pasteles se veían bastante mal: yeso de París goteando de un lado; gotas de cera en el otro. Pero algunos parecían lo suficientemente buenos para comer, y recuerdo la decepción que sentí cuando la escuela terminó sin que pudiéramos cortar el pastel.

Una imitación siempre es decepcionante. Y la fe de imitación, aunque al principio pueda halagar el ego, siempre termina en decepción.

Entonces, si quiero una fe genuina, no trabajo para tratar de producir fe. ¿Por qué? ¡Porque un cristiano genuino tiene fe porque conoce a Jesús! La fe genuina no puede autogenerarse. Viene sólo como resultado espontáneo de la comunión con Dios.

EL FACTOR DE CONFIANZA

Ahora existen al menos dos condiciones para poder confiar en cualquiera. ¡Primero, debes encontrar a alguien que sea absolutamente digno de confianza! En segundo lugar, debes llegar a conocer realmente a esa persona, porque una persona puede ser muy digna de confianza, pero si no la conoces, no confiarás en ella.

También funciona al revés. Una persona puede ser absolutamente indigna de confianza, pero es posible que no desconfíes de ella hasta que la conozcas. Entonces, jautomáticamente desconfías de cada movimiento que hace! Quizás hayas oído hablar del hombre que subió a su hijo a una escalera y le dijo que saltara. El niño saltó, y el hombre dio un paso atrás y lo dejó caer de bruces. Luego dijo: «Ahí tienes. Eso te enseñará a no confiar nunca en nadie. Ese es el tipo de mundo en el que vivimos.»

En los primeros días de nuestro país, se confiaba en todo el mundo hasta que demostraba que no era digno de confianza. Si le debías dinero a alguien, lo metías en un sobre y lo dejabas pegado a la puerta de entrada. Podías irte de vacaciones sabiendo que nadie lo tocaría, excepto la persona a la que estaba destinado. Incluso si vinieras una semana más tarde, encontrarías tu dinero todavía allí. Pero hoy las cosas son muy diferentes. Tendemos a desconfiar de todos, hasta que demuestran que se puede confiar en ellos.

La verdad bíblica es que Dios es absolutamente digno de confianza. Pero, aunque esa es la verdad, algunas personas no lo creen, y la razón por la que no creen es porque realmente no lo conocen. Cualquiera que sea

escéptico acerca de Dios no lo conoce realmente, porque conocer a Dios es confiar en Él, completamente.

Si llegas a conocer a alguien que es absolutamente digno de confianza, entonces automáticamente y espontáneamente confías en él. No es necesario esforzarse en ello, simplemente sucede de forma natural. La confianza en Dios es lo primero que sucede cuando lo conocemos, y no tenemos que esforzarnos en lograrlo. La fe genuina es confiar en Dios, pase lo que pase. Es confiar en Dios cuando ocurre una tragedia, así como cuando todo va bien.

La fe genuina es confiar en Dios incluso si el avión se cae o el pozo se seca. Es confiar en Él, en la vida o en la muerte. Y esta idea del «cristiano arroz», basar la fe en si obtengo o no respuestas a mis oraciones de la manera que espero, es la falsificación de la fe del diablo.

La fe genuina no es un fin en sí misma. No llega a quienes buscan la fe, sino a quienes buscan a Jesús. La fe siempre tiene un objeto. Pero cuando la fe misma se convierte en el objeto, nos destruirá.

CONOCIENDO A DIOS

Por eso, la fe genuina sólo puede surgir como resultado de conocer a Dios, de uno a uno, de persona a persona. ¿Cómo se logra esto? De la misma manera, puedes conocer a cualquiera a través de la comunicación. Nos comunicamos con los demás hablándoles, escuchándolos hablar con nosotros, y yendo a lugares y haciendo cosas juntos. En la vida cristiana, puedo hablar con Dios en oración. Puedo escucharlo leyendo Su Palabra. Y puedo ir a lugares y hacer cosas con Él, al involucrarme en el servicio y la testificación.

Los métodos para familiarizarse con Dios son los elementos de una vida devocional vital. Y cuando tengo una relación significativa con Dios, día a día, aprendo a confiar en Él, de forma automática, espontánea, y natural. Esto es fe, en su sentido más elevado.

La fe o la confianza es un regalo de Dios. Efesios 2:8-9 dice: «Porque por gracia sois salvos mediante la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios...» Sólo hay una manera de recibir un don, y es entrar en la presencia del donante del regalo. ¿Cómo llegas a la presencia de Dios para recibir este regalo de confianza de Él? De rodillas ante Su Palabra abierta.

El propósito principal de la oración es la amistad y el conocimiento de Dios, no obtener respuestas. Y el propósito principal del testimonio cristiano es hablar del amor de Dios, no contar una lista de todas las respuestas que has recibido.

¿Cuál es la buena batalla de la fe? Es tomar la medida de fe ya dada (Romanos 12:3), y luego usarla para conocer personalmente a Dios, cada día, aprender a conocer a Jesús para poder confiar en Él, como resultado espontáneo de conocerlo. Nunca lucho por la fe; lucho para aprender a conocer a Dios. Y requiere esfuerzo mantener ese conocimiento diario de Dios, porque el diablo sabe que recibirás el poder de Dios para salvación, si aprendes a conocer a Dios (1 Juan 5:4). Entonces, el diablo hará todo lo posible para distraerte y evitar que pases tiempo con Dios.

Te pido, amigo mío, que te comprometas en el esfuerzo que implica conocer a Dios personalmente. Y a medida que lo conozcas, recibirás Su don de fe como resultado espontáneo. ¡Qué maravilloso privilegio conocer al gran Dios del universo, aprender a conocer al Rey poderoso en quien se puede confiar, porque Él es

completamente confiable. Te invito a comenzar hoy a conocerlo como tu Amigo personal.

Querido Padre Celestial. Gracias por la buena noticia de que la vida del cristiano es así de sencilla. Perdónanos por todos los métodos tortuosos, maniobras y trucos que hemos utilizado para tratar de obtener una fe genuina. Por favor líbranos de depender de cualquier otra cosa que no sea Tu gracia y poder, y enséñanos a conocerte uno a uno, para que la fe genuina de Jesús entre en nuestras vidas.

Te damos gracias por escuchar nuestra súplica, en el nombre de Jesús.

Amén.

CAPÍTULO 3: CÓMO ENCONTRAR A CRISTO

¿Alguna vez te has preguntado si Dios está perdido? En el pasado, parecía estar tan perdido que algunas personas incluso creían que estaba muerto. Si Dios no está perdido, ¿por qué es tan difícil encontrarlo? Hace varios años leí una carta escrita por un estudiante universitario, y nunca pude olvidar el grito de ayuda.

«Muchos de nosotros, jóvenes y fieles miembros de la iglesia, nos encontramos en una situación desesperada. Tenemos una necesidad grande, amplia y profunda que no está siendo satisfecha. Pasamos hambre porque no nos alimentan. Por favor, tómeme en serio, porque sé de lo que hablo. Los jóvenes abandonan la iglesia todos los días, amargados, desilusionados y sin esperanza. Otros ni siquiera consideran tener nada que ver con la religión, porque no ven nada en ella que pueda ayudarlos. No necesitamos más sermones sobre cómo testificar a los demás. Se nos ha dicho repetidamente que compartamos el evangelio, pero al responder a este desafío, descubrimos que no tenemos nada que decir. ¿Cómo podemos convencer a otros de esperar el regreso de Cristo, cuando

la mayoría de nosotros ni siquiera lo reconoceríamos si viniera? Necesitamos que alguien nos hable de Dios. Sabemos todo sobre las doctrinas y prácticas de la iglesia. Sabemos muchas cosas, pero no conocemos a Cristo. Nunca nos lo presentaron y, a menos que Dios realice un milagro y se revele a nosotros, nunca lo conoceremos. Por favor enséñanos cómo conocer a Dios y su carácter. Somos bebés espirituales. Necesitamos a Jesús. Anhelamos conocerlo. Muéstranos desde tu propia experiencia personal cómo comunicarnos con Él. Nuestra mayor necesidad es conocer a Dios. ¿Puedes mostrarnos cómo encontrarlo?»

Esta cuestión de «cómo encontrar a Cristo» no se limita sólo a los jóvenes de entre 20 y 40 años. Las personas que han sido miembros fieles de la iglesia durante treinta años también han admitido la frustración de tratar de encontrar a Cristo. Alguien una vez describió su desesperación de esta manera: «Supongo que Dios ni siquiera sabe mi dirección».

LA BÚSQUEDA DE DIOS

Es interesante notar, que muchos personajes de la Biblia parecen haber tenido la misma dificultad al tratar de encontrar a Dios. Job 23:3 se hace eco del grito

desesperado de un alma hambrienta: «¡Si supiera dónde encontrarlo!». Amós 8:12 habla de un grupo de personas corriendo de mar a mar, de costa a costa, buscando la palabra del Señor y no pudiendo encontrarla ¿No suena esto desalentador? Uno se pregunta si es posible encontrar a Dios, o si incluso es posible que el hombre inicie esta búsqueda de Dios. La Biblia indica que algunas personas tienen éxito en su búsqueda. En Mateo 7:14, Jesús describe dos caminos que conducen a nuestro destino final. Aunque hay muchos que toman el camino ancho que lleva a la muerte, otros logran encontrar el camino angosto que lleva a la vida. Jesús dice que, si buscamos, encontraremos descanso para nuestra alma (Mateo 7:7; 11:29), y Dios promete que cuando lo busquemos con todo nuestro corazón, entonces lo encontraremos (Jeremías 29:13), porque Él nunca está lejos de nosotros (Hechos 17:27).

Evidentemente, entonces, hay apoyo para buscar a Dios. No tenemos que esperar a que llegue el orador adecuado, ni a que el clero nos convenza de que necesitamos a Dios. Otros pueden ser de ayuda para llevarnos a conocer a Dios, pero la verdad es que Dios está dondequiera que estemos, buscando atraernos hacia Él, incluso antes de que gastemos mucho tiempo y energía buscándolo.

OVEJA PERDIDA, MONEDA PERDIDA, HIJO PERDIDO

Una vez, Jesús contó algunas historias sobre una oveja perdida, una moneda perdida, y un hijo perdido (Lucas 15). Los recaudadores de impuestos y otros «pecadores» se habían congregado a su alrededor, escuchando con atención sus palabras. Pero en las afueras de la multitud, los fariseos y los doctores de la ley murmuraban entre ellos, y decían: «Este recibe a los pecadores y come con ellos».

Jesús respondió con una parábola que demuestra la gran verdad de que Dios nos está buscando, y que sus esfuerzos superan por completo nuestros intentos de encontrarlo. Y hay aliento en esta triple parábola, porque describe más que las acciones de un Dios que busca al hombre. También nos dice el tipo de personas que Él está buscando.

En la primera historia, un pastor con cien ovejas notó que faltaba una. En algún lugar del desierto, la oveja estaba perdida. Si se la dejaba desamparada y sola, continuaría vagando hasta morir. Incluso si se diera cuenta de su difícil situación, no sabía el camino de regreso. Inmediatamente, el pastor se fue al desierto y buscó hasta encontrarla. Con gran alegría lo llevó a su casa y reunió a sus amigos y

vecinos, diciendo: «¡Alegraos conmigo! He encontrado mi oveja perdida.» Jesús dejó en claro que nuestra salvación no proviene de nuestra búsqueda de Dios, sino de nuestra respuesta a la búsqueda de Dios de nosotros.

Al igual que las ovejas, podemos saber que estamos perdidos, pero no sabemos el camino de regreso. Pero Dios sale a buscarnos.

La segunda historia de Jesús fue sobre una mujer que tenía diez monedas de plata. Una noche, mientras las contaba, descubrió que faltaba uno, probablemente perdido en algún lugar de su propia casa. Tomó una lámpara y recorrió la casa, buscando en cada rincón su moneda perdida. Entre todos los muebles y chusma de la casa, ella continuó su búsqueda, pues por pequeña que fuera esa pieza de plata, seguía siendo valiosa a sus ojos.

Observa que en lugar de perderse en las montañas o en el desierto, esta moneda se perdió en la casa. Y la moneda ni siquiera sabía que se había perdido; sin embargo, su dueño lo sabía, y la buscó hasta encontrarla. Luego, organizó una fiesta para celebrar el hallazgo de la moneda. Jesús nuevamente enfatizó el hecho de que el valor de un alma nunca puede ser sobreestimado a los ojos del Cielo.

Luego, Jesús concluyó su mensaje con la parábola del hijo perdido: un hijo ingrato que deliberadamente calculó estar perdido. Se fue con tantas riquezas como pudo, y se fue a un país lejano. Allí planeó perderse, tratando de olvidar a su padre, tratando de escapar. Durante un tiempo pareció haberlo conseguido. Encontró amigos, quienes lo ayudaron a gastar su dinero libremente. Pero luego llegó el día en que se encontró al final de sus propios recursos. Revisó su abrigo, su chaqueta y su suéter. Revisó su chaleco y su camisa, y finalmente «cuando volvió en sí», en la pocilga, recordó todo el amor que su padre le había brindado. Esa misma fuerza del amor lo atraía hacia atrás, y dijo: «Saldré y volveré con mi padre».

¿Existe perdón por el pecado deliberado? ¿Puede Dios incluso perdonar a los descarriados que planean perderse? Esta parábola indica que, aunque conocemos el camino de regreso, Dios todavía está ahí afuera, en la puerta de entrada, con Sus binoculares, todos los días mirándonos en el camino. Cuando nos ve, sale corriendo a recibirnos con gran alegría. En estas tres ilustraciones, Jesús demuestra la bondad y la bondad del Padre. Cada uno de nosotros cae en una de estas categorías, en algún momento de nuestras vidas. Es posible que sepamos que estamos perdidos, y aun así no nos demos cuenta del camino de regreso; puede

que ni siquiera sepamos que estamos perdidos; o podemos planear deliberadamente perdernos, aunque conozcamos el camino de regreso. Jesús nos asegura que Dios está buscando a los tres tipos de personas. Todos son valiosos, y el Cielo se regocija cada vez que alguien se salva.

HUYENDO DE DIOS

Redimirnos es asunto de Dios. De eso se trata el plan de salvación. Dios no es un ser evasivo que está jugando al escondite mientras nuestro destino eterno pende de un hilo. No está tratando de eludirnos. En cambio, servimos a un Dios que nunca nos deja vagando y solos, sepamos o no que estamos perdidos, sepamos o no el camino de regreso. Dios toma la iniciativa en cada caso, quedándose con nosotros, atrayéndonos a Él, y esperando hasta que nos demos cuenta de Su presencia. Lo buscamos porque Él nos buscó primero. Lo amamos porque Él nos amó primero, desde un mundo de gloria hasta un mundo de pecado y problemas. Él siempre nos está buscando.

«Bueno», dice alguien, «si Cristo nos busca, ¿por qué es tan difícil encontrarlo?» El problema siempre ha sido el mismo desde el principio, cuando el pecado entró en nuestro mundo. No podemos encontrarlo porque

gastamos la mayor parte de nuestra energía y esfuerzo en huir de Él. Y a veces seguimos corriendo incluso después de haberlo encontrado.

Adán corrió entre los árboles y arbustos del Jardín del Edén, sabiendo que Dios pronto vendría a hablar con él, como lo hacía todos los días. Adán tenía miedo de enfrentarlo después de ir en contra de sus deseos. Finalmente, encontró un denso arbusto y se escondió detrás de él, esperando que Dios no lo viera. Pero Dios vino corriendo tras él.

Jacob huyó de su casa y de su familia al desierto. Su hermano quería matarlo y pensó que la vida estaba a punto de terminar. Agotado, se tumbó en el suelo polvoriento, apoyó la cabeza en una roca y trató de dormir. Entonces vio la escalera mística de la Tierra al Cielo. Dios lo había estado siguiendo, y estaba emocionado al darse cuenta de que Dios todavía lo amaba a pesar de su engaño.

Jonás también huyó de Dios. Temeroso de llevar el mensaje de Dios a Nínive, huyó. En un barco en alta mar, pensó que finalmente había logrado escapar, pero Dios lo siguió hasta el vientre de la ballena.

Saulo de Tarso intentó matar a todos los cristianos de Jerusalén. De allí partió hacia Damasco, con prisa por acabar con los nuevos cristianos. Pero Dios corrió tras él, dispuesto a perdonar el pasado, y listo para ayudar a Saúl a construir una nueva vida en Él. Siguió el camino de Damasco, recordando a Saulo la oración de un moribundo: «Padre, no les tomes en cuenta este pecado».

RUTAS DE ESCAPE

En realidad, es bastante difícil alejarse de Dios. Pero tendemos a intentar todo lo que podemos, cada maniobra, cada ruta de escape, tratando de superar a Dios. Y en todos los casos, en realidad estamos huyendo de lo mismo: la entrega de uno mismo. Estamos tratando de escapar de ese momento de la verdad, en el que nos enfrentamos a la comprensión de que somos incapaces de manejar la vida, y mucho menos las cosas de la eternidad. Nuestro orgullo y ego nos dificultan renunciar a nosotros mismos. Nuestros corazones humanistas prefieren una religión del «hágalo usted mismo», en la que confiemos en nuestras propias capacidades y recursos internos. Queremos aferrarnos a algo que podamos hacer, por eso inventamos todo tipo de formas de escapar de la auto entrega.

A menudo nos ocupamos de preocupaciones legítimas, como los estudios o el trabajo. De esa manera, no tendremos que pensar seriamente en las cuestiones del tiempo, la eternidad, y nuestra relación con Dios. A los estudiantes universitarios les gusta quejarse de que tienen mucho que hacer, y de que no tienen suficiente tiempo para hacerlo. Pero al recordar mis años universitarios, ¡descubro que estuvieron entre los días más despreocupados de mi vida! Cada año que pasa trae consigo más deberes y responsabilidades, mientras que el tiempo parece pasar cada vez más rápido. Hace unos años, alguien me regaló un libro con el intrigante título «Cómo vivir las 24 horas del día». Planeo leerlo algún día, ¡pero aún no lo he hecho, porque no tengo tiempo!

Si no intentamos escapar a través de los deberes mundanos de la vida, entonces quedamos absorbidos en el escapismo orientado al placer. Huimos de nosotros mismos y de Dios, estando siempre en movimiento, siempre buscando una emoción más que nos impida pensar en el futuro. Desarrollamos lo que se ha llamado el síndrome «inquieto», otro término para los eternos inquietos. Si no encontramos lo suficiente para mantenernos ocupados, nos volvemos locos, porque la peor tortura del mundo sería tener tiempo para pensar en

Dios y la eternidad. Aunque nos quejamos del exceso de trabajo, en realidad estamos felices, porque eso nos impide lidiar con la entrega personal.

Otra vía de escape más, es a través de la pseudorreligión. Montamos todo el espectáculo y las apariencias del comportamiento y vocabulario religioso. Nos volvemos expertos en fingir, en actuar, en fingir que estamos cerca de Dios, cuando no lo estamos. Cuando no podemos aceptar una relación personal de dependencia de Dios, buscamos formas de evitarlo que pasarán por formas de recordarlo. Nos gusta dedicar mucho tiempo a discutir, diseccionar, y analizar temas religiosos. Por lo general, tales especulaciones no tienen ningún valor práctico, pero muestran nuestra gimnasia mental, y engañan a otras personas haciéndoles pensar que somos religiosos.

Sin embargo, todo el tiempo, incluso cuando intentamos deliberadamente huir de Dios, Él nos sigue, permanece cerca, nos ayuda cuando no lo sabemos, nos guía cuando no es nuestra intención. Él permanece con nosotros, buscando la oportunidad de hacernos saber que nos ama, y se preocupa por nosotros, incluso mientras huimos.

Sin embargo, hay una forma aún más sutil de huir de Dios, una manera de la que no siempre somos conscientes, o no estamos dispuestos a admitir. Después de darnos cuenta de nuestra necesidad de Dios, es posible que todavía nos resistamos a la idea de la auto entrega. Por eso tratamos de inventar nuestras propias rutas hacia la salvación. Tomamos la iniciativa en la búsqueda, creyéndonos capaces de encontrarlo.

Muchos de nosotros trabajamos en cambios de comportamiento, algo tangible que podamos hacer. O nos analizamos a nosotros mismos, tratando de buscar a Dios a través de la autorrealización, utilizando un enfoque psicológico sin Dios en el centro, y sin Cristo primero. Tratamos de abandonar todas nuestras prácticas y hábitos pecaminosos, nuestras malas asociaciones, nuestra maldad. Si logramos modificar nuestro comportamiento, si logramos ser personas de buena moral, entonces creemos que hemos encontrado a Dios.

A veces creemos que hemos encontrado a Dios, cuando tenemos la combinación justa de sentimientos tiernos y euforia emocional: una religión sensacionalista, no basada en la Palabra de Dios. Buscamos una atmósfera determinada, y tratamos de rodearnos del tipo adecuado

de personas sensibles. El éxito en encontrar a Dios se mide por la cantidad de lágrimas derramadas, los escalofríos que suben y bajan por nuestra columna, y las luces suaves y la música que nos ayudan a sentirnos religiosos. De alguna manera pensamos que, si podemos conseguir el entorno correcto, recibiremos suficiente inyección espiritual para durar hasta el próximo gran reavivamiento emocional en algún lugar.

Y así sigue: todo tipo de métodos de escape del momento de la verdad y de la necesidad de entregarse a Dios. Tratamos de escapar respondiendo a repetidos llamados al altar, o yendo a la iglesia, o visitando al pastor. Intentamos escapar determinando no volver a hacer cierto tipo de cosas nunca más. Hacemos todo tipo de promesas y esfuerzos. Pero a medida que pasan los días, a nuestro dormitorio le faltan las huellas de las rodillas, y nuestra Biblia (que retrata la vida y el carácter de Jesús) acumula polvo en un estante.

PASOS PARA RENDIRSE

«Está bien», dices. «Así que es evidente que estamos huyendo de Dios. ¿Qué podemos hacer al respecto? ¿Cómo nos rendimos?»

En primer lugar, debemos desear algo mejor que lo que estamos experimentando actualmente. Este deseo no puede autogenerarse. Sólo viene de Dios, Cristo, y el Espíritu Santo. Los tres trabajan constantemente para llevarnos a esta comprensión.

A continuación, debemos adquirir conocimiento del plan de salvación. Dios no nos obligará a aprender esto. Necesitamos ubicarnos en el tipo de entorno donde esto sucede: dondequiera que se lea, hable, o se enseñe Su Palabra, Dios no intenta meternos en la garganta el conocimiento de Su plan de salvación. Desafortunadamente, los religiosos a menudo se adelantan al Espíritu Santo, mientras Él habla en voz baja y apacible, están ahí afuera golpeando a la gente con palos verbales, hasta que sus víctimas son alejadas de Dios por completo. Pero si bien Dios no es insistente, permanece con nosotros. Él nunca nos impone, pero tampoco nos abandona. Y cuando corremos, Él está detrás de nosotros.

El tercer paso para venir a Cristo es la convicción. Debemos reconocer que somos pecadores y que hemos estado huyendo de Dios de muchas maneras. Dios no opera en el vacío. Él nos ayuda a enfrentarnos a nosotros mismos, no para insistir en nuestras imperfecciones, sino

para reconocer honestamente nuestra impotencia, y admitirla sin excusas ni coartadas.

El último paso antes de rendirse es el más difícil de todos. ¡Y es en este punto cuando muchos de nosotros empezamos a correr de nuevo! Debemos reconocer que estamos indefensos, y que no tenemos la capacidad de cambiar o salvarnos a nosotros mismos. Aunque Dios corre detrás de nosotros, no puede ayudarnos hasta que estemos en un punto de gran necesidad. Y al igual que el hijo pródigo, normalmente no queremos venir a Jesús, hasta que hayamos llegado al límite de nuestros propios recursos. Dios no puede hacer nada por nuestra recuperación hasta que, convencidos de nuestra propia debilidad y despojados de toda nuestra autosuficiencia, nos entreguemos al control de Dios. Sólo entonces podremos recibir el regalo que Dios espera otorgarnos. Nada se niega al alma que realmente siente su necesidad.

Siempre que las personas intentan encontrar a Cristo, sin darse cuenta primero de su gran necesidad de Él, sin darse cuenta de que sus propios recursos no son suficientes, siempre terminan frustradas. Muchos pasan por dificultades innecesarias antes de admitir su necesidad de Cristo, así como algunos no sienten la necesidad de un

seguro contra incendios hasta que su casa se incendia. Es el sentido de necesidad lo que marca la diferencia, y algunos nunca llegan al punto de darse por vencidos, que es de lo que se trata la rendición. ¿Alguna vez has tenido la impresión de que Dios no se preocupa por ti? ¿Alguna vez sentiste que ni siquiera sabía tu dirección? Quizás aún no hayas llegado al punto de rendirte en tu vida. Quizás todavía te aferras a la idea de que puedes hacer algo por ti mismo.

Recuerda amigo, no podemos encontrar a Cristo, hasta que lo busquemos con todo nuestro corazón, como si fuera una cuestión de vida o muerte. Y no podemos hacerlo hasta que nos hayamos rendido nosotros mismos, y con todos los demás recursos humanos. Cuando nos damos cuenta de nuestra necesidad, la única acción que tomamos es admitir nuestra impotencia, y pedirle a Dios que se haga cargo.

DOS RUTAS

¿Cómo obtenemos nuestro sentido de necesidad? Hay dos caminos, el largo y el corto. Y la mayoría de nosotros, lamentablemente, tomamos el camino más largo: ¡seguimos corriendo! En su libro «Milagros» (páginas 96 y

97), CS Lewis describe la situación que enfrentamos la mayoría de nosotros:

... el shock llega en el preciso momento en que la emoción de la vida se nos comunica a través de la pista que hemos estado siguiendo. Siempre es impactante encontrarnos con una vida en la que pensábamos que estábamos solos. «¡Estén atentos!», clamamos: «Está vivo». Y, por tanto, éste es precisamente el punto en el que muchos retroceden... Un Dios impersonal, muy bien. Un Dios subjetivo de belleza, verdad y bondad, dentro de nuestras propias cabezas, mejor aún. Una fuerza vital sin forma que surge a través de nosotros, un vasto poder que podemos aprovechar... lo mejor de todo. Pero Dios mismo, vivo, tirando del otro extremo de la cuerda, eso es otra cuestión. Llega un momento en que los niños que han estado jugando a los ladrones se callan de repente: ¿fueron unos pasos reales en el pasillo? Llega un momento en que las personas que han estado incursionando en la religión... de repente retroceden. ¿Y si realmente lo encontráramos? ¡Nunca quisimos llegar a eso! ¿Peor aún sería suponer que nos hubiera encontrado?

Y así pasamos por problemas, úlceras y noches de insomnio, y finalmente terminamos tambaleándonos al

borde del puente Golden Gate, listos para abandonar la vida por completo.

El plan de Dios es el camino corto. Dejamos que Él nos encuentre, al venir deliberadamente a la presencia de Su amor, al tomarnos el tiempo para estudiar y contemplar la vida, el carácter, y las enseñanzas de Jesús. En esta breve ruta, se nos dará una sensación de necesidad que tal vez toda una vida de problemas no lograría de otra manera.

Si te das cuenta de que podrías estar huyendo de Dios, incluso si has sido miembro de la iglesia durante años, y te gustaría encontrarlo ahora, entonces continúa colocándote en el ambiente donde Dios puede hacer Su obra. Asóciate con otras personas que estén interesadas en buscar una vida cristiana más profunda, y estudia con ellas. Ve a esa reunión de la iglesia, a ese servicio de adoración, a ese lugar particular donde Dios podría estar trabajando especialmente, y donde el Espíritu Santo podrá comunicarse contigo. Ponte de rodillas ante Su Palabra, y medita en la vida de Cristo.

Y no corras. Pídele a Dios que te dé la gracia para no correr. La fe y la gracia son regalos de Dios, y Él está dispuesto a dártelos a cualquiera que los pida. No puedes cambiar tu corazón, no puedes regenerarte, no puedes

convertirte, pero al menos puedes permitir que Dios te alcance. No esperes a que llegue el orador adecuado. No esperes a que tu vida cambie para mejor. No esperes hasta haber pasado por una vida larga y dura de sufrimiento y problemas. Saca tu Biblia del estante, limpia el polvo, y lee cada día un capítulo de los Evangelios sobre la vida de Cristo. Cuando termines, comienza de nuevo, busca nuevas ideas, y ora por lo que has leído. Dale una oportunidad a Dios. Él está constantemente buscando ese momento en el que le des una oportunidad.

Si buscas conocer a Dios con todo tu corazón, entonces lo encontrarás. Nunca se ofrece una oración, por vacilante que sea; nunca se derrama una lágrima, por secreta que sea; nunca se alberga un deseo sincero de Dios, por débil que sea; pero el Espíritu de Dios sale a su encuentro. Incluso antes de que se pronuncie la oración, o se dé a conocer el anhelo del corazón, la gracia de Dios sale al encuentro de la gracia que está obrando en el alma humana.

Estoy agradecido por un Dios que me busca todos los días, ¿tú no? Quiero dejar que Él me atrape, no sólo al comienzo de mi vida cristiana, sino hasta el final. ¿No te

unirás a mí, para buscar esa experiencia personal de vivir con Él?

Querido Padre Celestial: Algunos de nosotros hemos pasado mucho tiempo pensando que estábamos tratando de encontrarte, cuando en realidad estábamos huyendo. Gracias por seguirnos, por no renunciar a nosotros. Oramos para que nos acerquemos más y más a Ti, cada día, para que podamos encontrarte y tener descanso para nuestras almas. Te damos gracias por Tu gran provisión de misericordia y amor, en el nombre de Jesús.

Amén.

CAPÍTULO 4: LO SUFFICIENTEMENTE ARREPENTIDO COMO PARA RENUNCIAR

¿Alguna vez te han dicho que le digas a alguien que lo sientes, cuando en realidad no lo sientes? ¿Que te digan que lo sientes te hace arrepentirte? No, ¡probablemente solo te hizo arrepentirte que te dijeran que lo sentías!

A veces creemos que el arrepentimiento (o el dolor por el pecado y el alejamiento de él) es una obra que tiene lugar sólo al comienzo de la vida cristiana. ¿Necesitamos alejarnos del pecado sólo al principio, o es una experiencia continua en la vida del cristiano?

Tratar de comprender el arrepentimiento puede ser una búsqueda muy difícil de alcanzar. Le preguntas a alguien: «¿Cómo puedo alejarme de mis pecados?»

«Arrepiéntete», responden.

«¿Qué significa eso?»

«Significa arrepentirse de tus pecados.»

«¿Eso es todo?»

«Bueno, también significa alejarse de tus pecados.»

«Sí, pero ¿cómo hago eso?»

«¡Te alejas de tus pecados, arrepintiéndote!»

Y podrías mantener este diálogo frustrante con casi tantas personas como puedas contactar. ¡Lo he probado! La conclusión es que la manera de arrepentirse es arrepentirse de tus pecados, y que la manera de arrepentirse de tus pecados es arrepentirse. ¡Y eso no es de mucha ayuda para un pecador que lucha! La verdad es que la Biblia habla de dos tipos de arrepentimiento. «La tristeza según Dios trae el arrepentimiento que lleva a la salvación, y no deja arrepentimiento, pero la tristeza del mundo trae la muerte.» 2 Corintios 7:10 La tristeza según Dios te hace arrepentirte lo suficiente como para renunciar, pero la tristeza mundana no vale ni un centavo, porque solo es lamentar que te hayan atrapado.

Una vez Esaú buscó cuidadosamente el arrepentimiento con lágrimas, pero no encontró lugar para el verdadero dolor a pesar de sus lágrimas. Judas sintió suficiente remordimiento y miedo al juicio como para suicidarse, pero no tuvo un arrepentimiento genuino. De modo que el ejercicio intenso de los sentimientos de una persona puede no indicar que se ha arrepentido. De hecho, puede ser una de las falsificaciones del diablo.

VERDADERO ARREPENTIMIENTO

Entonces, ¿qué causa el verdadero arrepentimiento? ¿Cuál es el tipo de arrepentimiento o tristeza genuino que cambia nuestras vidas? Supongo que todos hemos tenido experiencias en nuestras vidas que nos han demostrado cuál es la verdadera.

Era un cálido día de primavera en Filadelfia, Pensilvania. Yo estaba en tercer grado. Muy polvorrientos y sudorosos, los niños llegamos del recreo, y fuimos al baño de niños para limpiarnos, olvidando que un salón de clases de grado superior todavía estaba en clases al lado. No nos dimos cuenta de todo el ruido que estábamos haciendo, hasta que la maestra de ese salón irrumpió en el baño de los niños y exclamó: '¿Qué les pasa? ¡Parecen una banda de indios salvajes!»

Bueno, no pensé que ella tuviera ningún derecho a estar en el baño de chicos, y no me gustó la forma en que se dirigía a nosotros. Entonces le dije: «Así es, eso es lo que somos».

Pensando que yo había sido muy atrevido para contestarle así, se lo dijo a mi maestra, quien vino a mí, y

me dijo: «Quiero que vayas y le digas a la señorita K. que lo sientes».

Pero no lo lamenté. Ahora bien, ¿cómo te arrepientes cuando no lo sientes? ¡El hecho de que mi maestra me dijera que le dijera a la Sra. K. que lo sentía, ciertamente no hizo que me arrepintiera! Entonces no fui.

Al día siguiente, cuando llegué a la escuela, me recibió mi maestra. «¿Le dijiste a la señorita K. que lo sentías?» Ahora estaba en problemas. Y parecía que lo único que podía hacer en la situación era añadir sal a la herida, así que mentí. Dije: «Sí, lo hice».

Pero ella me llevaba la delantera. «Acabo de consultar con la señorita K. y me dijo que no» Ahora estaba en un problema peor, y le dije: «Sí, lo hice... ¡pero ella no debe haberme escuchado!»

Mi maestra dejó el tema ahí, y no dijo nada más al respecto. Pasó el tiempo y nos alejamos. El incidente quedó olvidado hasta el año en que comencé a leer mi Biblia. Cuanto más leía, más ciertas cosas, incluida esa mentira que le había dicho a mi maestra, comenzaron a regresar a mi conciencia. ¿Alguna vez te ha pasado esto?

Así que un día tuve que sentarme, y escribirle una carta pidiéndole que me perdonara. Por alguna razón, ahora lamentaba haber dicho esa mentira.

EL ARREPENTIMIENTO ES UN REGALO

¿Qué hace que una persona se arrepienta? No estaba muy claro para mí en ese momento en particular, mientras leía mi Biblia, pero he pensado en ello a menudo desde entonces.

Mientras continuaba leyendo mi Biblia, descubrí que el arrepentimiento, o arrepentirnos lo suficiente como para cambiar, no es algo que podamos hacer por nosotros mismos. No podemos fabricar tristeza según Dios. ¡No importa cuánto lo intentemos, el poder simplemente no está en nosotros! Entonces, ¿de dónde obtenemos el arrepentimiento?

La fuente del dolor según Dios se sugiere en Hechos 5:31. «Dios lo exaltó [a Jesús] a su diestra, como Príncipe y Salvador, para dar el arrepentimiento y el perdón de los pecados...» ¡El arrepentimiento es un regalo! Cristo me da la capacidad de arrepentirme. El arrepentimiento no es menos don de Dios que el perdón y la justificación, y no se puede experimentar, excepto cuando Cristo lo da al alma.

Miles de personas lo entienden al revés. Piensan que tienen que arrepentirse para poder venir a Cristo, y para que Cristo los acepte. Creen que no pueden venir a Cristo a menos que primero se arrepientan. ¿Pero debe el pecador esperar hasta haberse arrepentido antes de poder venir a Jesús? ¿Es el arrepentimiento un obstáculo entre el pecador y el Salvador? Demasiados han entendido mal este concepto y, por lo tanto, no han aceptado la ayuda que Cristo desea brindarles.

La Biblia no enseña que el pecador debe arrepentirse antes de poder atender la invitación de Cristo: «Venid a mí... y yo os haré descansar». No podemos arrepentirnos sin el Espíritu de Cristo para despertar nuestra conciencia, de la misma manera que no podemos ser perdonados sin Cristo. Si ves tu pecaminosidad, no esperes para mejorar: ¡ven a Cristo tal como eres!

A veces pensamos que no somos lo suficientemente buenos para venir a Cristo. Pero ¿cómo esperamos mejorar, mediante nuestros propios esfuerzos? Nuestra única ayuda está en Dios. No podemos hacer nada por nosotros mismos. En resumen, debemos venir a Cristo tal como somos, aceptar Su don del arrepentimiento, y confiar totalmente en Su poder para cambiarnos.

UNA TRANSFORMACIÓN CONTINUA

Muy bien, entonces, ¿qué haces para arrepentirte? Primero, no pierdes tiempo, y vas a Cristo. Y no sólo al comienzo de la vida cristiana, sino que es una necesidad continua de la experiencia cristiana.

Si he sido cristiano durante mucho tiempo, pero sigo fallando continuamente en algún área de conducta de mi vida cristiana, ¿qué necesito? Necesito arrepentimiento. ¿Cómo lo consigo? ¿Espero un par de semanas hasta que Dios se calme, después de mi fracaso, antes de volver a Él? ¡No! Vengo a Cristo inmediatamente, porque Él es el único que puede darme la capacidad de arrepentirme lo suficiente como para cambiar.

El arrepentimiento es una transformación continua. De hecho, cada paso que damos en nuestra experiencia cristiana sirve para profundizar nuestro arrepentimiento. El arrepentimiento es continuamente volvemos del yo hacia Cristo, y necesitamos volvemos a Él, todos los días. Esta no es una experiencia única. Necesito arrepentimiento hoy, mañana, y pasado, y Dios ha prometido dármelo.

¿Las promesas de Dios se aplican sólo a unos pocos elegidos? 2 Pedro 3:9 describe a Dios como «no queriendo

que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento». Observa la redacción de la declaración «vengan al arrepentimiento». Todos pueden venir. Y no es nada que hago, es algo a lo que vengo. Permítanme sugerir aquí, que venir a Cristo y venir al arrepentimiento son la misma cosa, porque cuando vengo a Cristo recibo el arrepentimiento que Él me da. Por lo tanto, vivir la vida cristiana significa continuar viniendo a Cristo y, al hacerlo, continuaré arrepintiéndome. El resultado será un dolor genuino y piadoso por los pecados, y un alejamiento de ellos.

Dios llama a todos al arrepentimiento. El Salvador constantemente nos atrae al arrepentimiento. Sólo necesitamos someternos a ser atraídos, y nuestros corazones se derretirán en arrepentimiento. Quiero ese tipo de arrepentimiento en mi propia vida. ¿No lo quieres tú también?

VENIR A CRISTO

Ahora bien, para realizar la aceptación amorosa de Dios, necesitamos hacer algún esfuerzo. Pero ¿qué clase de esfuerzo espera Dios de nosotros, antes de poder darnos el arrepentimiento? Mucha gente piensa que tenemos que ser buenos, que tenemos que esforzarnos

por mejorar. ¡Pero la verdad es que nuestro esfuerzo es responder viniendo a Él, tal como somos!

¿Pero cómo hacemos eso? ¿Cómo llegamos a Cristo? Algunas personas piensan que significa pasar al frente de la iglesia, o acercarse al predicador. Algunos piensan que se trata de tomar la resolución de no volver a hacer ciertas cosas nunca más. La frase «venir a Cristo» es intangible porque no podemos verlo. Hay muchas ideas sobre lo que constituye venir a Cristo, pero en realidad «venir a Cristo» implica, ni más ni menos, que venir a Su Palabra, y a la oración.

Si un llamado al altar lleva a un grupo de personas al frente de la iglesia, pero los deja sin saber lo que significa venir a Cristo ellos mismos (de rodillas, individualmente, al día siguiente, y al siguiente), entonces tienen «No vendré a Cristo por mucho tiempo». Si realmente quieres venir a Cristo, entonces concéntrate en una vida devocional personal con Él. Venimos a Cristo estudiando Su vida, Su carácter, y Sus enseñanzas: leyendo Su Palabra, y orando.

BASADO EN LA RELACIÓN

Una de las primeras cosas que Cristo inspira en nosotros después de nuestra venida es un sentimiento de

necesidad, impotencia, y gran indignidad, lo que resulta en arrepentimiento. Recuerda, el arrepentimiento es un regalo. No es algo que yo haga; más bien, es algo que no puedo evitar hacer si vengo a Cristo ¿Por qué? Porque el conocimiento del plan de salvación lleva al pecador al pie de la cruz, en arrepentimiento de sus pecados que causaron los sufrimientos del amado Hijo de Dios. Sólo cuando comprendemos el amor infinito de nuestro Dios, nos damos cuenta plenamente de la pecaminosidad del pecado.

El arrepentimiento no es sentir pena por haber violado una regla o una ley. ¡Es lamentar haber decepcionado a Aquel que dio su vida por mí! Y necesito acercarme a Él, y conocerlo diariamente, uno a uno, para darme cuenta de esto.

Entonces, todo en la vida cristiana eventualmente se reduce a una sola cosa: nuestra relación personal con Cristo. Y aquí es donde reside, en última instancia, el arrepentimiento genuino. Cuando estudiamos la Palabra de Dios con oración, nos convencemos de nuestros pecados. Y seremos llevados al pie de la cruz en arrepentimiento, no sólo al comienzo de nuestra vida

cristiana, sino todos los días de nuestra experiencia cristiana continua.

ARREPENTIMIENTO DE DIOS

Mi padre me decía: «Hijo, hay mucha gente, incluso personajes de la Biblia, que han hecho muchas cosas mal. Pero nunca olvides esto: ¡la diferencia entre los justos y los malvados es que los justos saben lamentarse!» He reflexionado sobre eso muchas veces desde entonces. Una de las grandes historias de arrepentimiento genuino es la del rey David. Leemos sobre esto en su gran penitencial, el Salmo 51, que nos da una pista de la forma en que se arrepintió. Obsérvese que afrontó el problema tal como era, sin coartadas ni excusas. «Lávame toda mi iniquidad, y límpiame de mi pecado.» David se dio cuenta, y confesó su necesidad y su impotencia de hacer algo para ser digno de perdón o limpiarse. No solo estaba orando por sus pecados o malas acciones; estaba orando por su separación de Dios, su condición pecaminosa, y su malvado corazón. Esto era más que simplemente un deseo de perdón por una mala acción. Fue una súplica por la pureza de corazón y de vida.

David pasó por algunas experiencias bastante duras antes de darse cuenta de que era capaz de cometer

cualquier pecado. Recuerdo haber hablado con una persona «buena», que había experimentado un gran cambio para mejor en su vida, y me dijo: «Una de las grandes necesidades que descubrí antes de poder cambiar, fue darme cuenta de lo pecador desesperado que era». Sorprendido le respondí: «¿Estabas haciendo cosas desesperadas?» «No», dijo, «pero había llegado al punto, en el que me di cuenta de que era capaz de cometer cualquier pecado».

Y evidentemente, las experiencias de David lo habían demostrado. Así que ahora David oró, no sólo por el perdón de sus pecados; sino también por su «limpieza».

Otra pista sobre el tipo de arrepentimiento piadoso también se encuentra en Salmo 51; «Contra ti, contra ti sólo he pecado.» David estaba diciendo que su gran pecado fue contra Dios. Él suplicó: «Purifícame con hisopo, y seré limpio; Lávame y seré más blanco que la nieve... Crea en mí, un corazón puro, oh, Dios.» No quería sólo perdón. Se arrepintió lo suficiente como para renunciar, porque se dio cuenta de que su mayor pecado era contra Dios, y por eso quería un corazón limpio, y un espíritu recto. Así que aquí mismo, en el Salmo de David, encontramos la sugerencia de que la tristeza según Dios involucra a una persona.

La tristeza mundana implica únicamente lamentar haber sido sorprendido rompiendo un conjunto de reglas.

La tristeza según Dios siempre involucra a una persona, ¡y un corazón quebrantado! Y lamentar haberle roto el corazón a alguien, implica mirar a los ojos de Jesús, una persona amorosa con un corazón cálido que late en su pecho. Por eso, las reglas y regulaciones no son suficientes. Los Diez Mandamientos no tienen sentido hasta que cobran vida en la persona de Jesucristo. Sólo entonces tendrás un arrepentimiento genuino.

UN EJEMPLO PERSONAL

Sucedió cuando estaba en séptimo grado. Mi padre estaba celebrando reuniones públicas en Saginaw, Michigan. Había una pequeña escuela religiosa de ocho grados, con trece estudiantes en toda la escuela. Nuestra maestra tenía sólo dieciocho años, y ésta era su primera escuela.

Conocía bien su material, pero no sabía cómo controlar y disciplinar a los niños. Hizo lo mejor que pudo, pero las cosas se le escaparon y, a mitad del año escolar, la junta escolar se reunió para ver si debía ser reemplazada. Demasiada anarquía.

Algunos de los estudiantes estaban hablando de ella un día en el patio de recreo, debajo de la ventana del aula. Llegué a la esquina del edificio justo a tiempo para escucharlos decir que no creían que ella fuera una muy buena maestra, y que esperaban que consiguiéramos una mejor. (Es cierto que ni siquiera los jóvenes son felices, a menos que sepan cuáles son las reglas, dónde empiezan y terminan los límites). Hablaron una y otra vez. Y cuando te acercas a un grupo donde todos están de acuerdo en que no les gusta alguien, lo natural es unirse. Entonces dije: «A mí tampoco me gusta. No creo...» Y justo cuando pronunciaba mi pequeño discurso, noté un movimiento a través de la ventana abierta de arriba.

Miré hacia arriba, y allí estaba mi maestra. Estaba parada detrás del piano, donde estaba segura de que no podríamos verla. Pero pude verla, y nunca olvidaré la expresión de desesperación en su rostro. Ella no nos estaba mirando, estaba mirando al suelo. Y cuando vi las lágrimas caer, de repente me sentí mal. Corré a casa, y no pude dormir muy bien esa noche. Le había roto el corazón a alguien, alguien que había hecho lo mejor que podía por mí.

Al día siguiente, cuando llegué a la escuela, tuve que escribirle una notita y pedirle que me perdonara. Lo sentí mucho. ¿Por qué? ¿Porque había roto una regla? No, porque había decepcionado a una amiga. Ahora recordé todas las cosas que había hecho por nosotros. Se había quedado después de la escuela para ayudar a los estudiantes necesitados. Ella había ido al centro, y había comprado un regalo realmente valioso para cada uno de nosotros en Navidad. Nos leía historias interesantes todos los días después del almuerzo. Incluso, nos enseñó un poema de Whittier que recuerdo hasta el día de hoy. Realmente, es una buena descripción del arrepentimiento:

Todavía se encuentra la escuela junto al camino, un mendigo andrajoso tomando el sol; A su alrededor todavía crecen los zumaques, y crecen las enredaderas de moras. En el interior se ve el escritorio del maestro, profundamente marcado por los golpes oficiales; El suelo combado, los asientos maltratados, la inicial tallada de la navaja; Los frescos de carbón en las paredes; Sus puertas desgastaron los alféizares, traicionando Los pies que, arrastrándose lentamente hacia la escuela, ¡Salieron furiosos a jugar! Hace muchos años, un sol de invierno brilló sobre él, al ponerse; Iluminó los cristales de sus ventanas occidentales, y el frío de los aleros bajos. Tocó los enredados rizos

dorados, Y los ojos castaños llenos de dolor, De quien aún demora sus pasos Cuando todo el colegio se iba. Porque cerca de ella estaba el niño que su favor infantil buscaba; Su gorra calada sobre un rostro donde se mezclaban el orgullo y la vergüenza. Empujando con pies inquietos la nieve A derecha e izquierda, él se demoró, Mientras sus diminutas manos, inquietas, tocaban Su delantal de cuadros azules. La vio levantar los ojos; sintió la ligera caricia de la mano suave, escuchó el temblor de su voz, como confesando una falta. «Lamento haber deletreado la palabra: Odio ir por encima de ti, porque», los ojos marrones cayeron «¡Porque, ya ves, te amo!» Aún recuerdo de un hombre de pelo gris, que muestra esa dulce cara de niño. ¡Querida niña! ¡Las hierbas sobre su tumba llevan cuarenta años creciendo! Vive para aprender, en la dura escuela de la vida, que pocos de los que pasan por encima de él, lamentan su triunfo y su pérdida, como ella, porque lo aman.

Ella lamentó haber deletreado la palabra que él no pudo. ¿Por qué? Porque ella lo amaba. Y el mensaje de amor de nuestra maestra había comenzado a llegar gradualmente. Cuando recordé todas las cosas que ella había hecho por nosotros, ver su dolor por mi ingratitud me rompió el corazón. No me arrepentí porque me habían

sorprendido rompiendo una regla de la escuela. Lo lamenté porque le había roto el corazón a alguien que me amaba. Me alegré de que le permitieran terminar el año escolar. Me alegré de intentar ser diferente por ella. ¡Y me alegré cuando escuché el otro día que ella todavía está enseñando! No la he visto desde ese año, pero espero hacerlo algún día.

Ahora, cuando alguien me da la espalda, me decepciona, o habla de mí fuera de la ventana del aula, normalmente no tengo ganas de darle la bienvenida. Pero Jesús sí. Él acepta a los ladrones, las rameras, y los cambistas, invitándolos a venir a Él, en busca de descanso y paz. Y cuando realmente entendemos la bondad involucrada en Sus bendiciones, paciencia, y gran sufrimiento, nuestro corazón se rompe, y nos sentimos verdaderamente arrepentidos y queremos cambiar.

¿Quién desea llegar a estar verdaderamente arrepentido? ¿Qué debe hacer? Debe venir a Jesús, tal como es, sin demora.

La gente, en los días de Cristo, tenía una idea que continúa hasta nuestros días. Pensaban que antes de que el amor de Dios pudiera extenderse a un pecador, primero debía arrepentirse. Creían que el arrepentimiento era una

obra por la cual los hombres se ganaban el favor del Cielo. Y esto es un malentendido que llevó a los fariseos a exclamar con asombro y enojo: «¡Éste recibe a los pecadores!» Según sus creencias, Cristo no debería haber permitido que nadie se acercara a Él, excepto los que se habían arrepentido.

Bueno, si eso es cierto, ¡entonces no hay esperanza para ninguno de nosotros! Si Cristo nunca recibió a los pecadores, nunca habría habido una oportunidad para ti o para mí. Pero Él sí nos acepta, desde el comienzo de nuestra vida cristiana, y hasta el final. Y su bondad al aceptar a los pecadores nos rompe el corazón, porque no es humano amar y aceptar incluso a los que te odian. Jesús murió por sus enemigos, y prometió (en Juan 6:37) que «al que a mí viene, no lo rechazaré jamás».

La actitud amorosa y de aceptación de Dios crea en nosotros el deseo de cambiar nuestras vidas. Él siempre acepta a cualquiera que venga a Él, en cualquier momento, en cualquier lugar, independientemente de su pasado (Recuerda, el pecado imperdonable no es que Dios nos rechace; ¡es que nosotros rechacemos a Dios!) Al alma abatida, Dios le dice «ten ánimo», independientemente de lo malvado que hayas sido. No creas que quizás Dios

perdonará tus transgresiones, y te permitirá venir a Su presencia. Dios ya ha hecho el primer avance. Mientras todavía estabas en rebelión contra Él, Él salió a buscarte. El alma, magullada, herida, y lista para perecer, la rodea en sus brazos de amor. Y Dios no sólo acepta a aquellos cuyas vidas han sido más ofensivas para Él, sino que cuando se arrepienten, los llena con Su Espíritu divino, los coloca en las posiciones más altas de confianza, y los envía al campamento de los desleales para proclamar Su misericordia ilimitada. ¿Qué te parece eso? ¡Oh, la infinita bondad de Dios!

UNA LECCIÓN VALIOSA

Una vez aprendí una valiosa lección de mi padre. Evidentemente, las tradiciones noruegas del «viejo país» no se mantienen sin escatimar la vara. Un día entré sonriendo después de un castigo con el periódico, y le dije a mi madre: «Eso ni siquiera me dolió» ¡Ups! Ese fue un gran error. Ella le dijo a mi papá, y fue entonces cuando la manguera se desprendió de la bomba de llantas. Al crecer, recibí mis castigos, pero no se lo reproché a mi padre.

Más tarde, escuché a un consejero familiar describir por qué una persona puede soportar tal disciplina: «No hay límite para la disciplina que cualquier persona, joven o

mayor, puede soportar, siempre y cuando todavía sepa que es amado y aceptado. ¡En el momento en que se siente rechazado, has ido demasiado lejos!» Mi hermano y yo siempre supimos que éramos amados y aceptados. Y cuando papá tuvo que disciplinarnos (porque lo necesitábamos), sabíamos que se le rompía el corazón.

Pero el peor castigo que he recibido fue la vez que ni siquiera me tocó. Fue en verano. Camp Potawatomi era un hermoso lugar en una isla en medio del lago Gull en Michigan. Papá y mamá intentaban ayudarnos a pasar un buen rato. Teníamos todo. Mi hermano y yo teníamos canoas, el paseo marítimo, lanchas rápidas, natación, y nosotros mismos. Ahí es donde estaba el problema. Hoy en día lo llaman «rivalidad entre hermanos». No sé cómo lo llamaban entonces. Lo llamamos «pelear». A menudo comenzaba como una diversión inocente, pero terminaba en una pelea.

¡Pelea, pelea, pelea! Estábamos arruinando las vacaciones de papá y mamá. Papá intentó privarnos de nuestros privilegios frente al mar, intentó sacándonos el postre, intentó sacándonos la cena. Nada funcionó. Seguíamos peleándonos. Finalmente, nos llamó a la cabaña. Nos sentamos en el borde de la cama,

preguntándonos qué sería lo siguiente. Pero obviamente se había quedado sin soluciones; no había nada más que hacer. Intentó pensar en algo, pero no se le ocurrió nada. Intentó hablar, pero no había nada más que decir. Y luego, en una de las pocas veces en mi vida, vi lágrimas correr por el rostro de mi padre grande y fuerte. Ahora podría soportar la manguera de la bomba de neumáticos, pero no podía soportar las lágrimas de mi padre. ¡Lo lamenté mucho esta vez! ¿Por qué? Porque me di cuenta de que le había roto el corazón a mi mejor amigo, el que había hecho tanto por mí. De repente, tenía muchas ganas de cambiar. ¡Y lo hice! ¿Qué marcó la diferencia? He pensado en estas experiencias personales, y en qué se trata el arrepentimiento. ¿Cómo te arrepientes? Es sólo cuando te das cuenta de que le has roto el corazón a alguien que te ama, y esto te rompe el corazón. Ahí es donde está la verdadera savia del arrepentimiento.

Romanos 2:4 nos dice que la bondad de Dios nos lleva al arrepentimiento. Dice algo como esto: Primero, te das cuenta de que eres un pecador, capaz de decepcionar a alguien más. En segundo lugar, te das cuenta de que Dios te ama, y que es tu Amigo porque has aprendido a conocerlo personalmente. En tercer lugar, cuando haces algo que lo decepciona a Dios, ¡también te decepciona a

ti! Y finalmente, cuando te das cuenta de que, aunque Él está decepcionado, Su poder, misericordia, y paciencia, siguen ahí, y Él todavía te acepta. Esto te rompe el corazón. ¡Esta clase de amor no es humano, sólo puede ser divino!

LA EXPERIENCIA DE PEDRO

Recuerda amigo, no existe tal cosa como cambiar tu vida sin una relación de cercanía con Cristo, porque esta es la única manera de arrepentirte lo suficiente como para renunciar. No pude soportar el corazón roto de mi amigo. Tampoco Pedro, uno de los discípulos de Cristo.

Una noche, mientras estaba junto al fuego, una criada lo acusó de ser discípulo de Jesús. Y Pedro empezó a maldecir y a jurar: «¡No lo conozco!» Justo en medio de sus negaciones, sus ojos se encontraron con los ojos de Jesús. Y la mirada en los ojos de Jesús no era de ira o resentimiento. Era una mirada que sólo el Cielo podría haber producido. Era más que una mirada de tristeza y decepción; también fue de lástima y aceptación por su pobre discípulo. Y mientras Pedro estaba allí paralizado, con los ojos fijos en Jesús, vio el rostro pálido y sufriente. Vio los labios temblorosos manchados de sudor sangriento, y convulsionados de angustia. Vio a la gente

empujar a Jesús, y levantar manos malvadas para golpearlo e incluso escupirle en la cara.

Pero eso no fue todo lo que vio. Una avalancha de recuerdos lo invadió, y recordó el día en que la voz amiga de Jesús lo invitó a dejar sus redes y seguirlo; la noche en que él (a causa de su propio ego) quiso caminar sobre el agua, y Jesús lo había salvado de las olas que rompían; el momento en el templo cuando tuvo una discusión sobre las monedas de los impuestos, y Jesús lo rescató de la situación. Recordó su alarde ante Jesús apenas unas horas antes: «¡Puedes contar conmigo, aunque todos los demás huyan! No te dejaré», y Jesús responde: «Simón, Satanás ha pedido zarandearte como a trigo, pero yo he orado por ti... para que tu fe no decaiga».

De repente, con los ojos nublados por las lágrimas, Pedro se dio cuenta de que esa noche le había dado el golpe más duro a Jesús. Huyó del fuego y salió por la puerta, bajó por las calles oscuras de Jerusalén, hasta la puerta dorada en la muralla de la ciudad, bajó la colina, y cruzó el arroyo Cedrón, y subió entre los olivos en el Jardín de Getsemaní. Allí buscó a tientas en la oscuridad, hasta que encontró el mismo lugar donde Jesús había estado angustiado, sólo unas horas antes. Y cayó de bruces, y

deseó poder morir. Realmente lo sentía. ¿Por qué? Porque le había roto el corazón a su mejor Amigo.

Pedro vivió. Quería morir, pero vivió. Y cuando más tarde se presentó ante miles de personas y las invitó a venir a Cristo para arrepentirse, sabía de lo que estaba hablando. Cuando tú y yo nos demos cuenta de este tipo de dolor por el pecado, entonces habremos recibido el regalo que Jesús ofrece. Nos llenaremos de un anhelo de conocer Su presencia y poder, de tal manera que ya no lo decepcionemos. Así es como nuestras vidas cambian. Así se vive la victoria.

Escucha amigo, no hay posibilidad de que pueda cambiar mi vida. Sólo Dios puede hacerlo. Y no hay posibilidad de que Él pueda hacerlo por mí, hasta que lo conozca como mi Amigo personal, y me dé cuenta de lo que mi vida significa para Él. ¿Puedes aceptar eso? Me gustaría tener una experiencia más profunda de arrepentimiento cada día, y los invito a buscar conocer mejor a Dios también.

Querido Padre Celestial. Gracias por tu gran amor. No es humano. No podemos entenderlo, porque no podemos operar de esa manera separados de Ti. Gracias por

buscarnos cuando nos hemos descarriado, y gracias por Tu invitación a acudir a Ti para arrepentirnos.

Sabemos que Tú eres el único que puede hacer que nos arrepintamos lo suficiente como para renunciar. Ayúdanos a experimentar la relación contigo que hace que suceda el arrepentimiento. Gracias por tu perdón y misericordia, y ayúdanos a seguir viniendo como Pedro. En el nombre de Jesús.

CAPÍTULO 5: ¡LA MEJOR TRANSACCIÓN DE TODOS LOS TIEMPOS!

Me gustaría hacerte una oferta. Tengo un bolígrafo que quiero cambiar por un Mercedes 560SL nuevo. ¿Estás interesado? Si tienes ese tipo de coche y estás dispuesto a cambiarlo por mi bolígrafo (que es un bolígrafo perfectamente bueno), entonces sólo hay dos posibilidades: ¡o eres realmente estúpido, o realmente me amas mucho!

¿Alguna vez hiciste algún “negocio” cuando eras niño, cosas como canicas o chicles? Cuando era niño en los callejones de Brooklyn, Nueva York, solíamos cambiar tres canicas pequeñas por una grande. Para muchos de nosotros, este tipo de cosas continúa durante toda la vida. (Una vez tuvimos un intercambio de corbatas en el dormitorio de hombres de la universidad. Fue uno de los momentos más emocionantes y divertidos que recuerdo. ¡Mi compañero de cuarto comenzó sin nada, y terminó con seis bellezas!)

En 2 Corintios 5:21, la Biblia habla del mayor comercio jamás realizado: «Al que no tuvo pecado, por nosotros lo

hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». O parafraseando: Dios hizo a Jesús (que no conoció pecado) pecado por nosotros; para que nosotros (que no conocimos la justicia) seamos hechos justicia de Dios en él.

¿Cómo responderías si Jesús se acercara a ti ahora mismo, con los brazos abiertos, y te ofreciera cambiar toda Su justicia, por todos tus pecados? ¿Estarías interesado? La verdad es que esto es exactamente lo que Él ofrece hacer. Y esto va mucho más allá de cambiar un bolígrafo por un Mercedes, ¡porque ni siquiera tenemos bolígrafo! Todo lo que tenemos para cambiar por Su justicia es un montón de trapos de inmundicia (Isaías 64:6).

¿Cómo puede ser esto? ¡Parece que alguien se está quedando con la parte más desfavorable del trato! O Aquel que se ofrece a hacer este «negocio» es muy tonto, o nos ama con un amor que está más allá de toda comprensión.

¿COMERCIO, PRÉSTAMO O REGALO?

¿Qué significa realmente recibir la justicia de Jesús? ¿Es un comercio? ¿Un regalo? ¿Un préstamo? Esta cuestión se debate a menudo entre teólogos y religiosos de hoy. «Cuando Jesús nos da justicia, ¿realmente nos la da? ¿O

simplemente nos lo presta? ¿Realmente nos hace justos, o simplemente declara que somos justos?» Y cuando Jesús nos da Su justicia (en cualquier forma), ¿es permanente o temporal? Algunos preguntan: «Si Dios perdona ahora nuestros pecados, pero a pesar de ello algún día nos perderemos, ¿qué pasa con esos pecados que una vez fueron perdonados? ¿De alguna manera los recupera de las profundidades del mar, y luego los retiene contra nosotros?»

Bueno, ¿qué tal un intercambio? ¿Un intercambio es siempre permanente? No en términos humanos. (Mi hijo cambió su vieja MG por la motocicleta Honda de otro niño, pero ninguno de los dos estaba contento, ¡así que volvieron a cambiarla!) ¿Qué tal un préstamo? Cuando pides prestado algo, ¿no se espera que lo devuelvas? (Si la justicia de Jesús nos es prestada, ¿con qué tenemos que devolverle el dinero?)

¿Cómo encaja todo esto: intercambio, préstamo, o donación? Para encontrar la respuesta, miremos un poco más de cerca la palabra justicia.

Daniel 9:7 nos dice que de Dios es la justicia, pero de nosotros la confusión de rostro. Si buscamos en este mundo de pecado algún tipo de justicia entre las personas,

terminamos con nada más que confusión. El principio Bíblico es que cuando se trata de justicia, el hombre está en quiebra. Romanos 3:10-11 dice: «No hay justo, ni siquiera uno; nadie que entienda, nadie que busque a Dios.» Isaías 64:6 dice que «...todos nuestros actos de justicia...» (cualquier cosa que pensemos que hemos hecho que fue justo) «...son como trapos de inmundicia.»

No hay enseñanza en las Escrituras más crítica que ésta. Debemos darnos cuenta de que, aunque podamos producir algo que el mundo llama «moralidad», no existe nada parecido a la «justicia» humana en lo que respecta a Dios. Podemos trabajar duro para producir bondad externa, pero la bondad externa no es justicia y no cuenta con Dios.

LA JUSTICIA ES JESÚS

El apóstol Pablo hace una declaración radical en Romanos 3:22. Dice que «...la justicia de Dios viene por la fe en Jesucristo...». Jesús no vino a declarar nuestra justicia, sino la justicia que viene por la fe en Él. Y Pablo repite este punto varias veces, concluyendo (en el versículo 27) con: «¿Dónde, pues, está la jactancia? Está excluido.»

Entonces, no existe tal cosa como la justicia a través de nuestro propio poder. Sin embargo, la Biblia dice que el Señor conoce «el camino de los justos» (Salmo 1:6), y que habrá una «resurrección de los justos» (Lucas 14:14), y que algún día «los justos resplandecerán como el sol, en el reino de su Padre» (Mateo 13:43). Debe haber alguna manera, entonces, de que los pecadores (que están en bancarrota) puedan conocer la justicia, y debe ser recibida de una manera que no permita crédito por producirla, y no deje lugar para la jactancia.

¿Cómo es esto posible? Según 1 Corintios 1:30, Jesús «... ha llegado a ser para nosotros sabiduría procedente de Dios, es decir, nuestra justicia, santidad y redención.» También está la conocida declaración de Pablo en Romanos 1:16-17, donde dice que «no se avergüenza del evangelio de Cristo... porque en él se revela la justicia de Dios...» En otras palabras, cuando se trata de a la justicia: no tenemos ninguna, Dios lo tiene todo, y se revela a este mundo, sólo a través de Jesucristo. Entonces, la mayor definición de justicia es «Jesús».

HACER BIEN

Pero ¿qué pasa con nuestro buen comportamiento y nuestras acciones correctas? ¿No es eso justicia? Durante

mucho tiempo, algunos de nosotros lo definimos así. Lamentablemente, esta definición es lamentablemente inadecuada. En cierto sentido es correcto, pero no cuenta toda la historia. Si la rectitud es simplemente «hacer lo correcto», entonces la conclusión lógica es que todo lo que tengo que hacer para ser justo es hacer lo correcto. Y esto me lleva a la trampa de concentrar mi tiempo y esfuerzo en tratar de hacer lo correcto para ser justo.

La verdad es que la justicia no existe sin Jesús. Viene con Jesús. Cuando Pablo dice que Jesús «... se ha hecho para nosotros sabiduría procedente de Dios...», y que Él es «... nuestra justicia, santidad y redención», quiere decir que todas estas cosas existen en Jesús, y es sólo a través de Él, que puede ser encontrado.

Un día estábamos discutiendo este texto, y alguien dijo: «Oh, esas son buenas noticias. Oremos por sabiduría.»

«No. ¡Oremos por Jesús!»

«Bueno», dijeron, «Jesús nos dará sabiduría.»

No amigo. Jesús se da a Sí mismo, y con Él viene la sabiduría. La verdadera sabiduría no es una entidad en sí misma. No se puede separar de Jesús: está en Él, y viene con Él. Lo mismo ocurre con la justicia. La justicia de Dios

está encarnada en Cristo. Si no recibimos a Cristo, no tenemos ninguna justicia. Nunca se conoce aparte de Él.

A veces la terminología puede resultar confusa. Estaba hablando en una reunión en Australia, cuando de repente un hombre saltó al fondo de la sala, y dijo: «¿Crees en la justicia infundida?» Tenía fuego en los ojos, y evidentemente, por algo que dije, le había dado la impresión de que creía en la «justicia infundida».

Primero, tenía que averiguar qué quería decir, así que le pedí que me explicara.

«¿Crees que la justicia es una cosa en sí misma?», él dijo. «¿Que es algo que puedes verter en un individuo, y que él puede tenerlo a partir de ese momento?»

«¿Separados de Cristo?», Yo pregunté.

«Sí», dijo.

Entonces, la respuesta fue fácil. «No.»

Aparentemente, cuando algunas personas usan el término justicia «infundida», se refieren a una entidad en sí misma que puede ser conocida aparte de Cristo, y que simplemente no puede ser, porque la justicia nunca es independiente de Jesucristo.

JUSTO EN ÉL

¿La justicia de Cristo alguna vez llega a ser inherentemente mía? Echemos un vistazo más de cerca de 2 Corintios 5:21. «Dios lo hizo [a Jesús]... por nosotros pecado...» ¿Qué significa eso? Cuando Jesús se hizo «pecado por nosotros», ¿eso lo convirtió en pecador? 1 Pedro 2:22 dice: «Él no cometió ningún pecado, ni se halló engaño en su boca». Y en Juan 8:46, Jesús desafió con éxito a una audiencia hostil, preguntando: «¿Puede alguno de vosotros probarme culpable de pecado?» Entonces, aunque Jesús se hizo pecado por nosotros, no se hizo pecador. Él tomó el castigo por nuestros pecados. Él tomó la condenación por nuestros pecados. De alguna manera, incluso asumió la culpa de nuestros pecados. Pero Él nunca asumió la responsabilidad por el pecado. (Es por eso por lo que hay un chivo expiatorio al final del servicio del santuario. Ver Levítico 16). Jesús cargó con nuestros pecados en términos de pena, condenación, y culpabilidad; incluso podemos decir que nuestros pecados fueron puestos a Su cuenta, pero eso nunca se cumplió. Él un pecador.

Ahora veamos la segunda mitad de 2 Corintios 5:21: «... para que en Él seamos justicia de Dios.» Cuando somos

hechos justicia de Dios en Él, eso no nos hace justos más de lo que la primera parte lo hizo pecador. Cuando Cristo se convierte en nuestra justicia, eso nos hace justos sólo mientras estemos en Cristo, y con Cristo la justicia nunca es inherentemente nuestra; se puede encontrar sólo y siempre en Jesús. Y nadie puede ser justo por más tiempo que el que tiene fe en Dios, y mantiene esa conexión vital con Él.

ENTENDIENDO EL REGALO

¿Recuerdas el flamante Mercedes 560SL del que hablamos antes? Finjamos ahora que soy dueño de ello, y estoy soltero. (¡Esa es la única manera de tener uno!) Y estoy buscando a alguien que lo lleve conmigo, ¡de por vida! Esto, por supuesto, es un poco complicado, porque siempre existe el peligro de que en realidad estén más interesados en el deportivo, que en su propietario. Pero seguí buscando, y finalmente encontré a alguien que aparentemente está más interesado en mí, que en mi auto. Se casa conmigo y se queda con el Mercedes.

De la misma manera, cuando acepto a Jesús como mi Salvador, mi Señor, y mi mejor Amigo, recibo toda Su justicia, porque Su justicia viene con Él.

¡Pero supongamos que mi nueva novia, algún día decidiera que ya no me quiere! Ella decide dejarme y, como resultado, también pierde el Mercedes. (Olvídese de las leyes de liquidación de propiedades de su estado por un momento, o simplemente asuma que teníamos un acuerdo prenupcial).

¿El Mercedes fue un intercambio? ¿Fue un préstamo? ¿Fue un regalo? Romanos 5:17 nos dice que la justicia es un «don», pero es un don de la misma manera que Jesús es un don. Necesito recibirla diariamente.

Y debido a que Dios nos da el poder de elegir, es posible que algún día elija no tener a Jesús (y todos los regalos que Él trae consigo). Cuando hago eso, ya no tengo ninguna justicia. Recuerda, la justicia nunca es una entidad en sí misma. Siempre está conectada con Jesús.

La justicia no se «infunde» más de lo que se infunde a Jesús. Los dos son inseparables. Y tampoco importa si te refieres a justicia «imputada» o «impartida». (Hoy en día escuchamos mucho sobre esa distinción). Jesús y la justicia son inseparables en ambos frentes. La justicia se aplica a tu cuenta (imputada) sólo al recibir a Jesús; la justicia se vuelve parte de tu vida (impartida) sólo al recibir a Jesús. Operan

de la misma manera, con el mismo método, y necesitas tener a Jesús para obtener cualquiera de los dos.

LA HISTORIA DEL VIEJO JOE

Pero ¿dónde deja a Dios esta definición de justicia? Dios realmente debe amarnos (no podemos atribuirlo a necesidad) para ofrecer Su justicia por todos nuestros pecados. ¿Pero la oferta de cambiar su «Mercedes» por nuestro «bolígrafo» (un bolígrafo que ni siquiera tenemos) no termina engañoando a Dios? Permítanme responder esa pregunta, compartiendo con ustedes una breve parábola: la historia del viejo Joe.

El viejo Joe era un esclavo en el bajo Mississippi. Había trabajado duro toda su vida, pero nunca tuvo nada que mostrar. Y ahora estaba otra vez en la subasta. Sólo que esta vez decidió que había terminado con todo el asunto: ¡que nunca volvería a trabajar! Cuando comenzó la subasta, el viejo Joe comenzó a murmurar en voz baja: «¡No trabajaré!». Repitió esto una y otra vez, cada vez más fuerte. Mientras su voz resonaba entre la multitud, los postores disminuyeron rápidamente. Todos excepto un hombre, que cambió un buen dinero por este esclavo que no quería trabajar. Incluso mientras viajaba en el carroaje con su nuevo amo, rumbo a la plantación del amo, Joe

seguía murmurando: «¡No trabajaré!» Pronto se detuvieron junto a un hermoso lago azul. En su orilla se alzaba una cabaña rústica y pintoresca, con cortinas en las ventanas y flores junto a los escalones. El viejo Joe nunca había visto nada parecido. «Aquí es donde vas a vivir, Joe», dijo el maestro.

Sorprendido, Joe miró hacia arriba. «Pero no trabajaré, ¿sabes?»

El maestro sonrió. «No es necesario. Te traje aquí para liberarte.» (Pero espera, la mejor parte de la historia aún está por llegar).

Al escuchar esto, el viejo Joe miró profundamente a los ojos de su nuevo maestro, y vio ese amor ilimitado. Entonces, de repente, cayó a los pies del maestro, y dijo: «¡Maestro, te serviré para siempre!»

Ves un grupo de pecadores. Han sido esclavos del pecado, del dolor, y de la muerte. Dicen: «¡No trabajaremos!» ¡Y no pueden!

¿Alguna vez has tratado de producir obras de justicia? Es imposible, ¡no puedes hacerlo! Pero Jesús dice: «No tenéis que trabajar. Te compré con mi sangre, y te liberé.»

Entiendo que tiene algunas mansiones esperando junto a un mar tan puro y suave que parece de cristal.

Y las flores allí no se parecen a ninguna que hayas visto jamás; ¡nunca se desvanecen! Todo esto es para nosotros, porque Él nos ama. Así es Él. Y al final, cuando finalmente comprendamos este oficio y realmente llegue a nuestro corazón, nosotros también caeremos a Sus pies y diremos: «¡Maestro, te serviré para siempre!»

CAPÍTULO 6: ¡EL ESPÍRITU SANTO Y LA CONVERSIÓN!

Juan 16:7-11 comienza con una frase interesante: «Pero yo os digo la verdad...» Espera un momento, ¡este es Jesús hablando! ¿No dijo Jesús siempre la verdad? Aparentemente, estaba tratando de llamar la atención sobre lo que vendría después.

«Pero os digo la verdad: es por vuestro bien que me voy. Si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré...» Luego, Jesús continúa describiendo la obra de este Consejero: «... Él convencerá al mundo de culpa de pecado, de justicia y de juicio...», de pecado «porque los hombres no creen en Mí»; de justicia «porque voy al Padre, donde ya no me podréis ver»; y de juicio «porque el príncipe de este mundo ahora está condenado».

Una parte esencial de la obra del Espíritu Santo es convencer al mundo de su condición pecaminosa. Y nuestra mayor necesidad al aceptar la salvación es darnos cuenta de nuestra gran necesidad de salvación. En otras palabras, ¡nuestra mayor necesidad es ver nuestra

necesidad! De lo contrario, nunca estaremos motivados para venir a Jesús, y aceptar la salvación que Él ofrece.

Este pasaje de Juan 16 también nos asegura que el Espíritu Santo convencerá a todo el mundo de pecado. Su trabajo no se limita a una localidad o grupo de personas en particular. Es una misión mundial, una obra mundial. El Espíritu de Dios se da gratuitamente para que todos puedan tener la oportunidad de recibir: «La luz verdadera que alumbra a todo hombre... que viene al mundo». (Juan 1:9) Así, las personas que se niegan a aceptar la salvación lo hacen mediante su propio rechazo voluntario del don de la vida.

Incluso entre los llamados paganos se siente el poder del Espíritu. Hay quienes nunca han recibido luz de fuentes humanas y, sin embargo, adoran a Dios. Saben poco de teología, pero aprecian los principios de Dios. Aunque ignorantes de la ley escrita de Dios, han oído Su voz hablándoles en la naturaleza, y han hecho las cosas que la ley requiere. Sus obras son evidencia de que el Espíritu Santo ha tocado sus corazones, y son reconocidos como hijos de Dios.

¿QUÉ ES EL PECADO?

En Juan 16, Jesús no sólo dice que el Espíritu Santo convencerá de pecado, sino que en el versículo 9 también da su propia definición de lo que es el pecado. «...en cuanto al pecado, porque los hombres no creen en mí...». No dice que están convencidos de pecado porque matan, o mienten, o cometan adulterio. No dice que están convencidos de pecado porque violan la ley de Dios. ¡Jesús dice que están convencidos de pecado por falta de fe (o confianza) en Él!

Ahora bien, esta «creencia» incluye mucho más que un asentimiento mental. Santiago 2:19 nos dice que hasta los demonios creen, y tiemblan. En los días en que Jesús estaba aquí en la Tierra, sus propios discípulos a veces dudaban de su divinidad; los sacerdotes y gobernantes no pudieron reconocerlo como el Mesías. Incluso la gente común (aunque escuchaban con gusto sus palabras) a menudo se preguntaban entre sí, si era profeta. Pero los demonios creyeron y confesaron libremente que era el Cristo, el Santo de Dios. (Ver Marcos 1:24)

Entonces, el pecado (del cual el Espíritu Santo convence) es mucho más que un mero asentimiento mental. Es esa falta de fe que llega hasta lo más profundo

de nuestro corazón: una falta de confianza. El Espíritu Santo trae la convicción de que hemos estado viviendo en rebelión contra Dios; tratando de controlar nuestras vidas con nuestro propio poder (sin importar cuán morales o inmorales hayamos sido). El Espíritu Santo nos lleva a una relación de fe con Jesús, una relación que resulta en que confiemos en Él, porque realmente lo conocemos. Y porque lo conocemos, hemos aprendido a amarlo y entregarnos a Él.

NUESTRA MAYOR NECESIDAD

Desafortunadamente, rara vez tenemos una imagen clara de nuestro propio corazón. Jeremías 17:9 nos recuerda que, «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso: ¿quién podrá conocerlo?» Es muy fácil dejarse engañar acerca de nuestra propia condición espiritual. Puede que no sea difícil para mí ser consciente de tu pecado, pero ¿mi condición? ¡Ese es otro asunto! Podemos ser muy conscientes de los pecados de quienes nos rodean y, sin embargo, estar totalmente ciegos en lo que respecta a nuestro propio corazón. ¡Sólo el Espíritu Santo puede abrirnos los ojos a eso!

El Espíritu Santo obra para llevarnos a ese sentimiento de necesidad, y luego levanta a Jesús para satisfacerlo. Hay

una «historia del caso» del poder convincente del Espíritu Santo, registrado en Hechos 2. Pedro pronunció el sermón ese día de Pentecostés. Comenzó con un poco de historia, un poco de genealogía, un poco de escatología, y luego citó un poco de profecía de Joel. Pero cuando llegó al corazón de su mensaje, Jesucristo crucificado y resucitado de entre los muertos, la gente se sintió «desgarrada hasta el corazón». ¡E interrumpieron el sermón de Pedro haciendo su propio llamado al altar! Gritaron: «Hermanos, ¿qué haremos?» (versículo 37) Obviamente, estaban bajo convicción, ¡y sucedió cuando Jesús fue levantado!

¡Ése es el tipo correcto de llamado al altar! Sin luces tenues, sin historias conmovedoras, sin música especialmente diseñada para trabajar las emociones. Simplemente una imagen real de Jesús y su amor por nosotros. El Espíritu Santo se puso a trabajar, ¡y tres mil se convirtieron ese día!

Podemos estar agradecidos por esta primera obra poderosa del Espíritu Santo, que nos convence de pecado. ¡Pero Él no se detiene ahí! No basta con que la Espada del Espíritu traspase el corazón y traiga convicción, por muy necesaria que sea. Para que podamos tener salvación, no sólo debemos ver nuestra necesidad, sino también

comprender la solución a nuestra necesidad. El Espíritu no nos hiere para luego dejarnos magullados y sangrando. Él hiere para poder sanar y vendar nuestras heridas. Él corta profundamente con Su espada para derramar sanidad, y lograr una restauración completa y total. Y cuando ha traído convicción a nuestros corazones, su obra apenas comienza.

EL ESPÍRITU Y LA CONVERSIÓN

Cuando nacemos en este mundo de pecado, nacemos sin comprender el gozo de la santidad o la comunión con Dios. ¡Y, sin embargo, nacemos con un deseo incontrolable de adorar! Incluso los psicólogos y sociólogos seculares han descubierto que los seres humanos inevitablemente eligen adorar algo. Parece haber una profunda necesidad, un vacío en el corazón humano, que exige un objeto de adoración. (Quizás esto explica la popularidad de las estrellas de cine y televisión). Pero hasta que descubramos la verdad del evangelio, que este vacío tiene la forma de Dios, nunca estaremos verdaderamente satisfechos. Seguimos adorando cosas, o personas, o incluso a nosotros mismos, con la plenitud y la felicidad siempre a la vuelta de la esquina.

Realmente no «nacemos de nuevo» hasta que el Espíritu Santo nos lleva, a través de la convicción, al lugar donde estamos hartos de adorar cosas, o personas, o a nosotros mismos. Debemos llegar a la conclusión de que necesitamos algo mejor, y comprender qué es ese algo mejor, para poder tomar una decisión inteligente. Primero, el Espíritu nos convence de nuestra necesidad; segundo, nos lleva al punto de la conversión (o regeneración). Entonces, estamos listos para el «nuevo nacimiento».

LA NUEVA EXPERIENCIA DE NACIMIENTO

Cuando llegó el momento de nuestro primer nacimiento, no teníamos elección al respecto. ¡Pocos discutirían ese punto! (Algunos no están contentos por haber nacido en este mundo de pecado. Pero todos estamos en el mismo barco, en ese sentido.) Y aunque nuestros padres contribuyeron a que esto sucediera, Dios, el autor de la vida, es responsable de darnos la vida, nuestra existencia. No sólo eso, sino que Dios es directamente responsable de mantener nuestros corazones latiendo en este momento. Él es quien nos mantiene vivos durante nuestro tiempo aquí en la tierra, hasta que hayamos agotado cualquier porción de esas «tres veintenas» de años que nos corresponde.

Pero si bien no tuvimos opción en el asunto de nuestro primer nacimiento, Dios se ha asegurado de que sí tengamos opción en nuestro segundo nacimiento: "nacer de nuevo". Y la descripción más completa de este nuevo nacimiento, se encuentra en Juan, capítulo 3. Primero, centrémonos en los versículos 3 al 5.

Nicodemo, miembro del consejo gobernante judío, había venido esa noche para una entrevista secreta con Jesús. Pero Jesús fue directo al punto de la necesidad de Nicodemo: «... el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios». Nicodemo respondió: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ... ¡Seguramente no podrá entrar por segunda vez en el vientre de su madre para nacer!» Y Jesús repitió: «... el que no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.»

Es interesante que Jesús mismo respetó el calendario del Espíritu Santo para producir el nuevo nacimiento. No presionó a Nicodemo, ni lo acosó. Jesús no le pidió a Nicodemo que fuera bautizado el próximo fin de semana. Simplemente le dio a Nicodemo un discurso completo sobre el tema de la conversión, y luego dejó que el Espíritu Santo hiciera Su obra. Durante tres años Nicodemo esperó y reflexionó. Exteriormente hubo pocos cambios. Pero

Jesús sabía lo que estaba haciendo, y finalmente Nicodemo se rindió con gusto, y aceptó a Jesús como su Salvador personal.

Si estudias este capítulo sobre Nicodemo (Juan 3), y lo juntas con el capítulo sobre la mujer samaritana junto al pozo (Juan 4), obtendrás una definición de conversión de cuatro partes.

Primero, es una obra sobrenatural del Espíritu Santo; segundo, produce un cambio de actitud hacia Dios; tercero, nos da una nueva capacidad de conocer a Dios que ni siquiera teníamos antes; y cuarto, conduce a una nueva vida: una obediencia voluntaria a todos los mandamientos de Dios.

Nota que la conversión conduce a una obediencia voluntaria. Es evidencia de que algo ha sucedido para cambiar el interior. No es una resolución repentina por parte del pecador de limpiar el exterior. Es descubrir que, día a día, nuestra voluntad va entrando en armonía con la voluntad de Dios. Y es un proceso, ¡no algo que sucede de la noche a la mañana!

DOS MALENTENDIDOS

Ahora bien, hay dos malentendidos que a menudo llevan al desánimo de quienes recientemente se han comprometido con Dios.

La primera es la idea de que la conversión es un cambio de conducta inmediato, dramático, y total. Cuando alguien tiene esta idea, y luego descubre que está enfrentando algunas de las mismas tentaciones, tendencias, y problemas que tenía antes de convertirse, a menudo se da por vencido. Asumen que, después de todo, no estaban «realmente» convertidos, y se sientan a esperar la próxima serie evangelística, el llamado al altar, o lo que sea. El segundo malentendido es pensar que la conversión es una decisión que se toma una sola vez, y que una vez que has hecho ese compromiso, es para el resto de tu vida. Pero la conversión es un asunto cotidiano. Debemos buscar al Señor y convertirnos cada día. Sólo entonces se acallarán nuestras murmuraciones, se eliminarán nuestras dificultades, y se resolverán los problemas desconcertantes que enfrentamos.

Ahora bien, ambas ideas erróneas sobre la conversión se pueden resolver fácilmente si recordamos qué es realmente la conversión. Romanos 12:2 nos dice que es la

renovación de nuestra mente. Efesios 4:22-24 también habla de esto. La regeneración y la renovación implican el proceso de pensamiento. La conversión no es un cambio mágico de comportamiento que llega a nuestras vidas desde arriba. Más bien es la renovación de nuestra forma de pensar, de nuestras actitudes. Es una educación continua en las cosas del Cielo. Dios nunca pasa por alto nuestras mentes en su trato con nosotros, porque es a través de nuestras mentes que lo adoramos. (Satanás es el que trabaja por la fuerza, a quien realmente no le importa lo que pensemos, siempre y cuando nos sometamos a su control.) Dios sólo quiere obediencia y servicio inteligentes.

Por cierto, este es un buen principio para recordar, cuando buscas reconocer el tono de la obra del Espíritu Santo. Si el enfoque está sólo en el comportamiento externo del individuo, o el llamamiento se dirige sólo a las emociones, entonces ese no es el enfoque de Dios. El Espíritu Santo simplemente no actúa de esa manera.

CÓMO OCURRE LA CONVERSIÓN

Entonces, ¿cuál es el medio principal que utiliza el Espíritu Santo para provocar este nuevo nacimiento? 1 Pedro 1:23 nos da una pista: «Porque habéis nacido de nuevo, no de semilla corruptible, sino de incorrupción, por

la Palabra de Dios, viva y permanente». En otras palabras, el nuevo nacimiento tiene lugar cuando el Espíritu Santo obra en nuestros corazones, a través de los mensajes que se encuentran en la Palabra de Dios. Además, 2 Pedro 1:4 señala que es a través de la Palabra de Dios que «participamos de la naturaleza divina».

En la palabra de Dios encontramos que Jesús murió por nosotros, y ahora se ofrece a tomar nuestros pecados y darnos Su justicia. Si nos entregamos a Él, y lo aceptamos como nuestro Salvador, entonces no importa cuán pecaminosas hayan sido nuestras vidas, por Su causa, somos considerados justos. El carácter de Cristo ocupará el lugar del nuestro, y somos aceptados ante Dios como si nunca hubiéramos pecado. ¿No son buenas noticias? Y esa es la seguridad que tenemos cuando nacemos de nuevo.

Recuerda, no hay nada que podamos hacer para salvarnos. Y a pesar del gran sacrificio de Jesús, no todos se salvarán. Aunque Su sacrificio fue lo suficientemente grande para todos, no tiene valor para el pecador hasta que lo acepta. Y la aceptación llega cuando el Espíritu Santo nos ayuda a ver nuestra necesidad, nuestra impotencia, y nuestra dependencia de Dios para la salvación, y nos lleva al punto de entrega total.

¿Cómo ocurre el nuevo nacimiento? Cristo está constantemente obrando en el corazón. Poco a poco, quizás inconscientemente para el receptor, se producen impresiones que tienden a atraer el alma a Jesús. Estas pueden ser al meditar en Él, al leer las Escrituras, o al escuchar la palabra de Dios de boca de un predicador o creyente. De repente, cuando el Espíritu viene con un llamamiento más directo, el alma se entrega alegremente a Cristo. Muchos llaman a esto conversión repentina, pero en realidad es el resultado de un largo y paciente cortejo por parte del Espíritu de Dios.

No podemos convertir a otra persona, pero podemos unirnos a la obra del Espíritu Santo. ¿Cómo? Primero, elevando a Jesús ante quienes nos rodean; segundo, compartiendo las verdades que hemos descubierto en la Palabra de Dios, y tercero, animando a aquellos que buscan una vida espiritual más profunda a ir donde se presenta la Palabra de Dios.

¿Alguna vez te has convertido? ¿Has sido convertido hoy? No puedes ser un cristiano vivo, a menos que tengas una experiencia diaria en las cosas de Dios. ¡Debéis avanzar diariamente en la vida divina, y a medida que avancéis, debéis convertiros a Dios todos los días!

AL SER CONVERTIDO

«Pero», dirás, «¿cómo puedo saber realmente si me he convertido?» Permítanme compartir algunas preguntas de reflexión para ayudar a enfocar esto:

1) ¿Es Jesús el centro de tu vida? 1 Juan 5:12 dice: «El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.» Eso es bastante sencillo, ¿no? A veces es fácil decir que amamos a Cristo cuando alguien nos lo pregunta, pero la verdadera prueba es cuánto tiempo pasamos en Su presencia. Si Jesús es el centro de nuestra vida, entonces todo lo que hagamos girará en torno a nuestra relación con Él. Él será el primero al que acudiremos en busca de compañía; el último para quien no encontramos tiempo. ¿En quién te encanta hablar y pensar más?

2) ¿Tienes un profundo interés en la Palabra de Dios? 1 Pedro 2:2 nos dice que, así como los bebés recién nacidos anhelan la leche, así también nosotros debemos desear la leche espiritual de la Palabra de Dios. Hasta que nazcamos de nuevo, es una batalla cuesta arriba dedicar tiempo a buscar alimento espiritual. ¡Pero una de las primeras cosas que le sucede a alguien que ha nacido de nuevo, es que tiene hambre! Y una nueva capacidad de conocer a Dios

es uno de los dones que trae el Espíritu en Su milagro de nuevo nacimiento.

3) ¿Tienes una vida de oración significativa? «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3). Un cristiano que verdaderamente nace de nuevo tendrá un ferviente deseo de comunicarse con Dios, y con Su Hijo Jesús. La oración es el aliento del alma, y es esencial que respiremos después de nacer. ¡Espiritual o físicamente, la vida sin aliento es una experiencia extremadamente corta!

4) ¿Tienes una experiencia diaria en las cosas de Dios? Lucas 9:23 nos recuerda que: «Si alguno quiere venir en pos de mí, debe negarse a sí mismo, tomar su cruz cada día, y seguirme». La vida cristiana no se limita a asistir a la iglesia un par de horas a la semana. Es un estilo de vida: un caminar diario y a cada hora con Dios.

5) ¿Admities tu condición pecaminosa? 1 Juan 1:8 dice: «Si pretendemos estar sin pecado, nos engaños a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Cuanto más nos acercamos a Jesús, más nos damos cuenta de nuestra condición pecaminosa. Si alguna vez llegamos al punto en el que sentimos que somos santos y hemos alcanzado la justicia, ¡entonces estaremos en un gran

problema! Por otro lado, esto no significa que sigamos pecando voluntariamente. Significa que reconocemos nuestra naturaleza pecaminosa, y seguimos dependiendo del poder limpiador de Cristo mientras vivamos. Sólo encontramos fuerza cuando nos damos cuenta de nuestras debilidades.

6) ¿Tienes paz? «De modo que, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo...» (Romanos 5:1). La paz es una de las primicias del Espíritu, que aparece en la vida de un cristiano recién nacido. La paz interior profunda es posible, a pesar de cualquier agitación que enfrentemos en el exterior. Es una de las principales pruebas de que estamos creciendo en nuestra relación con Dios.

7) ¿Tienes el deseo de compartir con otros la nueva vida en Cristo que has encontrado? (ver Marcos 5:19). Tan pronto como uno viene a Cristo, nace en su corazón el deseo de dar a conocer a los demás el precioso amigo que ha encontrado en Jesús. Cuando estamos revestidos de la justicia de Cristo, ¡no podemos callar!

El nuevo nacimiento es una experiencia maravillosa, y una evidencia del poder milagroso de Dios. ¡Pero no debe quedarse ahí! La salvación es más que la justificación;

también incluye la santificación. Es más que sólo perdón; también es poder para crecer en obediencia y servicio. Tenemos la carrera para correr. Tenemos ante nosotros el desafío de «pelear la buena batalla de la fe».

CAPÍTULO 7: UNA PRESCRIPCIÓN ESPIRITUAL

¿Es más fácil convertirse en cristiano, o seguir siendo cristiano? Al preguntarle a la gente, tanto a jóvenes como mayores, descubrí que generalmente piensan que es más difícil seguir siendo cristiano. Quizás habían experimentado la conversión después de una manifestación evangelística, o un retiro religioso; tal vez les conmovió un himno o un sermón. Pero después de un tiempo, la sensación se apagó, y volvieron a donde habían estado antes. O tal vez descubrieron la inutilidad de trabajar en su justicia o en su fe. Y ahora se han desanimado. ¿Por qué esto es tan frecuente? ¿Será que no entendemos cómo vivir la vida cristiana? ¿Exactamente en qué se basa la vida cristiana?

Si eres un adolescente, o tienes el pelo blanco y artritis, probablemente hayas luchado con este problema. ¿Qué hace que el cristianismo tenga significado en tu vida? ¿Cómo se llega a conocer personalmente a Jesús? Déjame contarte, cómo la vida cristiana se volvió tangible para mí.

Después de haber estado en el ministerio durante unos tres años, me metí en grandes problemas. Verás, hasta

entonces había tomado prestados sermones de otros predicadores, y había logrado predicar sobre los temas habituales, como las doctrinas de la iglesia. Pero un día, de repente me di cuenta de que no había nada de mi propio pensamiento ni experiencia con Cristo en estas charlas. ¡Había seguido los movimientos y rutinas toda mi vida, sin saber realmente de qué se trataba todo este asunto del cristianismo! Y ahora, como ministro, se suponía que yo era una autoridad en ese tema.

Un día intenté predicar sobre Jesús, y fue entonces cuando descubrí que estaba atrapado en la trampa de intentar hablar de alguien que no conocía personalmente. Y cuando me di cuenta de que se suponía que la esencia del evangelio era Jesús, pero mi enfoque no estaba en Él, las cosas comenzaron a verse bastante sombrías. Créeme, ¡no hay nada más frustrante que ser ministro del evangelio cuando no conoces a Jesús! A medida que me salieron úlceras, me di cuenta dolorosamente de que, a menos que conociera a Jesucristo a través de una experiencia personal, sería mejor buscar otro trabajo.

BUSCANDO RESPUESTAS

Por un tiempo, pensé que debería renunciar y conseguir un trabajo cavando zanjas, pero sabía que, si

dejaba el ministerio, probablemente también me alejaría por completo de la religión. Al crecer en la iglesia, no podía dejar de creer que algún día la Santa Ciudad de Dios descendería del Cielo, y que todos los que alguna vez vivieron o murieron se encontrarían por primera y última vez. ¡Muchos estarían dentro de la ciudad, pero muchos también estarían afuera! Pensé que, si terminaba con los de afuera, al menos sería bueno saber que había hecho todo lo posible para descubrir de qué se trataba la religión. Entonces, podría agitar mi puño hacia Dios y decirle, «Hice todo lo que sabía. Es culpa tuya que esté aquí, no mía. Será mejor que abras las puertas, y me dejes entrar de todos modos.»

Así que decidí hacer lo mejor que pudiera, para encontrar las respuestas a este asunto del cristianismo. En aquellos días, solíamos celebrar «campamentos» anuales, y era trabajo de los ministros montar las tiendas de campaña. Así hacían su ejercicio anual, y pronto se agotaban. Después de levantar las primeras tiendas, se escondían detrás de ellas para curar sus heridas, y pasar tiempo en discusiones teológicas. Recuerdo que algunos de los temas eran bastante insignificantes. (¿Qué le sucede a una flor en el cielo si la recoges? ¿Los ángeles realmente tienen alas? Etc.)

Esas discusiones me atormentaban, porque aparentemente todos los demás sabían todo sobre el cristianismo y, por lo tanto, podían pasar tiempo hablando de trivialidades y cosas que no tenían nada que ver con nuestra salvación. Me preguntaba si alguien más quería saber que sus pecados habían sido perdonados, o buscaba la certeza de la aceptación de Dios.

Así que reuní a algunos de estos ministros, uno por uno, y les hice preguntas sobre la fe y la religión, y cómo podrían volverse reales. Como colega ministro, me daba mucha vergüenza admitir que tenía preguntas personales sobre esto, así que me acerqué a ellos desde la tercera persona. «Supongamos que tengo alguien en mi congregación que no entiende cómo ser salvo. ¿Qué le digo?» Y las respuestas empezaron a llegar:

«Dile que necesita conseguir una nueva vida desde arriba.»

«Bueno, ¿cómo hace eso?»

«Dile que extienda la mano y tome la mano de Dios.»

«¿Cómo puedo, quiero decir él... cómo hace eso?»

«Tiene que caer sobre la Roca y ser quebrantado»

«¿Qué significa eso?»

«Significa que tiene que contemplar al Cordero».

«Pero ¿cómo contempla al Cordero si no puede verlo?»

«Pues tiene que mirar con el ojo de la fe»

«¿Y cómo hace eso?»

«Al entregar su voluntad.»

Y lamento decir, que regresé a casa de esa reunión campestre más desanimado que nunca. Incluso, había usado algunas de esas frases intangibles en mis propios consejos y sermones, pero no tenían sentido para mí, en mi búsqueda de respuestas concretas. Y me di cuenta dolorosamente, de que gran parte de la terminología y la jerga religiosa probablemente no significan nada para la mayoría de las personas. Estos términos eran irreales, y estaban fuera del alcance de alguien que nunca los había experimentado.

Ya estaba decidido a dejar el ministerio, pero algo me dijo: «Aún no has terminado de buscar, porque no has estudiado tu Biblia y otros libros cristianos».

Y tengo que admitir que sólo leía mi Biblia y oraba cuando era necesario. Así que decidí intentar estudiar para encontrar las respuestas, buscando formas concretas de

hacer que esas frases intangibles tuvieran más significado. Compré todos los libros que pude encontrar sobre el tema de la salvación, la fe, Jesús, la victoria, y la superación del pecado. Sorprendentemente, no se escribió mucho sobre esos temas en ese momento. Pero había un librito llamado «El Camino a Cristo», que parecía lo suficientemente pequeño, y pensé que podría leerlo sin demasiados problemas. Lo había leído antes en una clase, y había sido aburrido. Pero esta vez, estaba decidido a leerlo de principio a fin, y subrayar todo lo que me decía que hiciera. Empecé a leer, pero lamentablemente tuve que subrayar casi todo. También descubrí de dónde habían salido todas esas frases intangibles: ¡estaban todas ahí! Cuando terminé el libro, estaba lo suficientemente enojado como para tirarlo al fuego, porque las frases subrayadas todavía eran irreales e intangibles.

Pero cuando me detuve a pensar mejor, descubrí que algo extraño había sucedido. No podía explicarlo, pero, aunque me sentía más lejos de poder describir lo que buscaba, estaba aún más decidido a seguir buscando. Decidí intentarlo una vez más, pero esta vez sólo subrayaría las cosas concretas que sabía que podía hacer. Para mi sorpresa, sólo subrayé tres cosas: estudio bíblico, oración, y testificación.

Bueno, esa no fue una noticia agradable, porque ¡preferiría haber leído la guía telefónica que la Biblia! Pero pensé que sería mejor darle una oportunidad. Así que me senté con esta pequeña receta mágica para el éxito: leer mucho la Biblia todos los días, y orar un poco para hacer feliz a Dios. Deja que esta mezcla se hornee en el horno durante media hora, y obtendrás el pastel de victoria. ¡Pero la tarta de la victoria no salió! Y me pregunté qué pasaba.

Entonces, un día, mientras estaba leyendo, me encontré con la historia de Nicodemo. Vino a Jesús una noche con el propósito de entablar una discusión. «Maestro», dijo, «usted es un gran maestro, y me gustaría discutir con usted algunos grandes conceptos teológicos».

¿Alguna vez has estado involucrado en esa trampa? Quería discutir, diseccionar, analizar, pero Jesús le dijo que el conocimiento salvador se obtenía sólo conociendo a Dios.

Entonces, comencé de nuevo con mi pequeña fórmula para estudiar la Biblia y orar, pero esta vez comencé a buscar las Escrituras con el propósito específico de familiarizarme con Dios, y aprender a conocer a Jesús. Comencé a estudiar Su vida y sus enseñanzas en los Evangelios, ¡y eso marcó una gran diferencia! Descubrí que

la rectitud no era algo que pudiera desarrollar. Fue un don que llegó espontáneamente como resultado de conocer a Dios, de conocer y familiarizarse con Jesucristo.

TIEMPO DIARIO JUNTOS

Desde entonces, he buscado otros métodos para continuar mi experiencia cristiana y otras formas de conocer a Dios. Pero nunca he encontrado nada mejor. Todo es resultado de este tiempo diario a solas con Jesús. Ni siquiera puedo generar fe por mí mismo, es un regalo de Dios. Por lo tanto, la base entera de la vida cristiana es conocer a Jesús, y tener una relación uno a uno con Él.

Jesús describió la necesidad de conocerlo diariamente en Juan 6:48-54. «Yo soy el pan de vida... el pan vivo que descendió del Cielo... El que come Mi carne y bebe Mi sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el día postrero».

Bueno, eso suena un poco confuso, ¿no? Uno se pregunta qué pensarían los caníbales de las islas de los Mares del Sur, si su único contacto con el cristianismo fuera esta descripción. Pero Jesús dijo que estaba hablando de la vida espiritual del individuo. «Las palabras que os he hablado, son espíritu y son vida.» (versículo 63)

Si continúas reflexionando sobre sus declaraciones en este capítulo, descubrirás que estaba hablando de una relación personal e íntima con él. Estaba describiendo la vida devocional en la que habitamos en Él, y Él en nosotros: una relación tan estrecha que nuestra voluntad se fusiona con la Suya. Nos estaba diciendo que no podemos ser cristianos vivos, a menos que lo busquemos día a día. Y nos estaba invitando a pasar tanto tiempo a solas con Él, como al comer.

CRISTIANOS VIVIENTES

Alguien dijo una vez, que «Nadie es cristiano vivo si no tiene una experiencia diaria en las cosas de Dios». Ahora bien, a primera vista, esa afirmación es un poco confusa, porque podríamos preguntar: «¿Qué quieres decir con 'las cosas de Dios'?»

El pseudointelectual diría: «Oh, eso significa que tenemos que analizar y diseccionar cuidadosamente los puntos finos de la teología para poder comprenderlos».

El pensador positivo podría decir: «Bueno, eso significa obligarte a creer todas las promesas de la Biblia, y que te sucederán si crees lo suficiente».

El legalista diría: «Lo que realmente significa es que tenemos que guardar los Diez Mandamientos. Tenemos que ganarnos el camino al Cielo.» Y la persona de fe genuina diría: «Significa comer la carne de Jesús y beber su sangre espiritualmente, y eso significa que necesitas una experiencia personal con Él, basada en el contacto diario»

Una vez escuché un comentario interesante sobre Juan 6, que describe bastante bien este proceso. «La recepción de la Palabra, el Pan del Cielo, se declara como la recepción del mismo Cristo. Así como la Palabra de Dios es recibida en el alma, participamos de la carne y la sangre del Hijo de Dios... Así como la sangre se forma en el cuerpo por el alimento ingerido, así Cristo es formado en nuestro interior al comer la Palabra de Dios. que es Su carne y sangre. El que se alimenta de esa Palabra tiene formado en su interior a Cristo, la esperanza de gloria. La Palabra escrita introduce al buscador a la carne y la sangre del Hijo de Dios y, mediante la obediencia a esa Palabra, llega a ser partícipe de la naturaleza divina. Así como la necesidad de alimento temporal no puede satisfacerse participando de él, una sola vez, así también la Palabra de Dios debe comerse diariamente para suplir las necesidades espirituales. Así como la vida del cuerpo se encuentra en la sangre, así la vida espiritual se mantiene mediante la fe en la sangre de

Cristo... A causa del desperdicio y la pérdida, el cuerpo debe renovarse con sangre al recibir el alimento diario. Por eso es necesario alimentarse constantemente de la Palabra, cuyo conocimiento es vida eterna. Esa Palabra debe ser nuestra comida y bebida. Sólo en esto el alma encontrará su alimento y su vitalidad.»

Como puedes ver, mantenemos nuestra experiencia cristiana, al pasar tiempo a solas, cada día, para familiarizarnos con Dios. Vivo por fe en Cristo, y permanezco en Él a través de Su Palabra y de la oración.

UNA RECETA ESPIRITUAL

«Pero», pregunta alguien, «¿cómo puedo conocer a Dios si ni siquiera puedo verlo?» Llegamos a conocer a cualquier persona, incluido Jesús, mediante tres métodos sencillos. Son la base de esta prescripción espiritual. Primero, para conocerte realmente, debo hablar contigo. En segundo lugar, debo escuchar mientras me hablas. Y tercero, me acerco aún más a ti, a medida que vamos a lugares juntos, y trabajamos o hacemos cosas juntos.

Dios nos ha dado estas mismas vías por las cuales llegamos a una relación íntima con Él. Sólo voy a familiarizarme con Él, y aprender quién es Él realmente,

hablando con Él (oración) y escuchando lo que Él tiene que decir (estudiando Su Palabra). Y luego haremos cosas juntos (el testimonio cristiano).

EL AMBIENTE ADECUADO

Recuerdo haber celebrado reuniones de reavivamiento en un pequeño pueblo con mi hermano. Alguien entregó el nombre de un hombre que se suponía era un prospecto interesado. Vivía en el campo, y salí a verlo. Cuando le dije que era un predicador que había venido a la ciudad para celebrar reuniones, dijo: «¡Oh, eres uno de esos predicadores!»

Luego, me invitó a pasar, y pasó la siguiente media hora tratando de insultarme, sorprenderme, y derribarme. Él dijo: «He hablado con la almohada tanto como tú, y nunca obtuve ninguna respuesta».

Siguió y siguió. Finalmente, al final de la visita, le pedí que nos diera una oportunidad: simplemente asistir a nuestras reuniones.

Él respondió: «Sí, iré. Y te haré pasar un mal rato.»

Cumplió su palabra. Y siguió viniendo. No podía crear un corazón nuevo dentro de él, pero podía hacer una cosa: podía seguir viniendo.

He tenido jóvenes que me han dicho que no nacieron de nuevo, y que sabían que no podían cambiar sus vidas. Pero les recordé que había una cosa que podían hacer. Podrían ubicarse en el entorno donde esto podría suceder.

Si quiero dormir por la noche, puedo hacer al menos esto:

Puedo recostarme contra el colchón, apagar la luz, y apagar la radio. Si me coloco en un ambiente donde sea posible dormir, tarde o temprano, me quedaré dormido. Pero normalmente no sucederá, a menos que me coloque en ese tipo de ambiente.

Entonces, este hombre siguió viniendo a nuestras reuniones, donde sólo hacíamos tres cosas: estudiar la Biblia, orar, y dar testimonio del amor de Cristo. Y una noche salió de esas reuniones, y dijo: «Oigan, ustedes tienen un buen argumento de venta.»'

«Bueno, esa es una manera interesante de decirlo», pensé. Unas noches más tarde, cuando salió de la reunión, sus ojos brillaban, y dijo: «Sabes, creo que realmente necesito lo que Jesús tiene para ofrecer.»

Poco después, ese hombre entregó su vida a Cristo, y nunca olvidaré el día en que entramos juntos al estanque bautismal. Era un hombre cambiado.

¿Qué ha pasado? Se había colocado en un ambiente donde la carne y la sangre del Hijo de Dios se convirtieron en parte de su vida. Lo volví a ver, años después, y había ido creciendo como cristiano, porque había aprendido a pasar tiempo a solas, cada día, con Cristo. Había aprendido que el hombre pecador puede encontrar esperanza y justicia sólo en Dios, y que ningún ser humano puede ser justo por más tiempo que tenga fe en Dios, y mantenga esa conexión vital con Él.

LA BUENA LUCHA DE LA FE

Aunque la suma y sustancia de la vida cristiana está en seguir conociendo, cada día, mejor a Jesús, muchas veces no creemos que sea tan fácil. El diablo trata de hacernos trabajar en nuestra justicia y nuestra fe y, por lo general, después de haber pasado nuestro tiempo luchando contra el enemigo, no nos queda nada para familiarizarnos con Jesús. Se nos dice que toda la armadura de Dios es necesaria para ser victoriosos (Efesios 6:11-17), pero muchas veces no nos damos cuenta de que la armadura es

realmente Cristo Jesús puesto en nosotros (Romanos 13:14).

Por lo tanto, para continuar nuestra experiencia y vida cristiana, necesitamos saber lo que significa arrodillarnos ante la Palabra abierta de Dios, día a día. No hay otra manera de conocer realmente a Dios, excepto a través de tu vida devocional personal y privada.

Ahora bien, no me disculpo por escribir sobre este tema específicamente. La ausencia de una vida devocional significativa en la vida de muchos cristianos profesos es bastante marcada. He conocido a ministros que se han desanimado porque los miembros de su iglesia se enfrentan cara a cara con problemas reales, y cuando acuden al predicador en busca de ayuda, admiten que no han pasado ningún tiempo mirando a Jesús, y dedicando tiempo a solas con Él.

Mi pregunta para ti hoy, seas quien seas, es la siguiente: «¿Sabes lo que significa tener una relación personal y significativa con Dios, día a día?»

TRAMPAS DEVOCIONALES

Ahora bien, es posible que un pseudointelectual piense que está dedicando tiempo a conocer a Jesús, cuando en

realidad está buscando información para debatir, discutir, o argumentar. Y es posible que un legalista pase una hora reflexiva, contemplando pasajes que aclararán las fallas y deficiencias de las creencias y prácticas de otros. ¡Pero esa no es una vida devocional significativa, porque el enfoque no está en Dios!

Recuerdo a una viejecita que tenía la costumbre de estudiar durante horas, con el propósito de encontrar cosas que pudiera usar para golpear a otras personas en la cabeza. Si le preguntaras si tenía una vida devocional con Cristo, diría: '¡Claro que sí!'

Pero también recuerdo el día en que otra viejecita vino a la iglesia con sus dos nietas. A principios de esa semana, las niñas vinieron de visita, y le llevaron a la abuela un regalo que habían hecho ellas mismas: dos collares de cuentas de la tienda local. Ahora bien, la abuela no creía en el uso de joyas (especialmente para ir a la iglesia), pero agradeció dulcemente a las niñas, y guardó con cuidado los collares en el cajón superior.

Cuando llegó el fin de semana, les preguntó a los niños si les gustaría ir a la iglesia con ella. Y las nietas respondieron: «¡Sí, abuela! ¿Usarás nuestros collares?»

Bueno, no estaba segura de qué debía hacer, pero se puso las cuentas de todos modos, luego se puso el cuello del abrigo, y fue a la iglesia. Y, por supuesto, aquel cuello levantado llamó la atención de la piadosa dama.

Después de terminar la iglesia, la piadosa estaba esperando a la abuela afuera en las escaleras de la iglesia. Metió la mano bajo el cuello del abrigo de la abuela, y le arrancó los hilos del cuello. Cuentas esparcidas por todas partes a lo largo de la acera, y las dos nietas rápidamente se inclinaron para recogerlas. Y por alguna razón, nunca quisieron volver a ir a la iglesia allí.

Entonces, fui a ver a la piadosa señora y le dije: «¿Sabes lo que significa pasar tiempo a solas conociendo a Dios?»

«¡Oh sí!» dijo, y sacó todos los libros que había estado leyendo. Tenía muchos, con textos subrayados en todos ellos. De hecho, me había estado enviando citas de lo que estaba mal en la iglesia. Pero al mirar estas citas, descubrí que la contemplación de la vida y el carácter de Jesús estaba notoriamente ausente.

Entonces, ¿qué es una vida devocional? Es un tiempo especial en el que busco conocer a Dios. Y nunca he encontrado un mejor método de acercamiento, que dedicar una hora reflexiva, cada día, a contemplar la vida y

las enseñanzas de Cristo, tal como están registradas en los Evangelios.

DOS TIPOS DE INFORMACIÓN

«¡Pero espera!», alguien objeta: «¿Qué pasa con el resto de la Biblia? ¿Qué pasa con las doctrinas de nuestra iglesia?»

Escuche amigo, hay dos tipos de información en la Biblia. Uno es para instrucción; el otro es para inspirarse. A veces, Dios nos guiará a las partes instructivas de la Biblia si lo buscamos, ¡pero nunca podrán sustituir los pasajes que te ayudarán a conocer a Jesucristo, como tu Amigo personal!

Este tiempo a solas con Él, es algo más que un mensaje de texto del día, con la mano en el picaporte de la puerta. Es leer Su Palabra para comunicarme, y luego reflexionar sobre lo que he leído. Lee acerca de sus encuentros con personas que no eran diferentes a ti y a mí hoy. Luego ora sobre lo que has leído, poniéndote en escena. Tú eres el leproso que fue sanado. Eres el ciego al que se le devolvió la vista. Y a medida que personalizas lo que has leído, comienzas a conocerlo realmente.

El culto familiar y la iglesia son buenos. Pueden ser alentadores y muy significativos. Pero son bendiciones, sólo si cada uno de nosotros tiene una conexión personal con Dios. Y es mejor pedir poder por la mañana para afrontar el día, que pedir perdón por descuidarlo al final de cada día.

DEVOCIONES DIARIAS Y REGULARES

Ahora bien, algunos se oponen a esta prescripción porque no es conveniente. Dicen: «Oh, simplemente me comunico con Dios todo el día. Puedo orar en el trabajo. Simplemente me mantengo en contacto con Él, durante todo el día.» Pero si les preguntas si tienen un tiempo específico reservado, cada día, para la comunicación directa y personal con Él, probablemente responderán:

«No, no necesito eso»

Ahora, creo que es vital mantenerse en contacto con Dios durante todo el día. De hecho, ese es el propósito de este tiempo apartado con Dios. El objetivo no es encerrarlo en un pequeño rincón durante una hora, sino hacer el contacto esencial que nos mantendrá en contacto durante todo el día.

Lamentablemente, he descubierto que cuando una persona dice: «No necesito un tiempo especial a solas con Dios; Simplemente me mantengo en contacto con Él, durante todo el día...», realmente está diciendo algo sobre la superficialidad de su experiencia. Jesús dijo que no se puede tener una vida espiritual, a menos que se tome un tiempo especial para el alimento espiritual.

Sería ridículo si le dijera a mi médico: «No necesito tomarme tiempo para comer; he descubierto que puedo nutrirme naturalmente durante todo el día». Una afirmación como esa no tiene sentido. En el ámbito físico, la nutrición y la reposición adecuadas tienen lugar en el cuerpo humano, como resultado de tener horarios especiales para las comidas.

Y es igualmente tonto, en la vida cristiana, decir: «No necesito pasar tiempo especial con Él. Naturalmente, me mantengo en contacto durante el día.» De hecho, en lo que respecta a la vida cristiana más profunda, no puedes mantenerte cerca de Dios «todo el día», a menos que hayas tenido ese tiempo especial a solas con Él, durante el día.

ENCONTRAR TIEMPO PARA ÉL

«Bueno», dice alguien, «esa es una buena teoría, pero simplemente no tengo tiempo suficiente para dedicarme a eso». Escucha, amigo mío, si no tienes tiempo para orar y buscar a Dios, entonces no lo tienes tiempo para vivir. Dios no puede enseñarte nada, a menos que pases tiempo con Él. (Además, si pasas tiempo a solas con Dios, todos los días, Él se encargará de que seas mucho más eficiente en todo lo demás que hagas. ¡Te lo garantizo!)

Nunca olvidaré la forma en que descubrí esto por mí mismo. Recién había comenzado a comprender la importancia de pasar tiempo a solas con Dios, todos los días. En ese momento, yo era uno de los encargados de la tienda de campaña para jóvenes en el congreso. Tendríamos programas durante todo el día, y luego también una reunión por la noche. Después de que eso terminara, tendríamos una reunión de personal, para discutir planes y problemas potenciales para los eventos del día siguiente. Rara vez terminábamos antes de las once. Debido a todo el trabajo que había que hacer antes de las sesiones de la mañana, descubrí que, para tener un tiempo significativo a solas con Dios, ¡tenía que levantarme a las cuatro y media de la mañana!

Entonces, le dije a Dios que, si quería que pasara tiempo a solas con Él, tendría que despertarme a las cuatro y media. Luego, tiré mi despertador, y me fui a la cama. De repente me desperté sobresaltado. Miré mi reloj, y ¡el segundero marcaba las cuatro y media!

Ahora, sé que un psiquiatra podría decir que de alguna manera logré manipular mi mente para despertarme, pero lo dudo. Si estudias la vida de Cristo, descubrirás que Dios lo despertó cada mañana, a tiempo para prepararlo para el nuevo día (Isaías 50:4).

Isaías 40:29-31 dice que Él «da fuerzas al cansado», y que, aunque «los jóvenes se cansan y se cansan... los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas...» Y descubrí, que, si tengo que dejar de dormir para pasar tiempo a solas con Dios, entonces Él me dará dos horas de fuerzas por la hora de descanso que perdí.

COMPORTAMIENTO EXTERNO VS. RELACIÓN

Ahora bien, para algunos, esta prescripción espiritual de tomarse un tiempo a solas, al comienzo de cada día, para tener comunión con Jesucristo, puede parecer mística e irreal. Muchos de nosotros estamos tan obsesionados con medir nuestro cristianismo por nuestro

comportamiento (por lo externo de lo que se debe y no se debe hacer), que nos resulta difícil cambiar nuestro enfoque hacia las relaciones. A menudo comenzamos nuestro caminar cristiano con total fe y dependencia de Cristo, pero después de un tiempo, llegamos a pensar que podríamos vivir una buena vida separados de Él.

Por supuesto, los aspectos externos se entienden de manera más tangible. No hay duda al respecto. Entonces, cuando un conductista intenta cambiar su enfoque hacia las relaciones, a menudo todavía está buscando que algo suceda inmediatamente, como resultado de este tiempo a solas con Cristo. Y cuando no logra la victoria instantánea, se salta una semana, y luego vuelve a intentarlo. Religión intermitente. Finalmente, levanta las manos y dice: «Bueno, lo intenté, ¡y tu receta espiritual no funcional!».

¡Por supuesto que no! Una persona puede tener suficiente religión para sentirse miserable, pero no la suficiente para ser real. Pero Lucas 9:23 nos dice que para que esta experiencia personal con Cristo sea significativa y viva, debe ser un asunto diario.

Dios quiere que lo conozcamos, y luego hagamos lo correcto como resultado de tener Su poder dentro de nosotros. Y todas las frases intangibles utilizadas para

describir la experiencia cristiana, pueden volverse tangibles y reales a través de una vida devocional personal diaria con Cristo.

¡Pero ten cuidado! Es posible dedicar este tiempo a solas, cada día, simplemente como un deber más requerido para entrar al Cielo. Considera esto: el hecho de que una persona coma y respire, no significa que vaya a estar sana. ¡Pero ciertamente no estará sano, si no come y respira! Y el hecho de que una persona lea su Biblia y ore todos los días, no garantiza que tendrá una experiencia cristiana saludable. Pero no hay otra manera de que pueda aprender a conocer a Dios, personalmente en su propia vida, aparte de esta experiencia diaria.

Permíteme sugerirte que, independientemente de cómo te sientas, puedes comenzar mañana por la mañana, con esta experiencia de familiarizarte con Cristo. Si tomas tu Biblia, y lees acerca de la vida y el carácter de Cristo (dándote cuenta de la necesidad de Su presencia en tu vida), y si continúas tu búsqueda independientemente de lo que suceda, entonces gradualmente habrá un cambio. Comenzarás a esperar este momento de tranquilidad a solas con Dios.

Lo he visto suceder en mi propia vida, y en la vida de muchos otros. Si continúas buscando la comunión con Cristo, cada día, permitiéndole morar en ti, y obrar en ti, descubrirás esta sorprendente verdad: nada es aparentemente más indefenso, pero en realidad más invencible, que el alma que siente su nada, y confía en él, enteramente por los méritos del Salvador. A través de la oración, el estudio de Su Palabra, y la fe en Su presencia permanente, incluso el ser humano más débil puede vivir en contacto con el Cristo vivo, y Él lo sostendrá con una mano que nunca lo soltará.

Querido Padre Celestial, perdónanos por confiar en nosotros mismos para el bien y la rectitud, y por descuidar los aspectos básicos de la vida cristiana. Guíanos a pasar un tiempo significativo a solas contigo cada día. Incluso si parece difícil y mecánico, llévanos adelante, y ayúdanos a aprender a buscarte, no solo para encontrar soluciones a todos nuestros pecados y problemas, sino para disfrutar del gozo de la comunicación real y la comunión contigo. Sobre todo, ayúdanos a aprender nuestra necesidad de Ti, cada día de nuestras vidas. En el nombre de Jesús, oramos...

Amén.

CAPÍTULO 8: LA PACIENCIA DE DIOS

Una vez, vi una inscripción en una de las primeras tumbas estadounidenses: «Aquí yace Lem S. Frame, que mató a 89 indios en su vida. Esperaba haber matado a 100 antes de fin de año, cuando descansó en Cristo en su casa de Hawk's Ferry.» Mientras leía eso, sentí que algo andaba mal aquí. Alguien malinterpretó el carácter de Dios.

Cuando yo era estudiante universitario, un grupo de nosotros fuimos al Hollywood Bowl, para escuchar a un predicador famoso cuya presentación incluía el olor a azufre y los gritos del infierno. Hizo un llamado al altar y la gente corrió al frente, suplicando misericordia a un Dios enojado. Esa noche, cuando regresábamos a casa, ¡nuestro auto fue alcanzado por un rayo! Y recuerdo lo callados que estuvimos el resto del camino a casa, preguntándonos si tal vez Dios estaba enojado con nosotros por ir a esa reunión. ¿Es así como Dios opera?

Algunas personas me han dicho: «¡Me gusta Jesús, pero no me gusta Dios!» ¿Por qué? «Porque Jesús es misericordioso, pero Dios es severo y lleno de ira.» ¿Es esta una verdadera imagen de Dios?

Durante mucho tiempo, se ha debatido cuál es la combinación adecuada del amor y la justicia de Dios. El cristianismo barato lo describe como amor, dulzura, y luz: un Dios que nunca daña a nadie, y que eventualmente permitirá que todos entren al cielo. El otro extremo retrata a Dios como duro, severo, y que busca todas las oportunidades posibles para destruir a Sus criaturas, y sólo unos pocos elegidos podrán escapar de la condena de un infierno de fuego!

ENTENDIENDO EL CARÁCTER DE DIOS

Este malentendido del carácter de Dios ha hecho que muchas personas eviten la religión. He conocido a muchas personas que eran incrédulas porque se les había dado una imagen equivocada de Dios. De hecho, si hubieran aceptado la versión que a muchos les enseñan a creer acerca de Dios, creo que Dios mismo habría sido infeliz.

Cuando se le preguntó por qué negaba la existencia de Dios, un hombre muy conocido respondió: «Soy agnóstico porque no tengo miedo de pensar». No tengo miedo de ningún dios en el universo que me enviaría a mí, o a cualquier otro ser humano, al infierno. Si existiera tal ser, no sería un dios. ¡Sería un demonio!»

Y eso es bastante bueno, excepto que este hombre no se molestó en estudiar la Biblia para descubrir la verdad acerca de Dios. El apóstol Pablo nos dice que el carácter de Dios ha sido mal entendido e interpretado desde el principio del mundo. La gente sabía algo acerca de Él, una vez, pero no lo glorificaron como Dios (Romanos 1:20-23). Como resultado, «sus necios corazones fueron entenebrecidos. Aunque decían ser sabios, se hicieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal, por imágenes en semejanza de hombres mortales, de aves, de animales, y de reptiles.»

Incluso, si no nos inclinamos ante ídolos de madera y piedra, es posible que cambiemos a Dios en algo distinto de lo que Él realmente es. Si no tenemos la comprensión adecuada de Su carácter, entonces en realidad estamos adorando a un Dios falso. Y a menos que sepamos cómo es realmente Dios, ¿cómo podemos revelarlo al resto del mundo?

¿Dónde podemos descubrir el verdadero carácter de amor y misericordia de Dios? Jesús dijo una vez a sus discípulos: «Si realmente me conocieseis, conoceríais también a mi Padre». Y Felipe respondió diciendo: «Señor, muéstranos al Padre, y eso nos bastará». Entonces, Jesús

respondió: «¿No me conoces Felipe, incluso después de tanto tiempo que estoy entre vosotros? Cualquiera que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decir: 'Muéstranos al Padre'? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que os digo no son sólo mías. Más bien, es el Padre, que vive en Mí, el que hace Su obra...» Juan 14:7-10

¿Cuál fue la misión de Jesús? ¿Por qué vino? Jesús vino a un mundo completamente confundido acerca del carácter de Dios, para demostrar cómo es realmente el Padre: cómo siempre ha sido, y cómo siempre será.

EJEMPLOS BÍBLICOS

Un día, Jesús y sus discípulos pasaron junto a un hombre ciego (Juan 9), y los discípulos le preguntaron: "... ¿quién pecó, este o sus padres, para haber nacido ciego?"

Su pregunta se basó en un concepto común de Dios y el mal. La gente de la época de Cristo creía que la enfermedad y la muerte eran el castigo arbitrario de Dios por las malas acciones, ya fueran del propio paciente o de sus padres. Además de su sufrimiento, la persona afechida tenía el peso añadido de ser considerada un gran pecador.

Jesús corrigió su error, explicando que la enfermedad y el dolor son causados por Satanás. Pero una de las trampas más inteligentes del diablo es proyectar sus propios atributos en Dios. Como resultado, millones de personas a lo largo de los siglos han culpado a Dios por el sufrimiento, la enfermedad, y la muerte.

En otra ocasión, Jesús estaba pasando por algunas aldeas samaritanas, una tarde en su camino a Jerusalén (Lucas 9:51-56). Cuando sus discípulos pidieron permiso para pasar la noche, la gente se negó, y los discípulos indignados le pidieron a Jesús que hiciera descender fuego del cielo para destruir a los samaritanos. Jesús los reprendió, diciendo en efecto: «No conocéis vuestro espíritu. Estáis del lado del diablo, no de mí, porque el Hijo del hombre no ha venido para destruir la vida de los hombres, sino para salvarla».

Juan 3:16-17 nos dice que Dios amó tanto a este mundo, que envió a su propio Hijo para redimirnos. «Dios no envió a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvar al mundo por él» ¡Ese es el evangelio! ¡Eso es redención!

En otra ocasión, algunas personas vinieron a Jesús para contarle acerca de una gran masacre (Lucas 13:1-5). Hubo

varios levantamientos populares contra Poncio Pilato, el gobernador de Judea, y para restablecer el orden, permitió que sus soldados invadieran el templo, y mataran a algunos peregrinos galileos que estaban en el mismo acto de ofrecer sacrificios a Dios.

Ahora bien, cuando estos judíos le contaron a Jesús acerca de la calamidad, no sintieron lástima ni simpatía por los abatidos. Más bien, ¡sintieron una profunda sensación de satisfacción! Pensaban: «Dado que esta tragedia no nos sucedió a nosotros, entonces debemos ser mejores y más favorecidos por Dios que esos galileos». Jesús conocía sus pensamientos, y los reprendió diciendo: «¿Pensáis que estos galileos eran peores pecadores... porque sufrieron así? ¡Te digo que no! Pero si no os arrepentís, también vosotros pereceréis.»

JUSTICIA Y JUICIO

Pero no creas que Jesús estaba ignorando la justicia de Dios, al lidiar con estas situaciones particulares. De hecho, para tener una imagen equilibrada del carácter de Dios, es importante considerar Su justicia y juicio, así como Su misericordia. Así que tomemos un momento, para explorar este otro lado del carácter de Dios.

En los tiempos modernos, hemos visto grandes desastres que podrían indicar los juicios de Dios. Recuerdo haber leído sobre el tremendo levantamiento del Monte Pelee, en la isla de Martinica en las Indias Occidentales en 1902. La ciudad capital de St. Pierre quedó completamente destruida. Sólo dos personas sobrevivieron, y una estaba prisionera en una celda muy profunda.

Es interesante observar lo que ocurrió justo antes de que la erupción volcánica destruyera la ciudad. El día antes de la fatal explosión, un cerdo fue crucificado en burla de la crucifixión de Cristo. Después, otro cerdo fue conducido por las calles en procesión, para simbolizar la resurrección. La mañana en que San Pedro fue enterrado entre las cenizas, los periódicos locales proclamaban que se asestaría un golpe culminante a la religión cristiana. Más tarde, ese mismo día, dijeron, se administraría el sacramento de la Cena del Señor a un caballo. Quizás, la destrucción de los desafiantes pecadores de St. Pierre haya sido una coincidencia. Pero la Biblia nos dice que, a su debido tiempo, Dios juzgará toda obra.

Según los geólogos, San Francisco podría hundirse en el océano en cualquier momento. Esta funesta predicción ha resultado ser una especie de broma entre la gente del

Área de la Bahía. Pero la verdad es que llega un momento en que la misericordia ya no ruega, y se debe hacer justicia. La Biblia describe momentos en el pasado en los que Dios «no escatimó», porque su justicia ya no podía permitir que las condiciones siguieran como estaban. La primera vez que Dios «no perdonó», se registra en Génesis 18. Abraham, «el amigo de Dios», estaba negociando con Él, sobre el destino de Sodoma. ¡Aparentemente, tenía una relación de profunda amistad y cercanía con Dios para poder hacer esto!

Él preguntó: «¿Barrerás al justo con el impío? ¿Qué pasa si hay cincuenta personas justas en la ciudad? ¿De verdad lo barrerás, y no perdonarás el lugar por el bien de los cincuenta justos que hay en él?»

Luego, apeló al sentido de juego limpio de Dios, añadiendo: «Lejos esté de vosotros hacer tal cosa: matar a justos y a malvados por igual... ¿no hará lo correcto el Juez de toda la tierra?» Y Dios tuvo paciencia con este hombre mortal, que intentaba decirle a su Creador lo que debía hacer, porque Él respondió: «Si encuentro cincuenta justos en la ciudad de Sodoma, perdonaré todo el lugar por amor a ellos».

Pero ahora Abraham se puso nervioso. Quizás había puesto demasiado en juego. ¿Y si no hubiera cincuenta? Así que continuó negociando por un número menor: cuarenta y cinco, luego cuarenta, luego treinta, luego veinte.

Finalmente, dijo: «Que el Señor no se enoje, pero déjame hablar una vez más. ¿Y si allí sólo se encontraran diez?»

Y el Señor respondió: «Por amor a diez, no lo destruiré». Dios siguió su camino, y Abraham evidentemente se sintió seguro porque regresó a su hogar, pero ya conoces el resto de la historia. No había ni siquiera diez personas justas en Sodoma, y (junto con la ciudad de Gomorra) fue destruida. Dios llegó a un punto donde la iniquidad y la rebelión ya no podían continuar, porque Él es un Dios de justicia.

La segunda vez que Dios «no escatimó», se encuentra en Romanos 11:21. Pablo estaba escribiendo a los cristianos en Roma, implorándoles que cambiaran sus costumbres. Uno de sus argumentos trazó un paralelo con un olivo. Les recordó que eran ramas silvestres injertadas en el olivo, y que Dios había roto las ramas naturales (la nación judía), porque llegó un punto en Su misericordia y justicia, en el

que ya no podía perdonar a toda la nación. Después de miles de años de paciencia, Dios había rechazado a Israel como su pueblo peculiar. No excluyó a individuos de la salvación, pero la nación judía ya no podía servir como sus representantes ante el resto del mundo.

Pablo indica que el golpe final llegó cuando los judíos rechazaron al Hijo de Dios. Estaban demasiado ocupados siendo religiosos, en lugar de encontrar tiempo para su Salvador, el único justo (Romanos 9:31-32).

Otro ejemplo en el que Dios «no escatimó» a causa de Su justicia, se encuentra en 2 Pedro 2:5. Dios no perdonó al mundo antiguo, «... cuando trajo el diluvio sobre su pueblo impío, pero protegió a Noé, un predicador de justicia, y a otros siete...».

¡Sólo ocho personas se salvaron! ¿Por qué? Génesis 6:5 describe la condición del hombre, en aquellos días, como “mala todo el tiempo”. El mundo había llegado a su punto más bajo, y llegó un punto en la justicia de Dios en el que ya no podía permitir que las cosas continuaran. Si Dios ignorara todo mal y todo lo malo, Su universo se desintegraría, porque si no se aplican las penas por lo malo, las leyes no pueden mantenerse; y si las leyes no se mantienen, entonces el gobierno es inválido, y el resultado

es la anarquía. ¡Servimos a un Dios que es demasiado inteligente para permitir que eso suceda!

La cuarta vez que Dios «no escatimó», penetra en nuestro universo mismo. 2 Pedro 2:4 dice: «... Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que... los entregó a prisiones de oscuridad... para juicio». Cuando el pecado continuó en la misma presencia de Dios, estalló la rebelión en Sus atrios, liderado por el poderoso ángel Lucifer (ahora llamado Satanás). Y los ángeles «... no conservaron sus puestos de autoridad, sino que abandonaron su propia casa...» (Judas 6). Aunque Dios fue extremadamente paciente con ellos, finalmente tuvo que detener la rebelión. Ustedes conocen los resultados de esa guerra en el Cielo, porque esos ángeles que fueron expulsados están presentes en nuestro mundo hoy, a veces en nuestros propios hogares y corazones.

EL PLAN DE REDENCIÓN

Bueno, la justicia de Dios parece bastante sombría, ¿no es así? ¡Él no perdonó a una ciudad, una nación, un mundo, o incluso un universo, a causa del pecado! ¿Cómo puede este mismo Dios encontrar suficiente misericordia para perdonar a un solo pecador? Quiero asegurarles que hay

esperanza para cada uno de nosotros, porque Dios «no escatimó», una vez más.

Romanos 8:32 nos dice que Él «...no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros...», y si hizo este mayor de los sacrificios, «¿cómo no nos dará también... bondadosamente todas las cosas?» Si estudias el sacrificio de Jesús en la cruz, descubrirás que este es el mejor momento en el que Dios «no escatimó». Llegas a la conclusión de que Dios se entregó a sí mismo. ¡Nada de esta idea de Dios suplicando que su Hijo se fuera, o de Jesús suplicándole a su iracundo Padre que perdonara a estas personas! ¡Fuera esos conceptos! En cambio, puedes ver al Padre y al Hijo involucrados juntos en este gran sacrificio. Ambos trabajaron en el plan de redención, y al dar a Su Hijo, Dios lo dio todo. Dio más que si hubiera venido Él mismo. Jesús fue el regalo más grande que Dios nos pudo dar. Él «no escatimó» a su propio Hijo, para que su justicia siguiera siendo verdadera, y su amor pudiera igualarla. Vuelve conmigo a través de los siglos. Jesús está en estrecha conversación con el Padre. Los ángeles miran. El aire está cargado de suspense. Todos saben que Satanás y el pecado han hecho que el plan original de Dios salga mal, y se preguntan qué hará Dios ahora para completar el plan. Después de mucho tiempo, Jesús sale de esa estrecha

comunión con su Padre, y revela que se ha ofrecido para morir en lugar del hombre. Entonces, Dios dio todo el Cielo, a Su propio Hijo; no podría haber dado nada más. Aquí ves a Dios y Jesús juntos, uno en propósito. Y si te gusta Jesús, entonces te gusta Dios. Si no te gusta Dios, entonces no te gusta Jesús. Es tan simple como eso. Están juntos en este gran plan de redención.

LA PACIENCIA DE DIOS

Si realmente quieres conocer el carácter de Dios, entonces estudia cómo trató Jesús a los pecadores cuando estuvo en esta tierra.

Un hombre llega a trompicones al borde de una gran multitud junto a un lago. (Mateo 8:1-4) Es un leproso, considerado maldecido por Dios, y cuando llega, la gente retrocede apresuradamente. No quieren estar cerca de él. Tienen miedo de ser contaminados por este «pecador». Pero Jesús invita al marginado a su presencia. Toca a los intocables. En efecto, dice: «Te consideran intocable, bajo la maldición de Dios. Se supone que eres un gran pecador, pero yo te limpiaré.» ¿Y quién era ese que hablaba? Ese era el Padre.

Una mujer es arrastrada por el polvo hasta la presencia de Jesús. (Juan 8:3-11) Sus acusadores la rodean, dispuestos a levantar enormes piedras para aplastarla hasta la muerte. Pero Jesús dice: «No te condeno. Ve y no peques más.» ¡Qué perfecto equilibrio entre justicia y misericordia en Su respuesta! ¿Quién era ese hablando? Fue Jesús. Fue el Padre. ¿El Dios del Antiguo Testamento? Sí, el mismo Dios.

Un hombre se queda al otro lado. (Lucas 23:43) Se vuelve hacia Jesús, y saca de sus labios resecos unas pocas palabras moribundas: «Señor, acuérdate de mí». Y Jesús le promete: «Me acordaré de ti. Estarás Conmigo en el Cielo.» ¿Quién era ese? ¿Sólo Jesús? No. ¡Ese también era Dios!

Un hombre se esconde al amparo de la oscuridad para ver a Jesús. (Juan 3) No quiere que nadie más sepa que está allí. Y aunque intenta entrar en un debate teológico, en realidad está diciendo: «¿Qué debo hacer para ser salvo? ¿Qué necesito?». Y Jesús responde: «Os es necesario nacer de nuevo... porque tanto amó Dios al mundo, que ha dado a su único Hijo, para redimirlo». ¿El Dios del Antiguo Testamento? Sí. Ese es nuestro gran Dios de amor, el mismo ayer, hoy, y por los siglos.

Una y otra vez, Dios le dio a la nación judía la oportunidad de arrepentirse, pero ellos la rechazaron

continuamente. Mataron a Sus profetas, y apedrearon a los que habían sido enviados para ayudarlos. Finalmente, envió a su único Hijo, Jesús, en persona, la manifestación más grande de Dios mismo. ¡Qué demostración de la gloria y misericordia de Dios!

Si hubiéramos estado en la cruz con hombres malvados burlándose de nosotros, no habríamos dudado en convocar doce legiones de ángeles, para enfrentar a esos ingratos blasfemos. Pero en lugar de eso, Jesús pronunció las palabras de perdón: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». E incluso después de la cruz, la paciencia de Dios no se acabó. Después de que la nación fue rechazada, Él continuó suplicando a las personas que se arrepintieran.

La gloria Shekhiná fue quitada del Templo, sin embargo, Dios envió a los discípulos primero a Jerusalén, el mismo lugar donde Jesús había pronunciado las palabras de condenación: «Vuestra casa os queda desolada». Y a lo largo de todos los viajes misioneros de los apóstoles, el pueblo judío fue incluido, año, tras año, tras año. La iglesia cristiana primitiva no era sólo para los gentiles. Dios envió repetidamente a sus mensajeros para «darles más oportunidades» de arrepentirse, de volverse a Él.

Y mientras Esteban estaba siendo apedreado hasta morir por una multitud enojada, el Espíritu Santo descendió sobre él, y oró: «Perdónalos. No te rindas todavía».

LA PACIENCIA DE DIOS HOY

¡Pero no dejemos que esta historia quede simplemente en manos de la gente de la época de Cristo! Su llamado de misericordia y amor continúa hoy, llegando a cada persona, a cada corazón, a cada vida. Aplícalo a tu vida, a tu familia, a aquellos por quienes has estado orando; aplícalo al borracho, al drogadicto, a los casos aparentemente desesperados.

He aquí un marido que luce bien en la iglesia, pero pelea con su esposa en casa. ¿Qué haremos con él? No lo interrumpas. Deja su caso en manos de Dios.

He aquí un joven que dirige un grupo cantando canciones gospel, pero blasfema el nombre de Dios cuando no está al frente. ¿Qué haremos con él? ¿Cortarlo? No, déjalo en manos de Dios. Escucha amigo, si has huido de Dios porque no has entendido su carácter, si estás cansado de huir, pero tienes miedo de que Él no te acepte, entonces escucha sus amistosas palabras de invitación: «Ven a mí, a todos los que estáis cansados y agobiados, yo

os haré descansar» (Mateo 11:28) Descubre lo que significa postrarse ante la cruz, y comunicarte con tu Salvador, Señor, y Amigo. En su gran misericordia, Dios no os ha derribado. Él no te mira con frialdad. Él no se aleja con indiferencia, ni te deja en la destrucción. Mirándote, Él llora (como Jesús lloró hace tantos siglos respecto a Israel) «¿Cómo puedo abandonarte?»

Con el tiempo, llegará el día en que Dios ya no podrá perdonar a este viejo mundo de pecado. Mientras tanto, sin embargo, el gran plan de redención de Dios es para todos, incluso para las personas que parecen haber sobrepasado el límite de la misericordia de Dios. Creo que una de las razones por las que Jesús no ha regresado todavía, es por el bien de todos aquellos que no han aceptado su plan de salvación. Y así continúa Su misericordia. Sigue, y sigue, y sigue.

Entonces, ¿por qué Dios finalmente pondrá fin a nuestro mundo? ¿Finalmente se le acaba la paciencia? No, Apocalipsis 11:18 implica que la paciencia de Dios continuará hasta que el hombre esté a punto de destruirse a sí mismo.

Pero, aunque este mundo no se salvará, Él sí perdonará a un grupo de personas (Malaquías 3:17),

¡porque Él «no perdonó» a Su propio Hijo! ¿No te gustaría estar en ese grupo que Dios perdona? ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo respondo a su súplica? Necesito aceptar y recibir Su regalo de Cristo, cada día. Simplemente no hay otra manera. Para realizar la bondad y misericordia de nuestro paciente Dios de justicia, necesito estudiarlo y contemplarlo continuamente. Puede que escuches acerca de Su amor desde el púlpito, o en mi clase de Biblia, pero esto sucede sólo una vez a la semana (y tal vez incluso con menos frecuencia). Para arrepentirme diariamente, necesito contemplar y comprender la bondad de Dios para mi propia vida, todos los días. Si lo descuido, tiende a desvanecerse de mi mente, del mismo modo que el recuerdo de los amigos se desvanece cuando están ausentes.

Hoy estoy agradecido por un Dios que nos ama lo suficiente como para enviarnos su mayor regalo, su Hijo, para revelar su verdadero carácter. Y ha prometido salvarnos, transformar nuestro carácter, y darnos la victoria. ¡Qué Dios servimos! Él no nos trata como nos tratamos unos a otros. Estoy agradecido de que Dios haya prometido aceptarnos, sin importar dónde hayamos estado, o qué hayamos hecho en el pasado, porque Su misericordia sigue y sigue. ¿No deberíamos responder con

gratitud conociéndolo mejor, y luego revelando a los demás (a través de nuestra propia vida) cómo es Él realmente?

Querido Padre Celestial, te damos gracias por Tu paciencia y misericordia en este mundo de pecado. Pensamos en la injusticia que hemos cometido al tergiversar Tu carácter de amor hacia los demás. No merecemos Tu gran plan de salvación, no podemos hacer nada para merecerlo, pero caemos en arrepentimiento y te pedimos perdón. Debes estar cansado de este mundo de pecado y angustia. Nos habrías rendido hace mucho tiempo, pero sigues dándonos más oportunidades. Gracias por enviar a Jesús en Su misión de misericordia, para revelar que eres nuestro mejor Amigo. Acércanos a Ti, para que podamos conocerte cada día más. Oramos, en el nombre de Jesús...

Amén.

CAPÍTULO 9: TRABAJANDO EN TU PROPIA SALVACIÓN

Una tarde, un misionero cristiano y un bonzo (monje budista) viajaban por las frías montañas del Tíbet. Como se sabía que nadie podría sobrevivir en el camino después del anochecer, ambos viajeros estaban ansiosos por llegar al monasterio ubicado a cierta distancia más adelante. Se apresuraron lo más rápido que pudieron para protegerse del sol, pero se acercaba el anochecer, cuando de repente escucharon gemidos provenientes de debajo del empinado sendero.

Miraron por el borde del camino, y vieron a un hombre que se había caído sobre unas rocas debajo. No podía moverse debido a sus heridas, y era obvio que estaba en serios problemas. El bonzo miró pensativamente al hombre herido, y dijo: «En mi religión, a esto lo llamamos karma. Quiere decir que este hombre fue herido como resultado de una causa. Aparentemente, su destino es morir aquí, pero mi destino aún está por delante. Debo apresurarme al monasterio antes de que oscurezca.» El misionero cristiano respondió: «Esta pobre alma indefensa

es mi hermano. No puedo dejar que muera aquí. Debo bajar y tratar de ayudarlo, sin importar lo que me pase.»

Así, mientras el bonzo se apresuraba hacia el monasterio, el misionero descendió por el escarpado acantilado. Finalmente, llegó al lugar donde yacía el herido, se quitó la ropa exterior, y envolvió al hombre con ella, lo cargó sobre sus hombros, y con gran esfuerzo finalmente llegó de nuevo al sendero. Advertido por su trabajo, ya era casi de noche cuando vio las luces del monasterio delante. Pero mientras se apresuraba hacia este lugar de refugio, tropezó con algo en el camino y, mirando hacia abajo, descubrió el cuerpo sin vida del bonzo, que a causa del frío ya había caído en el camino.

DOS PASOS IMPORTANTES

Ahora bien, esa historia es un poco melodramática, y dudo en contarla por esa razón. Quizás sea sólo una parábola, pero sirve para ilustrar la premisa de que, al intentar salvar a otra persona, a menudo nos salvamos a nosotros mismos.

Filipenses 2:12 nos dice que «ocupémonos en vuestra salvación con temor y temblor», y este texto a menudo es mal entendido y aplicado, degenerando así el cristianismo

en un sistema de obras. Sin embargo, Jesús parece indicar (en Marcos 8:34-35) que algún tipo de obras están involucradas en el plan de salvación. Dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz, y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, y por el evangelio, la salvará»

Para tener una experiencia viva con Cristo, necesitamos hacer dos cosas. Primero, debemos ir a la cruz diariamente con Jesús, para renunciar a nosotros mismos y dejar que Él tome el control. Esto implica una vida devocional diaria, en la que nos tomamos un tiempo significativo a solas, al comienzo de cada día, para buscar un conocimiento personal de Jesús, a través de Su Palabra, y de la oración. Y si buscamos a Dios con todo nuestro corazón, lo encontraremos (Jeremías 29:13).

Pero para continuar y crecer en esta relación, debemos involucrarnos en una segunda forma de comunicación: difundir el evangelio a través del testimonio y el servicio cristianos. Y si aplicas Filipenses 2:12-13 a la evangelización cristiana, ¡es fácil ver dónde entra el «temor y el temblor»! Pero recuerda que Dios obra en nosotros tanto el querer como el hacer, según su buen propósito.

Es cierto que la persona que busca conocer a Dios saliendo y trabajando para los demás. a menudo salvará su propia vida en el proceso. Sin embargo, hay mucha confusión y malentendidos en cuanto al propósito y la motivación del testimonio cristiano. La iglesia siempre ha reconocido su importancia, pero generalmente hemos dependido de enfoques creados por el hombre. para producir los resultados deseados.

TESTIMONIO SUSTITUTO

A lo largo de los años, ha habido todo tipo de sustitutos para la motivación genuina de testificar. Un método que se utiliza con frecuencia es la competencia; enfrentando a un grupo de personas contra otro. Hemos recurrido a trucos mecánicos como objetivos, gráficos. y otros dispositivos similares, todos diseñados para impresionarnos con una necesidad. Y luego repartimos botones, pines, cintas. y certificados, con todo tipo de recompensas y reconocimientos para que todos sigan trabajando en ello.

Escuché acerca de uno de esos dispositivos disponible para las iglesias. Era un tablero con dos juegos de luces, uno a cada lado. En el centro se podría pintar el nombre de la clase de la escuela sabática para adultos. Si los

miembros de la clase estudiaban sus Biblia, todos los días, podrían encender la bombilla de la izquierda. Si alcanzaron su meta de ofrenda misionera esa semana, podrían encender la bombilla de la derecha. Si tuvieron la suerte de alcanzar ambas metas en la misma semana, podrían colocar un poco de papel de aluminio detrás de las bombillas para hacerlas brillar.

Una semana, todos los miembros de la clase alcanzaron ambas metas, excepto un miembro que había estado fuera de vacaciones. Los otros miembros estaban muy decepcionados e infelices con el que había fracasado. La semana siguiente, un día faltó a estudiar su lección; así que nuevamente no pudieron encender las luces. La repremisión resultante de los otros miembros casi lo expulsó de la iglesia.

Desafortunadamente, este tipo de incidentes son demasiado frecuentes. Otros han contado experiencias similares con variaciones de este tipo de truco. ¡Incluso, escuché de otro lugar donde las luces se encendían al principio, y se apagaban si no se alcanzaban los objetivos!

Cuando tenemos que recurrir a métodos programados para lograr que la gente lea su Biblia, done para misiones, o comparta su fe, entonces hay algo que

falta en nuestra experiencia cristiana. ¡La cruda realidad es que no conocemos a Jesús como la base de nuestro cristianismo y nuestra salvación! Si realmente lo conociéramos como un Amigo personal, no necesitaríamos que nos obligaran a estudiar y testificar.

Otro motivo que hemos utilizado para testificar es el pensamiento de recompensas futuras. Nos preguntamos si hemos hecho lo suficiente para ganarnos esas «estrellas en nuestras coronas». Prestamos mucha atención (consciente o inconscientemente) a cuánto hemos hecho, manteniendo un registro de los «créditos» que esperamos recibir por nuestro trabajo. Es interesante notar que Israel cayó en la misma trampa. Oseas describe a la nación como una vid vacía que «dio fruto para sí» (Oseas 10:1). ¡Qué tragedia cuando el yo es el motivo principal del trabajo que hacemos!

ENTENDIENDO EL TRABAJO

A principios de siglo, uno de mis autores cristianos favoritos escribió estas palabras: «El Señor es bueno. Es misericordioso y tierno de corazón. Él conoce a cada uno de Sus hijos. Él sabe exactamente lo que cada uno de nosotros está haciendo. Él sabe cuánto crédito darle a cada uno. ¿No dejarás tu lista de créditos, y de condenación, y

dejarás que Dios haga Su propia obra? Recibirás la corona de gloria, si atiendes a la obra que Dios te ha encomendado.»

«Pues bien», pregunta alguien, «¿cuál es nuestro trabajo?» En los últimos años, ha habido mucho debate entre los teólogos sobre qué constituye el conocimiento salvador. Un grupo afirma que todo aquel que finalmente es salvo en el reino de Dios, debe haber tenido una «revelación especial», al haber escuchado la historia específica del evangelio. Sin esto, no pueden salvarse, y si se pierden, ¡somos responsables! El otro grupo sostiene que la «revelación general» es suficiente. Las personas serán salvas por lo que hayan hecho con la luz, sin importar cuán pequeña haya sido esa luz. Pueden ser salvos, incluso si nunca han oído hablar de la historia del evangelio. Ninguna de estas visiones está exenta de problemas.

Si todo el mundo se salva o se pierde sobre la base de la aceptación o el rechazo de cualquier luz que haya recibido (como creen los revelacionistas generales), entonces ¿por qué debería el cristiano testificar? Esta visión abre el camino a una gran falta de esfuerzo, a una religión pasiva en forma de «mecedora», donde podemos sentarnos cómodamente en casa, y ocupar nuestras

mentes con grandes cuestiones teológicas y filosóficas. Por otro lado, aquellos que creen en la revelación especial tienen problemas para mantenerse al día con la explosión demográfica. Aunque hemos logrado grandes avances en las misiones mundiales, la población mundial está creciendo más rápido de lo que podemos difundir el evangelio. Los revelacionistas especiales se basan en llamamientos emocionales para «ayudar a otros». Se supone que debemos ir a nuestros vecinos y a los campos misioneros, debido a sus necesidades. Generalmente, el motivo principal para dar, contar, y compartir, es un gran sentido de obligación. Alguien dotado de poderes de oratoria y persuasión, logra hacernos sentir culpables por no hacer más, diciéndonos que cada año (mientras estamos sentados en los bancos de nuestra iglesia sin hacer nada), millones de almas humanas se pierden para la eternidad, porque no han escuchado el evangelio. Así que esa tarde salimos, y empezamos a tocar timbres, esperando fervientemente que nadie responda. ¿Te ha sucedido esto?

ENFOQUES PARA TESTIMONIAR

Hace años, realmente creía que las personas se salvarían o se perderían eternamente debido a lo que yo

hacía o dejaba de hacer. Entonces, salí y di estudios bíblicos. Al principio acudió prácticamente todo el barrio. Pero una noche no era el momento oportuno, y mencioné un punto doctrinal controvertido, antes de que estuvieran preparados para ello. La semana siguiente algunos llamaron y dijeron: «Vamos a tener compañía; No podemos reunirnos esta semana.» La semana siguiente llamaron y dijeron: «Nos vamos a ir; tenemos que salir de la ciudad.» Y a la semana siguiente dijeron: «Bueno, suspendamos los estudios del todo». Mi reacción fue: «¡Oh, no, hay toda una casa llena de gente que se va a perder para siempre, por culpa de mis errores!» Y me quedaba despierto por la noche, mirando al techo, y preocupándome por toda esa gente. La única manera de encontrar la paz fue concluyendo: «De ahora en adelante daré más dinero a la evangelización por radio y televisión. Dejaré que los expertos testifiquen por mí.»

Entonces, a alguien se le ocurrió una idea que pareció resolver mi problema. «Prefiero ver un sermón que escucharlo cualquier día», dijeron. «Si le llevas una buena hogaza de pan casero a tu vecino, será suficiente. El cristiano sólo tiene que ser agradable, bueno, y bondadoso. Compartir su fe es secundario a la forma en que trata a los demás.»

Una tarde, escuché a un grupo de médicos ampliar este concepto del testigo «fuerte y silencioso». «Todo lo que necesitas hacer», dijo uno, «es practicar una medicina buena y limpia, y coser una buena puntada en la incisión. La mejor manera de dar testimonio de Cristo es ser un experto en tu profesión.» Pero luego, mientras continuaban debatiendo el punto, un médico comentó: «Me pregunto hasta qué punto habría llegado el evangelio en los días del apóstol Pablo, si su único testimonio hubiera sido coser una buena puntada en sus tiendas».

Lo que plantea la pregunta: «¿Cuál se supone que es la verdadera razón de nuestro testimonio?» Hay dos medidas precisas de nuestra relación personal con Dios. Primero, ¿quién tiene nuestros pensamientos? Durante la rutina mundana de la vida diaria, ¿con qué frecuencia nuestros pensamientos se vuelven hacia Cristo, sin un estímulo externo? La otra indicación de nuestra cercanía a Dios es: ¿de quién nos encanta hablar? ¿Nos encanta contarles a nuestros amigos acerca de Jesús, y su amor por nosotros?

Una tarde, después de la iglesia, me reuní con un grupo para discutir el papel del testimonio cristiano en nuestras vidas. Mientras compartíamos nuestras

experiencias, alguien dijo: «Sabes, esta semana Dios nos dio la oportunidad de compartir nuestra fe. Parecía providencial que alguien se quedara sin gasolina justo en frente de nuestra finca. Entonces, antes de ayudarlo a poner su auto en funcionamiento nuevamente, le hicimos prometer que vendría a la iglesia hoy»

«Oh, ¿estuvo aquí hoy?»

«No, no lo estaba... y no puedo entender por qué.»

Si realmente estuviéramos experimentando una relación personal con Dios, entonces no forzaríamos promesas de asistencia a la iglesia. Si realmente estudiáramos la intención original del testimonio cristiano, entonces tendríamos que desechar la mayoría de los trucos que hemos estado usando.

Nuestros métodos sintéticos indican una falta de experiencia del corazón con Cristo. Si realmente lo conociéramos, entonces siempre tendríamos algo que compartir sobre lo que Él significa para nosotros, y lo que ha hecho, y está haciendo por nosotros hoy. Seremos testigos, no porque alguien nos haya obligado a hacerlo, ¡sino porque no podemos guardar silencio sobre Su presencia y bondad en nuestras vidas! Entonces, nuestra motivación para hacer más por Dios será el resultado

natural de nuestra experiencia interna con Él, en lugar de la compulsión externa de los demás.

TESTIMONIO GENUINO

La Biblia nos da ejemplos de este acercamiento genuino y espontáneo a los demás. Había un hombre cojo que vino a Jerusalén a buscar al gran Sanador llamado Jesús. Pero cuando llegó un viernes por la tarde, oyó hablar de una crucifixión en una colina llamada Gólgota. Pasaron semanas, y la gente que lo había traído a Jerusalén regresó a casa. Allí se sentó en los escalones del templo, desesperado, pidiendo algo de comer. Pasaron dos hombres que habían visto a su Señor ascender al cielo: Pedro y Juan. Y Pedro dijo: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.» Y el hombre se puso de pie de un salto. Pero eso no fue todo: subió corriendo las escaleras hacia el atrio del Templo, y allí finalmente lo encontraron las autoridades, saltando, brincando, y gritando alabanzas. Alabando a Dios por lo que le había pasado.

Si me ha pasado algo en relación con mi Señor, no puedo quedarme callado. No necesito un súper vendedor que me obligue a salir y testificar. No necesito que alguien utilice manipulaciones psicológicas para motivarme.

Los leprosos y los ciegos acudieron a Jesús en busca de ayuda, y él los sanó. Luego, decía a menudo: «No le cuentes a nadie lo que ha pasado». ¡Pero no pudieron evitarlo! Corrieron, gritaron, y cantaron alabanzas a Aquel que habían conocido (Quizás Jesús simplemente les estaba mostrando la imposibilidad de permanecer callados). El compartir espontáneo es toda la esencia del testimonio cristiano. Si realmente conozco a Jesucristo como mi Amigo personal, si sé lo que significa tener una comunión significativa con Él, día a día, ¡entonces no puedo quedarme callado!

Ahora, yo solía tener todo esto al revés. Pensé que, si lograba involucrar a los miembros de la iglesia en la evangelización, ellos serían impulsados a una experiencia con Cristo. Así que traje algunas personalidades dinámicas, para que todos se entusiasmaran con la testificación.

Pero el resultado fue que sólo unas pocas personas fueron impulsadas a tener una experiencia con Cristo. ¡Y la mayoría sólo terminó más desanimada y frustrada!

En otra iglesia decidimos probar un enfoque diferente. Esta vez, mi premisa fue que nadie podría ser un testigo exitoso de Cristo, a menos que tuviera algún tipo de experiencia con Él. ¡Qué ridículo sería venir a la sala del

tribunal como testigo, si yo no estuviera en el lugar! ¡Nadie creería lo que dijese, a menos que yo hubiera estado allí! Así que esta vez decidí predicar reavivamiento, reforma, y justicia por la fe. Decidí hablar de Jesús, animando a la gente a estudiar, orar, y conocer a Dios en una relación personal de uno a uno. Y cuando respondieron, me recosté y dije: «¡Esto es! Cuando encuentren esa experiencia más profunda con Cristo, saldrán y compartirán con otros. No tendré que hacer nada para avisarles.» Pero no salieron, y no compartieron con otros, y como resultado, el reavivamiento comenzó a agriarse. ¡Y algunos de los que se habían entusiasmado con esta experiencia con Cristo, terminaron peor que antes!

Entonces, con respecto a este problema del testimonio cristiano, la única conclusión que he sacado es que en el momento en que las personas se entusiasman con conocer a Jesús como un Amigo personal, entonces también debemos alentarlos a testificar y compartir (y brindarles oportunidades para involucrarlos en el servicio), para que su experiencia con Cristo no muera.

DAR PARA RECIBIR

Ahora, he conocido a muchas personas que han tenido problemas en su vida devocional. Quizás se dieron

cuenta de la importancia de aprender a conocer mejor a Jesús, y de hecho habían comenzado el privilegio y el gozo de la comunión con Cristo, a través del estudio de Su Palabra y de la oración. ¡Pero entonces las cosas empezaron a ir mal! Y en nueve de cada diez casos, la razón fue que no compartían su experiencia de conocer a Cristo con los demás.

Ahora realmente lo creo, no sólo en teoría, sino en la práctica real. He recibido cartas y personas que me han contado experiencias personales, que muestran que nuestra relación con Cristo no puede crecer a menos que estemos involucrados en la testificación.

Dios es consciente del gran principio de que cuando buscamos ayudar a los demás, nos ayudamos más a nosotros mismos. Por eso, en su gran amor, nos ha dado el privilegio de trabajar con Él por los demás, como medio de comunicación con el Cielo, como medio para seguir en contacto con Jesús. Ésta es una faceta primordial del testimonio cristiano, que hemos pasado por alto con demasiada frecuencia.

Para que podamos crecer en nuestra relación con Dios, es fundamental ejercitarnos compartiendo con los demás lo que hemos recibido de Él. La actividad es la

condición misma de la vida, y aquellos que intentan seguir siendo cristianos aceptando pasivamente los dones y las bendiciones de Dios sin trabajar para Él, están tratando de vivir comiendo sin hacer ejercicio. En la vida física, esto siempre resulta en degeneración y decadencia. Si nos negamos a ejercitarnos, pronto perdemos cualquier poder o capacidad para utilizarlas. En la vida espiritual ocurre lo mismo. Si no ejercitamos los poderes que Dios nos ha dado, no sólo no creceremos en Cristo, ¡sino que también perdemos la fuerza que ya teníamos! Si nos contentamos sólo con orar y meditar todo el día, sin salir a ayudar a los demás, pronto dejaremos de orar por completo. Por otro lado, la luz de Dios nos es dada para que la podamos dar a los demás. Y cuanto más demos, más brillante será nuestra propia luz.

Un problema que enfrentamos es que la idea de testificar a menudo se ha presentado en términos de tocar timbres en casas de extraños. Pero ¿qué dijo Jesús sobre el testimonio cristiano?

EL ENFOQUE DE JESÚS

En el país de los gadarenos, Jesús sanó a un endemoniado y arrojó los espíritus malignos dentro de una piara de cerdos (Marcos 5:1-20). La gente se asustó, y le

rogaron a Jesús que se fuera. El hombre que había sido sanado quería irse con Jesús, pero Jesús le dijo: «Ve a casa con tus amigos, y cuéntales cuánto ha hecho el Señor por ti, y cómo ha tenido misericordia de ti». Y este hombre debe haber obedecido, porque la siguiente vez que Jesús visitó ese país, aquellos que le habían suplicado que se fuera, ahora se apresuraron a darle la bienvenida. Estaban ansiosos por verlo, por lo que este hombre les había dicho.

Es cierto que en Marcos 16:15 Jesús dijo: «Id por todo el mundo, y predicad la buena nueva a toda la creación». Pero hay poco apoyo a la idea de que se supone que debemos salir «de golpe», con personas que nunca hemos visto antes, y golpearles en la cabeza con un bloque de doctrinas del evangelio. En cambio, salgo para hacerme amigo de ellos, y luego podré contarles las grandes cosas que el Señor ha hecho por mí. ¿Qué sentido tiene tocar puertas y tocar el timbre de extraños, si ni siquiera puedo hablar del amor de Jesús a la persona al otro lado del pasillo en mi propia iglesia?

EL PROPÓSITO DE DIOS AL TESTIMONIAR

Entonces, hay una diferencia entre nuestra motivación para testificar y el propósito de Dios al permitirnos que lo hagamos. El propósito de Dios para el testimonio cristiano

es mantenernos vivos en Él. No se trata simplemente de satisfacer las necesidades de la gente «de ahí fuera», sino de satisfacer las nuestras propias. No está esperando que nos convertamos en expertos en presentar algún enfoque programado para una testificación eficaz. Él está esperando que nos demos cuenta de que una experiencia personal con Cristo hace toda la diferencia en el mundo. Él está esperando que nos demos cuenta de que involucrarnos activamente con Él, en la obra del evangelio, es un privilegio otorgado por un Dios de amor.

En la vida cotidiana, te conozco a través de la comunicación: hablo contigo, te escucho hablar conmigo, voy a lugares, y hago cosas contigo. Los mismos principios de comunicación operan en la vida espiritual. Escucho a Dios mediante el estudio de Su Palabra. Hablo con Él a través de la oración. Voy a lugares y hago cosas con Él, involucrándome en el testimonio cristiano. Dios sabe que, como resultado de encontrar pruebas y oposición mientras testificamos, no solo nos acercaremos más a Jesús, sino que también seremos arrodillados con mayor hambre y sed de justicia. Esto hará que busquemos más a Dios, y nuestra fe se fortalecerá a medida que nuestra experiencia con Cristo se haga más profunda. Es cierto que otros también se beneficiarán cuando nos involucremos en el

testimonio cristiano, pero el propósito principal de Dios es nuestro propio bien.

Entonces ¿se supone que debemos trabajar para Dios para poder salvarnos a nosotros mismos? No, eso sería egoísta. Nuestra motivación para testificar es la alegría de saber qué Amigo maravilloso hemos encontrado en Jesús, y querer compartir esta felicidad con los demás. Es el resultado espontáneo de tener una experiencia genuina con Cristo.

Este gozo de comunión con Él no está reservado sólo para unos pocos. Cualquiera puede experimentarlo. Y a medida que continuamos compartiendo lo que hemos recibido con otros, estaremos trabajando en nuestra propia salvación, al aprender a conocer más y más de Cristo.

ACERCÁNDOSE

Sucedió en un hospital de Nueva York, establecido para ayudar a los alcohólicos y a aquellos con adicciones más oscuras. Una noche sacaron a rastras a un hombre de la calle por quincuagésima vez. A la mañana siguiente, el médico le dijo: «Bill, ¿te das cuenta de que ésta es la quincuagésima vez que vienes aquí?»

«¡Oh, ahora soy una planta de medio siglo! ¿Qué tal una copa para celebrar la noticia?»

«Olvídate de la comedia», respondió el médico. «Pero te traeré una copa si te levantas de la cama y me haces un favor.»

«¡Pásame mi albornoz!» Bill bromeó.

«Mire», dijo el médico, «al final del pasillo, hay un joven que acaba de llegar anoche a este hospital por primera vez. Todo lo que quiero que hagas es dejar que te mire. No tienes que decir una palabra. Tal vez que te vea podría asustarlo, y no volver a tomar un trago.»

Entonces, Bill tropezó por el pasillo y entró en la habitación del hombre más joven. Allí estaba él, con los ojos inyectados en sangre, y los bigotes enmarañados. El joven no podía perderse el mensaje.

Pero entonces sucedió algo extraño. En lugar de alejarse, Bill empezó a sentir lástima por esta joven víctima del alcohol. Dijo: «Sabes, hay algunas personas que no pueden beber, y hay que aprender a tiempo. Tienes que parar.»

«No, gracias. No puedo», dijo el joven.

«Debes hacerlo», insistió Bill. «Tienes que creer en un poder más grande que tú mismo.»

«No. No creo en un poder más grande que yo»

«¡Oh, sí, lo crees!» Bill replicó. «¡La botella es más grande que tú!» Bill continuó hablando toda la mañana con este hombre, y cuando finalmente vio una pequeña respuesta en el corazón del joven, casi gritó de alegría.

El joven preguntó: «¿Qué puedo hacer?»

Estaba tan sorprendido por sus propias palabras que casi se cae. Pero continuó hablando con este joven, citando textos bíblicos que había aprendido en su niñez. Antes de partir esa mañana, Bill prometió mantenerse en contacto con el joven, para animarlo y orar con él.

Bill hizo muchas visitas al hospital después de eso, pero nunca como paciente. Más bien, llegó como fundador de la organización mundial conocida como «Alcohólicos Anónimos». Su premisa se basa en la teoría de que, al intentar ayudar a otra persona, siempre te ayudas más a ti mismo.

Y Dios sabe que eso es verdad. Puso ese principio en práctica. Y Él nos invita hoy en Su amor a responder a Su invitación de involucrarnos con Él, en el trabajo por los

demás. Querido Padre Celestial, te agradecemos por el privilegio que nos has dado de involucrarnos contigo en la obra del evangelio. A veces hemos pensado que era una tarea ardua. Líbranos de depender de todos los trucos y del enfoque programado, y perdónanos por todas las cosas que hemos tratado de hacer para evitar involucrarnos en la testificación. Ayúdanos a conocerte tan bien que no podamos quedarnos quietos, que continuaremos diciéndoles a los demás lo que Tú significas para nosotros. Te agradecemos por Tu misericordia y paciencia, mientras continuamos aprendiendo a conocerte mejor. En el nombre de Jesús ...

Amén.

CAPÍTULO 10: ¿RENUNCIAR A QUÉ?

Cuando estudiaba técnicas para salvar vidas, el instructor de la Cruz Roja nos enseñó algunas medidas de seguridad, al intentar rescatar a una persona que se está ahogando. Dijo: «Si es posible, no saltes inmediatamente para salvarlo. Obsérvalo con mucha atención, pero espera hasta que esté a punto de hundirse por tercera vez. 'Cuando llegue a ese punto, entonces lánzate y sálvalo, ¡pero no hasta entonces!'»

¿Por qué nos advirtió que esperáramos? Bueno, la idea era que, si nos lanzábamos inmediatamente, la víctima estaría luchando. Nos agarraría con fuerza, y ambos podríamos ahogarnos. Pero si esperábamos hasta que dejara de luchar, entonces podríamos rescatarlo con seguridad.

¿Sabías que la liberación del hombre se basa en ese mismo principio? Debemos llegar al punto en el que estemos preparados para dejar de luchar contra las olas del pecado, antes de que podamos ser salvos de ellas. Jesús nos ve flotando en el mar de la vida. Estamos luchando, tratando desesperadamente de superar nuestros problemas, luchando contra nuestros pecados.

Pero el diablo es más fuerte e inteligente que nosotros. No parece que alguna vez consigamos la victoria. Finalmente, cuando nos hemos dado por vencidos, y estamos a punto de hundirnos para siempre, admitimos que no podemos lograrlo. Miramos desesperadamente hacia el Cielo en busca de ayuda. Sólo entonces Jesús podrá venir a rescatarnos.

Quizás te preguntes por qué Dios no te ha dado el poder para superar tus pecados. Quizás aún no hayas llegado al punto en el que te des cuenta de tu debilidad e impotencia. Quizás no hayas aprendido lo que significa entregarse a Él.

ENTENDIENDO LA ENTREGA

Muchos de nosotros nos damos cuenta de la importancia de la «rendición», pero no entendemos exactamente qué y cómo rendirse. ¡Con qué facilidad nuestra atención se centra en los pecados y la conducta! Generalmente, pensamos que la rectitud es sólo “hacer lo correcto”, por lo que la manera de hacer lo correcto es dejar de hacer lo malo (pecar). Entonces, alguien nos dice que rendirse significa abandonar todos nuestros pecados y problemas, y que tenemos que hacer esto antes de poder ser justos.

Entonces, decidimos renunciar a todas estas cosas. ¿Alguna vez has probado? Una vez me emocioné por vivir la vida cristiana victoriosa. Le prometí a Dios que abandonaría mis malos hábitos. Para lograrlo, hice una lista de siete pecados mayores, y resolví trabajar en ellos. El primer pecado en mi lista fue mi temperamento. Al día siguiente, comencé a intentar controlar mi temperamento. Cuando me enojaba, contaba hasta diez. A veces lograba controlar mis acciones, pero mientras contaba hasta diez mi cuello se tensaba, las venas se marcaban, mis ojos se desorbitaban, mi estómago se revolvía, y mis puños se apretaban. ¡De alguna manera esto no me pareció una vida victoriosa!

Otro truco que probé fue orar en el momento de la tentación. Fue entonces cuando descubrí algo muy desalentador: generalmente, cuando me daba cuenta de la tentación, estaba tan metido en ella que, o no quería orar, jo no había suficiente tiempo para orar! Era como escribir un cheque sin dinero en el banco. Mis oraciones por la victoria no funcionaron, porque no conocía la Fuente del poder.

Entonces, alguien me dijo que el verdadero problema era mi forma de pensar. No había aprendido a controlar

mis procesos de pensamiento. Y «como el hombre piensa en su corazón, así es él», necesitaba trabajar en mis pensamientos. ¿Alguna vez has probado esto? 'Hoy no pensaré en... ¡ups! ¡Acabo de pensar!» A veces estaba demasiado ocupado para pensar en ello durante la mitad del día. Entonces, me detenía y decía: «¡Hurra!

Hoy no he pensado en ¡ups! ¡Oh, no! ¡Lo pensé de nuevo!» Y mis sentimientos de triunfo se desvanecerían en desesperación.

Finalmente, llegué al punto en que sentí que había superado mi temperamento. Así que pasé al siguiente pecado de mi lista. Esta vez tuve éxito. Descubrí que podía deshacerme de este pecado fácilmente, y me sentí orgulloso de mi propia capacidad. Desafortunadamente, cuando comencé a trabajar en el número tres, descubrí, para mi disgusto, ¡que mi mal genio había regresado! (Y seguro que no ayudó a mi moral, cuando alguien me envió por correo un folleto titulado «Cien pecados de los que Laodicea debe arrepentirse»). ¡Todo el proceso fue desalentador!

Alguien más vino y me dijo: «Mira, no te das cuenta cómo se obtiene la vida victoriosa. La victoria llega cuando tú haces tu parte, y Dios hace la suya. Tienes suficiente

fuerza de voluntad para hacer parte de ello. Eliges ser bueno con tu voluntad, y luego actúas con tu fuerza de voluntad para llevar a cabo tu elección. Haz lo mejor que puedas, y Dios compensará la diferencia quitando el mal de tu corazón»

Este plan podría llamarse «religión de subsidios». Si hiciera mi treinta por ciento, entonces Dios subsidiaría mi débil poder. Pero descubrí que ni siquiera tenía el poder para hacer tanto. Si estaba tratando de superar mi temperamento, se suponía que debía asegurarme de no «abofetear a mi enemigo», y entonces Dios sacaría el odio de mi corazón. Pero mi columna vertebral era como espaguetis mojados, y ni siquiera podía gestionar mi pequeña parte, para que Dios pudiese hacer la suya. Este programa de «subsidio» me mantuvo frustrado, preguntándome hasta qué punto me estaba quedando corto cada vez.

Cuanto más intentaba superar mis problemas, más descubría que era una batalla feroz y desesperada. Si me quedaba algo de tiempo después de luchar contra mis pecados, entonces leía un versículo, o hacía una oración para mantener feliz a Dios, pero generalmente después de

molestarme con todos mis problemas, no tenía suficiente tiempo ni energía para molestarme.

Pronto descubrí que era posible luchar contra el diablo con tanta fuerza, que me volví más como él. Me recordó mis esfuerzos por ir a dormir por la noche. Alguien me dijo que, si no podía dormir, se suponía que debía empezar a relajar las uñas de las manos, los dedos de los pies, las manos, y los pies, etc., hasta relajar todo lo que poseía, y finalmente me relajaba tanto que automáticamente me iba a dormir. Pero cuanto más lo intenté, más tenso me puse, y terminé más despierto que nunca.

¿Cuál es el problema de un neurótico? Todo el mundo tiene problemas, pero el mayor problema del neurótico es su eterna preocupación por sus problemas. Mientras los mira y se concentra en ellos, crecen cada vez más, hasta que son demasiado grandes para manejarlos. También es posible ser un neurótico espiritual.

BUSCANDO RESPUESTAS

A medida que me desanimaba cada vez más, comencé a preguntarme si realmente sabía lo que significaba la rendición. Entonces comencé a buscar en mi Biblia para descubrir exactamente lo que Dios nos pide. Romanos

9:30-31 describe dos grupos de personas, los judíos y los gentiles. Los judíos estaban tan preocupados por su propia bondad y justicia al guardar la ley mediante sus propias fuerzas, que no reconocieron a Jesús cuando caminó entre ellos. Su atención se centraba en ellos mismos. Por otro lado, los gentiles eran reconocidos pecadores, pero pudieron ver a Jesucristo como el Hijo de Dios, y vinieron y se postraron humildemente a sus pies.

¿Qué marcó la diferencia? Los judíos estaban peleando la batalla del pecado. No les quedaba ni tiempo ni energía para Dios. Los gentiles eran libres de pelear la batalla de la fe. ¿Ves la diferencia? No es de extrañar que Jesús dijera: «¡No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento!» Si bien es cierto que todos somos pecadores, Jesús simplemente nos recordaba que algunos no se dan cuenta de su condición pecaminosa, y de su necesidad de un Salvador que los capacite para vencer.

Los cristianos suelen pensar que hay dos frentes de batalla: la mala batalla del pecado, y la buena batalla de la fe, y a menudo tratamos de batallar en ambas al mismo tiempo. ¿Es esto lo que Dios quiere que hagamos? En Romanos 4:4-5, el apóstol Pablo hace esta comparación: «Pero cuando uno trabaja, su salario no se le cuenta como

regalo, sino como salario. Sin embargo, al hombre que no trabaja, sino que confía [cree en] Dios... su fe le es contada por justicia.» Notemos que nuestro trabajo, nuestro esfuerzo, es lo necesario para creer (o confiar). Y esto es válido, tanto para la justificación, como para la santificación, porque la santificación es simplemente una justificación momento a momento.

LA BUENA BATALLA DE LA FE

«¡Espera un minuto!». alguien se opone. «Estás conduciendo a la 'gracia barata'. ¡La Biblia dice que hay que luchar!»

Verdadero. ¿Pero cómo lUCHO contra el diablo? ¡Él es más fuerte que yo! Este texto sugiere que, para aquel que no trabaja en la mala batalla del pecado, sino que deja que Dios pelee por él (la batalla de la fe), su fe se cuenta por justicia. La única manera de resistir al diablo es entregar la batalla a fuerzas superiores. La buena batalla de la fe es el esfuerzo por conocer a Dios, y a Jesucristo a quien Él ha enviado. ¿Por qué la Biblia la llama «batalla»? Porque el diablo luchará cada centímetro del camino para impedirnos tomar tiempo para conocer a Jesús. Él sabe que, si la gente acepta plenamente esta verdad, y

concentra sus energías en el lugar correcto, entonces su poder se romperá.

Entonces, la razón principal por la que nos hemos desanimado tanto al tratar de vivir la vida cristiana es que nunca supimos cómo vencer. Con el tiempo, el seguidor de Cristo debe dejar de intentar «hacer lo correcto» por su propio poder. Debe abandonar la idea de que puede hacer cualquier cosa en su vida, excepto acudir a Dios, porque la entrega tiene que ver principalmente con uno mismo, no con los pecados. Cuando decidí renunciar a mis siete pecados, en realidad estaba muy lejos de lograrlo. De hecho, mientras luchaba contra mis faltas, mis debilidades, y mis problemas, estaba haciendo justo lo contrario de una rendición genuina.

ENTREGA GENUINA

¿Qué es la rendición genuina? Entregarse significa renunciar a la idea de que podemos hacer cualquier cosa, excepto venir a Cristo y recibir Su gracia, a través de una relación diaria con Él. Rendirse significa renunciar a la idea de que podemos hacer cualquier cosa respecto de nuestros pecados, separados de Cristo. No importa cuán fuerte sea la fuerza de voluntad de un hombre, el pecado es más fuerte. Es inútil que luchemos contra ello. ¡Debemos

rendirnos! Eso es lo que Jesús quiso decir cuando invitó: «Venid a mí... y yo os haré descansar». Nos pide que entreguemos la mala batalla del pecado, y emprendamos la buena batalla de la fe.

Llegó el día en que se puso a la Segunda Guerra Mundial, y las fuerzas del Eje se rindieron. ¿A qué se entregaron? ¿Dijeron: «¿Renunciamos a todos nuestros submarinos?» No. ¿Dijeron: «Renunciamos a todos nuestros tanques y nuestras armas?» No. Se rindieron y dejaron de luchar, y eso automáticamente se hizo cargo de los tanques, los aviones, los submarinos, las bombas, las armas, y todas las cosas. Quizás nuestros problemas en Corea, Vietnam, Medio Oriente, y otros lugares del mundo, sean que hemos hablado de tregua, alto el fuego, y conferencias cumbre, ¡pero nunca nos rendimos!

¡Debemos abandonar esta idea de que podemos alcanzar la justicia sin Jesús! Al diablo le gusta mantenernos ocupados trabajando en nuestra propia justicia, como sustituto de tomar tiempo para conocer a Jesús. ¡Incluso, es posible que alguien abandone su mal genio como escape de entregarse a Dios! Pero este enfoque es siempre un callejón sin salida, porque los fuertes (que son capaces de hacer lo correcto externamente) se vuelven orgullosos,

mientras que los débiles (que sólo son capaces de fracasar miserablemente) se desaniman. ¡Y el diablo gana en cualquier caso!

DEFINIENDO LA JUSTICIA

¡La justicia tiene que definirse en términos de algo más que hacer lo correcto! Sólo he encontrado una definición satisfactoria de la justicia suprema, y se encuentra en una persona. Jeremías 23:6 nos dice que Cristo es nuestra justicia. La justicia nunca debe separarse de Jesucristo. Es un regalo que sólo podemos recibir cuando venimos a Él. Si buscamos justicia aparte de Él, entonces nunca la encontraremos, porque sólo llega a aquellos que buscan a Jesús.

Generalmente, pensamos que el pecado, al ser lo opuesto a la justicia, es una «mala acción». Pero si la justicia es Jesús, entonces el pecado puede definirse como estar separado de Él. Pecado es hacer o ser cualquier cosa (sin importar cuán buena o mala pueda ser en sí misma) aparte de una relación de fe con Cristo. (Ver Romanos 14:23).

Si la falta de una relación con Cristo es la clave del pecado, entonces tanto los débiles como los fuertes califican. Todos somos igualmente pecadores, no por lo

que hemos hecho, sino por lo que somos. Y el conocimiento de lo que eres, es necesario antes de que puedas venir significativamente a Cristo en rendición. Cuando era pequeño (tres pies y nueve pulgadas de altura), quería medir seis pies de altura. Empecé a colgarme del poste del tendedero para crecer. Pero cuando iba a medirme con una marca de seis pies en la pared, todavía medía sólo tres pies y nueve pulgadas. Si hubiera pasado todo el tiempo colgado del tendedero, sin siquiera tomarme el tiempo para comer, nunca habría llegado a medir seis pies de altura. De hecho, ¡probablemente habría estado dos metros bajo tierra!

¿Cómo crezco físicamente? ¿Trabajo en crecer? ¿O trabajo en mi alimentación y ejercicio, y descubro que, como resultado, crezco naturalmente? Si trabajo en el crecimiento, nunca lo lograré. ¿Pero no es esto lo que generalmente hemos hecho, mientras nos esforzamos por la justicia en nuestra experiencia cristiana? Sabemos cómo deberíamos ser, por eso a menudo nos esforzamos en tratar de ser así. En lugar de eso, debemos concentrarnos en la causa de la bondad: la relación. Si mis pecados son el resultado de la separación de Dios, entonces debo concentrar mis esfuerzos en permanecer cerca de Dios, y Él se hará cargo de mis pecados.

OBteniendo la victoria

Nuestra parte en la salvación continua es permanecer en Él. No podemos salvarnos a nosotros mismos (Juan 15:4-5), pero Cristo pelea nuestras batallas por nosotros, y nos da la victoria (1 Corintios 15:57). 2 Pedro 1:4 nos recuerda que la Biblia está llena de promesas, mediante las cuales podemos salir victoriosos. Éstos son sólo algunas:

Efesios 2:8-9: «Porque por gracia sois salvos, mediante la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe» Salvación y fe son ambos regalos. Judas 24 nos recuerda que la santificación también es obra de Dios, y 1 Tesalonicenses 5:23-24 promete que Él nos preservará «irreprendibles».

Juan 16:33: «¡Pero confiad! He vencido al mundo.» Cristo ya obtuvo la victoria y nuestra parte es aceptar su regalo.

2 Pedro 2:9: «... el Señor sabe rescatar a los hombres piadosos de las pruebas [tentaciones]...» ¡Y la manera en que me vuelvo piadoso es estando en estrecho contacto con Aquel que es Piadoso!

Hebreos 13:20-21: «Y el Dios de paz... os haga perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad,

haciendo en vosotros lo que es agradable delante de sus ojos...» Dios mismo nos equipa con lo que necesitamos para obtener la victoria.

2 Corintios 10:4-5: «Las armas de nuestra guerra no son carnales, sino poderosas en Dios, para derribar fortalezas. Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios.»

Promesas, promesas. ¡La Biblia está llena de promesas que nos aseguran que Dios peleará nuestras batallas por nosotros y ganará! Pero nuestras acciones, a menudo, dicen que Él no es lo suficientemente grande para cumplir Sus promesas. Tengo que hacer algo yo mismo. Tengo que contar hasta diez. Tengo que controlar mis pensamientos. Tengo que hacer mi parte. Y el resultado final de tales acciones es invariablemente volver a centrar la atención en mí mismo.

No debemos mirarnos a nosotros mismos, porque cuanto más reflexionemos sobre nuestras propias imperfecciones, menos fuerzas tendremos para superarlas. Cada uno tendrá una lucha reñida para vencer el pecado en su propio corazón. A veces, esta es una obra muy dolorosa y desalentadora, porque a medida que vemos las deformidades de nuestro carácter, seguimos centrándonos

en ellas, cuando en lugar de eso, deberíamos mirar a Jesús y ponernos Su manto de justicia. Todos los que entran por las puertas nacaradas de la Ciudad de Dios, entran como conquistadores, y su mayor conquista será la conquista de sí mismos.

Entonces ¿cuál es la solución? Te invito hoy, amigo mío, a romper con la vida egocéntrica y centrada en el pecado. Aparta la vista de tus problemas y pecados y, en cambio, mira a tu Salvador, el Señor Jesucristo. ¿Te parece una buena noticia?

«'Bueno, está bien», dice alguien, «pero entonces ¿cómo puedo superar todos mis problemas?» Primero, acepta el hecho de que separados de Cristo no puedes hacer nada. Juan 15:5 no dice que separados de Él, puedan hacer el cincuenta por ciento, o el veinte, o incluso el cinco. Se trata de nuestra naturaleza interior en la que todos estamos igualmente indefensos. Separados de Cristo nada podemos hacer. Por otro lado, Filipenses 4:13 nos dice que todo lo podemos en Cristo. Y si esto es cierto, entonces lo único que podemos hacer es ponernos en contacto con Él, y mantenernos en contacto con Él. Y el diablo hará todo lo que pueda para alejarme de Cristo.

Entonces, si quiero dejar de enojarme, no intento controlarlo. Ni siquiera oro demasiado por esto, porque es posible, incluso en mis oraciones, luchar la mala batalla del pecado: «Señor, ayúdame hoy a no hacer esto, y esto, y esto...» Una vez más, el yo. ¡La atención está en mí, y en mis cosas! ¡En cambio, enfoco mi atención en una relación con Él! Y oro: «Señor, ayúdame hoy a darme cuenta de tu presencia y de tu poder. Lo has prometido, y si no puedo tenerte en mi vida, estoy muerto. ¿Podrías entrar y tomar el control de mi vida por hoy?» Y cuando elijo a Cristo, y enfoco mi atención en Él, Él comienza a cuidar mi temperamento por mí. ¡Para deshacerme de cualquier problema en mi vida, debo ponerme en contacto con el Único que tiene el poder de solucionarlo! Pero con demasiada frecuencia, no permitimos que Cristo entre, hasta que estemos agotados de luchar solos contra las fuerzas del mal.

UN CASO DE PRUEBA

Hace varios años, cuando vivía en el área de Sacramento, el teléfono sonaba a las dos de la madrugada. Caminé a trompicones por el pasillo, y una voz de mujer al otro lado de la línea dijo: «Señor, ¿puede ayudarme? ¡Necesito ayuda!»

«¿Qué tipo de ayuda necesitas a esta hora de la noche?», Yo dije. Ella respondió: «Necesito a Dios. Señor, ¿conoce a Dios?»

Ahora, ¿cómo responderías a eso? Desde entonces he pensado en todas las respuestas inadecuadas que podría haber dado. Podría haberle dicho que yo era predicador, que mi padre, mi tío, mi primo, y mi hermano eran todos predicadores; que tenía los folletos subrayados para demostrar que estudiaba fielmente mis lecciones de la escuela sabática, y que siempre lograba elevar mi meta misionera cada año. ¿Pero era esto lo que necesitaba oír? ¡No, ella quería conocer a Dios!

Ahora, acababa de estar desarrollando este concepto en mi propia mente acerca de la promesa de Dios de luchar por nosotros, si tan solo lo buscamos. Pero me preguntaba si realmente era así de simple. Y aquí Dios me dio a esta mujer, Alice, como caso de prueba.

Alicia era una alcohólica de clase alta. Inteligente y educada, vivía en un cómodo apartamento. Pero el alcohol se había apoderado de ella, y su vida parecía desesperada. Finalmente, decidió acabar con todo. Había tomado medio frasco de pastillas para dormir, cuando entró en pánico y llamó al predicador más cercano que pudo encontrar en la

guía telefónica. Ese resulté ser yo. Nunca la había conocido antes, pero fue directo al meollo del problema. Ella dijo: «Necesito conocer a Dios. ¿Puede usted ayudar?» Alice finalmente había llegado al punto de rendirse. Había renunciado a la idea de que podía hacer cualquier cosa, excepto acudir a Dios tal como era. Ella no sabía nada de Él, pero ahora sentía una gran necesidad de Él. Entonces, ella me preguntó: «¿Conoces a Dios?»

Después de una larga pausa, dije: «Creo que lo conozco, y me gustaría conocerlo mejor. Me gustaría ayudarte a encontrarlo también.» Dejo el teléfono a un lado para deshacerse de las pastillas que había tomado. Después de tirarlas por el desagüe, regresó y hablamos durante tres horas sobre conocer a Dios. Le hablé sólo sobre el amor de Dios y el poder de Jesús, y le dije cómo incluso ella (una alcohólica indefensa) podía llegar a conocerlo. Y le aseguré que Él la aceptaría tal como era, y cambiaría su vida por ella.

Al día siguiente, hablamos durante cinco horas más sobre ese único punto: el privilegio de conocer a Dios como un Amigo personal. Finalmente, al final de esas horas, hizo una oración personal, pidiendo a Dios que la

aceptara tal como era, y expresando el deseo de conocerlo mejor.

Ahora bien, según el procedimiento habitual, lo más inteligente hubiera sido sacar todo el alcohol de su alacena. (¡Y esa noche me habría ido a casa con un montón de botellas!) En lugar de eso, decidí dejar que Dios se encargara de eso. Había visto a mucha gente tirar sus cigarrillos, sólo para ir a la tienda un poco más tarde, y comprar un cartón nuevo. Entonces, dejé las botellas donde estaban. Poco a poco, le enseñé cómo mantener su conexión personal y diaria con Cristo. Mientras le enseñábamos a conocer a Dios, día a día, ella resbaló una vez, y se sintió terrible, no por su incapacidad para lidiar con el alcohol, sino porque había decepcionado a Dios. Y mientras Alicia continuaba buscando a Dios, Su poder se demostró en su vida de una manera maravillosa. Debido a su absoluta rendición, su anhelo por beber la abandonó por completo.

¿Por qué fue esto posible? Porque ella había admitido su pecado, y se había rendido a sí misma, y cuando llegó a ese punto, Dios pudo liberarla.

Quizás nuestros problemas no sean tan notorios como los de Alicia, pero el principio sigue siendo el mismo. No

podemos hacer nada nosotros mismos separados de Cristo.

LUCHA CONTRA DIOS

Y, sin embargo, a menudo obstaculizamos su poder para ayudarnos, al interponernos en su camino. Verás, hay dos maneras de luchar contra Dios. Existe la forma atea en la que la persona dice: «Estoy en contra de Dios». De hecho, ni siquiera estoy seguro de que Él exista. Y estoy luchando contra la idea de que Él se preocupa por nosotros, y está activo en nuestro mundo.» Pero la forma más sutil de luchar contra Dios es involucrarse en Su obra, tratar de ocuparse de Sus asuntos, tratar de hacer Su trabajo, tú mismo.

Es como luchar contra un mecánico de automóviles. Puedo luchar contra él, diciendo que no creo en la mecánica de automóviles y negándome a llevarle mi coche. Pero la forma más sutil es ésta: llevo mi coche al taller, y el mecánico abre el capó. Pero mientras lo hace, asomo la cabeza por el otro lado, y digo: «¡Ahora, ten cuidado! Este es un motor muy delicado.» Alzando ligeramente las cejas, empieza a trabajar, pero yo le digo: «No, no toques la correa del ventilador. Acabo de poner una nueva. Y manténgase alejado de esas bujías nuevas. Y mantén tus

sucias manos alejadas de mi carburador, porque también es delicado.» Y seguí acosando al pobre mecánico, hasta que tiró sus herramientas, levantó las manos, y dijo: «Está bien, me rindo. Recoge tu coche, y repáralo tú mismo». Dios sólo puede librarnos asumiendo nuestras batallas por nosotros. Y no podemos recibir Su ayuda, a menos que reconozcamos que no podemos hacer nada con nuestras propias fuerzas. El apóstol Pablo lo dijo así: «Por tanto, de buena gana me gloriaré más en mis debilidades, para que el poder de Cristo repose sobre mí. Por eso... Me deleito en las debilidades, en los insultos, en las penurias, en las persecuciones, en las dificultades. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.» (2 Corintios 12:9-10)

Toda la esencia del mensaje de Cristo era la entrega personal, y a los obstinados fariseos no les gustó ni un poco su mensaje. Dijeron: «No necesitamos a este hombre vivo», porque derribó sus castillos de arena, y socavó su falsa seguridad. Pero los débiles se acercaban a Él, porque amaban estar en su poderosa presencia.

El desafío del evangelio hoy es que enfrentemos el enigma de que debemos debilitarnos, sin importar cuán fuertes seamos. Dios está esperando que nos demos cuenta de que somos pecadores, y no tenemos nada que

ofrecer. Él anhela que acudamos a Él, tal como somos, y confesemos: «Dios, no puedo hacerlo, he podido lograr todo lo demás menos esto. Te necesito. Siempre seré un pecador, y si Tú quieres que viva victoriosamente, tendrás que hacerlo todo por mí.» Sólo entonces, Él podrá intervenir y salvarnos.

Entonces, ¿cuál es la respuesta? ¿Cómo dejamos la mala batalla del pecado, y emprendemos la buena batalla de la fe? Es la vida privada y devocional del individuo. Pasar tiempo a solas cada día, con Dios, en comunicación personal e individual con Él, es la forma en que vivimos en contacto con Él. Si no pasas este tiempo con Él, por muy bueno que seas, eres impotente. Y Cristo no puede ser el centro de tu vida, a menos que te mantengas en contacto con Él, día a día.

Una vez hice un cuestionario anónimo de una sola pregunta, a un grupo de estudiantes de secundaria. "Cuando llegues al Cielo, ¿qué será lo primero que harás?" Mientras leía las distintas respuestas, eran extrañamente similares: "Cuando llegue al Cielo, me gustaría ver quién más llegó allí"; "Me gustaría ver quiénes no llegaron." "Me sorprendería tanto, que no sé qué haría." "Me gustaría montar un León." "Me gustaría ver mi casa." "Me gustaría

empezar a hacer preguntas". Y sigue, y sigue, y sigue. Mi corazón se hundía, hasta que encontré algo que esperaba encontrar: «Cuando llegue al Cielo, lo primero que quiero hacer es arrojarme a los pies de Jesús, y agradecerle por haber hecho posible que yo esté allá». Si Jesucristo no es el centro de tu vida ahora, Él no será el centro de tu vida si llegas al Cielo.

En otra ocasión, entregué a los miembros de mi iglesia una encuesta anónima, tratando de ver si dedicaban algún tiempo a buscar a Jesús. Descubrí que sólo uno de cada cuatro estaba haciendo esto, y eso significaba que el setenta y cinco por ciento de mi congregación estaba tratando de ser lo suficientemente bueno para ser salvo, para vivir una vida moral aparte de Dios.

Les hago un llamamiento: ¡busquen este conocimiento personal de Jesucristo! Te hablo, amigo, sobre todo si eres un caso imposible, sobre todo si lo has intentado todo y ahora estás amargado. Hay algo disponible que aún no has comprendido. Cuando alguien abandona la religión y se convierte en un «mal pecador», a menudo está cerca de una rendición genuina, porque Dios da poder a aquellos que se abandonan a sí mismos. Cuando estás al final de tu

cuerda, estás más cerca de Dios. Todo lo que necesitas hacer es pelear la buena batalla de la fe, buscando a Jesús.

DESPLAZANDO EL PECADO

El principio y premisa del gran tema de la «justificación por la fe», es que cuando Cristo entra en la vida, desplaza nuestros pecados. No los eliminamos. Este concepto ha sido descrito con humor por Robert Service, el poeta laureado de Alaska. Cuenta la historia de un predicador que fue a Alaska como misionero. Una noche se perdió en una tormenta de nieve, y casi muere. Su salvador fue Bill, un réprobo degenerado que fumaba cuarenta cigarrillos al día. Bill arrastró al misionero de regreso a su cabaña, que estaba a varios kilómetros de distancia. La tormenta fue tan fuerte que estuvo nevando durante días, y ellos tratando de mantenerse calientes.

Pasaron los días y las noches. Ellos estaban aburridos. El predicador encontró consuelo leyendo su Biblia, pero lo único que Bill podía hacer era fumar. Un día se le acabaron las páginas de la revista que utilizaba para armar sus cigarrillos. Cuando vio al predicador leyendo su Biblia, tuvo una idea brillante. Él dijo: «Por favor, dame algunas páginas de tu Biblia, para poder armar más cigarrillos. ¡Me estoy volviendo loco! ¡Estoy desesperado!»

El predicador estaba horrorizado. «¡Nunca!», él dijo.

«¡Pero te salvé la vida!»

«¡Nunca!»

Bill rogó y suplicó, pero el predicador se negó a ceder. Pasó otro día, y en medio de la noche, Bill despertó al predicador, quien en su desesperación final había preparado una taza de brebaje mortal, y estaba listo para beberla. «Ya me rindo. ¡Adiós!!

«Espera», dijo el predicador. «Tengo una idea. Te daré páginas de mi Biblia, si prometes leerlas todas antes de fumarla».

Según el poema, Bill fumó desde Génesis hasta Job, pero entonces sucedió algo peculiar. Leía cada vez más, pero fumaba cada vez menos. Finalmente, admitió: «Toma, llévate tu Biblia. Supongo que ya tuve suficiente. Tu periódico produce un humo muy podrido.»

¿Cuál fue el principio básico nuevamente? Si tienes problemas, busca a Cristo en lugar de concentrarte en tus problemas. No peleo la mala batalla del pecado. Renuncio a eso y busco a Cristo en su lugar. Dios ha prometido luchar por nosotros. Él ya obtuvo la victoria, y es nuestra como un regalo si lo aceptamos. ¡Nuestra lucha es buscarlo!

¿A qué renuncio cuando me entrego a Él? Me entrego a mí mismo, y a mi independencia. ¡No es de extrañar que la batalla contra uno mismo sea considerada la batalla más grande jamás librada! Únase a mí en la búsqueda de conocer a Dios, cada día. Mientras los niños traen sus juguetes rotos con lágrimas para que los arreglemos, yo llevé mis sueños rotos a Dios, porque Él era mi Amigo. Pero luego, en lugar de dejarlo en paz para que trabajara solo, me quedé y traté de ayudarlo a través de métodos que eran míos. Al final los recuperé y grité: «¿Cómo puedes ser tan lento?» «Hijo mío», dijo, «¿qué podría hacer? ¡Nunca me los entregaste!»

Querido Padre Celestial, Tú eres fuerte; somos débiles, aunque no nos hayamos dado cuenta. Sabemos que aparte de Ti, no hay esperanza. Perdónanos por pensar que teníamos el poder, y por depender de nosotros mismos. Por favor enséñanos a pelear la batalla de la fe, permitiendo que Tú te hagas cargo de nuestras batallas por nosotros. Y por favor ayúdanos a conocerte como nuestro Amigo de una manera cada vez más profunda, no sólo mañana, sino todos los días, hasta que Jesús venga. Pedimos en Tu nombre...

Amén.

CAPÍTULO 11: EMPEORAR CUANDO LO INTENTAMOS

A veces, he oído a cristianos decir: «¿Qué hay de malo en mi experiencia cristiana? Cuando he tratado de pasar tiempo en la mañana conociendo a Jesús, ¡el resto de mi día ha sido horrible! ¡Me he encontrado con más problemas, cometiendo más pecados que antes de convertirme en cristiano! ¿Por qué no me funciona? ¿No me convertí realmente?»

¿Te suena esto familiar? ¿Lo has encontrado cierto en tu propia experiencia? A menudo, cuando una persona dedica su vida a Cristo, tiene la impresión de que todos sus problemas se solucionarán de una vez por todas. Quizás ha escuchado las historias de éxito de otros cristianos y, por eso, se desanima cuando sus propios fracasos aumentan.

Si bien suena casi increíble decir: «A menudo vivimos peor cuando oramos, que cuando no oramos», muchos han descubierto que esto es una realidad en sus propias vidas. Y el enigma de experimentar una vida peor cuando se ora (en términos de desempeño y comportamiento) ha causado que muchos dejen de buscar una vida más

profunda con Cristo. Debido a que cristianos frustrados me han hecho esta pregunta una y otra vez, creo que es importante entender por qué las cosas no necesariamente mejoran inmediatamente después de venir a Cristo.

Ahora bien, para entender la respuesta a esta pregunta, tendremos que echar un vistazo a la escena más amplia, la controversia entre el bien y el mal, y cuando veamos qué ocurre y por qué está permitido, tal vez comencemos a ver por qué las cosas a menudo empeoran cuando oramos.

LA EXPERIENCIA DE JOB

Un hombre experimentó esta situación en su vida hace miles de años, y un libro completo de la Biblia está dedicado a la historia de su caso.

Parece que un día los ángeles del cielo se reunieron en la presencia del Señor. (Job 1:7) Satanás estaba allí entre ellos, representando a nuestro mundo, y cuando Dios le preguntó dónde había estado, él respondió: «... vagando por la tierra y yendo y viniendo en ella.»»» La implicación fue: «Yo estoy a cargo allí abajo. ¡Todos me siguen!»

Entonces, el Señor le preguntó: «¿Estás seguro de que todos te siguen? Debes haber pasado por alto a mi siervo

Job. Es una persona especial en la tierra, porque lleva una vida recta y sin mancha. Él me respeta y se niega a hacer el mal.»

Pero Satanás respondió: «¡Bueno, tiene buenas razones para servirte! Después de todo, lo has rodeado completamente de protección. Mira a su familia y todas sus posesiones. Todo lo que hace, lo bendices. Y sus rebaños han aumentado sin medida: ¡con razón te adora!»

Entonces, Satanás continuó: «Pero ¿hasta dónde llega realmente su lealtad? Si no sigues bendiciéndolo con todas esas posesiones materiales, ¿te seguirá sirviendo? ¡Si extendieras tu mano y le quitaras todo lo que tiene, te maldeciría en tu cara!»

La discusión siguió y siguió, y finalmente, Satanás dijo: «Mira, dices ser justo y equitativo. ¡Acepta mi desafío, y te demostraré que su amor por Ti es inútil!»

Ahora bien, Dios no tenía que aceptar el desafío del diablo. De hecho, ni siquiera tuvo que permitir que el diablo siguiera viviendo después de haber traído el pecado al universo. Pero el gran plan de redención de Dios siempre nos permite elegir de qué lado vamos a seguir. Y para ayudar a demostrar que Él nunca fuerza ni manipula nuestras decisiones, Dios aceptó el desafío del diablo.

Él respondió: «Que así sea. Puedes tener la libertad de hacer lo que quieras con sus posesiones. La única restricción es que no toques al propio Job.»

Satanás aceptó los términos, e inmediatamente abandonó la presencia del Señor para comenzar su obra malvada. En rápida sucesión, las tragedias cayeron sobre Job. Los sábeos le robaron sus mil yuntas de ganado, y mataron a los sirvientes, el fuego destruyó sus siete mil ovejas, tres grupos de caldeos se llevaron sus tres mil camellos. El peor golpe lo recibió cuando sus diez hijos fueron asesinados durante una celebración en casa de su hermano mayor. De hecho, Job lo perdió todo, excepto a su esposa (¡y sus acciones posteriores pueden explicar por qué Satanás la dejó!). Pero Job no maldijo ni culpó a Dios por los desastres que le sobrevinieron.

Satanás regresó a la siguiente reunión del consejo en el Cielo, y mientras los ángeles ocupaban sus lugares en la presencia de Dios, Dios le preguntó acerca de sus actividades recientes. Satanás respondió: «¡He estado vagando por la tierra, de un extremo al otro, reuniendo cada vez más personas a mi lado!»

Entonces, Dios le recordó acerca de Job. «Bueno, al menos una persona no ha dejado de ser fiel a Mí. Mi siervo

Job sigue siendo irreprochable y recto. Evita todo mal porque me ama. Me incitaste a arruinarlo sin causa, pero su integridad aún permanece inquebrantable. Perdiste el desafío. Su actitud demuestra que Job todavía tiene motivos adecuados para servirme.»

Pero Satanás no estaba dispuesto a admitir la derrota. Inmediatamente, hizo nuevas demandas para probar la justicia de Dios. «¡Piel por piel!», él gritó. «No hay nada que un hombre pueda escatimar para salvarse. ¡Tu prueba no fue justa, porque no me permitiste tocarlo! ¡Si extiendes tu mano y tocas su carne, te maldecirá en tu cara!» Y Dios respondió: «Que así sea, él está en tus manos. Puedes hacer lo que quieras, pero debes perdonarle la vida.»

Entonces, el diablo abandonó la presencia de Dios, e inmediatamente golpeó a Job con llagas de la cabeza a los pies. Job fue obligado a sentarse afuera sobre un montón de cenizas, tratando en vano de deshacerse de sus miserias.

En ese momento, la señora Job comentó: «¿Por qué sigues persistiendo en pensar que Dios va a protegerte? Me parece que te ha abandonado. ¿Todavía vale la pena servirle? ¿Por qué no simplemente lo maldices y mueres? Entonces, todos tus problemas habrán terminado.»

Cuando ella pronunció esas palabras, el diablo probablemente sonrió, porque había logrado que ella culpara a Dios por todas las desgracias y dificultades. Y probablemente comentó a sus compatriotas: «¡Ahora tenemos a su esposa de nuestro lado! Es sólo cuestión de tiempo hasta que tengamos a Job también. ¡El éxito está en camino!»

Sin embargo, cuando terminó la prueba de Job, su integridad permaneció inquebrantable. Se había negado a maldecir o culpar a Dios por sus desgracias. Como resultado, Dios pudo restaurarle las posesiones al doble, sin más preguntas ni desafíos por parte del diablo.

EL GRAN CONFLICTO

Entonces, ¿por qué Dios permitió que el diablo desafiara Su justicia? ¿Por qué permitió que el diablo lo desafiara de esta manera? ¿No tiene Dios suficiente poder para cuidar de su propio pueblo?

Por supuesto, Dios es lo suficientemente grande como para proteger a los suyos, y el diablo sabe que su ataque constante es para ver si aquellos que dicen seguir a Cristo, son discípulos genuinos. «¿Crees que esta persona realmente te ama? ¡No tanto! Él sólo viene porque puede

obtener cosas de Ti. Lo probaré. Sólo dame la oportunidad.»

Y Dios responde: «Adelante. Intenta demostrarlo si puedes.»

Pero ¿por qué Dios está de acuerdo? Como parte de Su gran plan de salvación, Dios ha prometido nunca sobrepasarse, hasta que las cuestiones subyacentes en toda la controversia sean muy claras para todo el universo. Él limita voluntariamente su poder en proporción a las opciones que le da al diablo. En las escenas finales de la historia de este mundo, parecerá que Dios está permitiendo que el mundo se salga completamente de control, al dejar a Satanás a cargo. Pero durante este tiempo, Dios también comenzará a ejercer una mayor libertad, derramando Su poder, Su fuerza y Su Espíritu Santo, uniendo el bien con el mal para impactar un mundo de pecado.

En algún lugar de esta controversia entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás, nos involucramos. ¿Por qué? Porque el principio del mal disputa cada centímetro de terreno por el que avanza el pueblo de Dios, en su viaje hacia la Ciudad Celestial.

«Pero», pregunta alguien, «si la guerra es entre Cristo y Satanás, ¿cómo encajo yo en el cuadro?»

Mi función es adquirir conocimiento del propósito original de Dios para el mundo, del surgimiento de este gran conflicto entre Cristo y Satanás, y de la obra de la redención. Debo entender claramente la naturaleza de los dos principios que luchan por la supremacía. Debo entender cómo esta controversia entra en cada fase de la experiencia humana. Debo darme cuenta de que en cada acto de mi vida revelo uno u otro de estos dos motivos antagónicos. Me guste o no, incluso ahora estoy decidiendo de qué lado de esta controversia estaré.

En otras palabras, el mismo conflicto que asoló la vida de Job, también continúa en la mía. Sin embargo, nosotros, los «laodiceses» (ver Apocalipsis 3:14-17), es posible que no lo hayamos notado, porque el diablo descubre que nuestra «tibieza», nuestra falta de preocupación por tener frío o calor, es bastante aceptable para todo su programa.

Si todavía estás operando en el nivel de la guardería de «Jesús me ama, esto lo sé», y nunca has buscado una comunión más profunda, un encuentro personal, uno a uno, con Dios, entonces probablemente nunca te haya preocupado de que las cosas vayan peor cuando oras. De

hecho, todo este capítulo podría resultarle muy irrelevante en este momento.

Pero si alguna vez decides buscar una relación personal con Dios, una que vaya más allá de una mera formalidad, que sea más que simplemente ir a la iglesia y parecer religioso, entonces prepárate para esta experiencia en tu vida. Y tal vez, si comprendes el panorama general, podrás mantener el valor cuando suceda.

CÓMO FUNCIONA EL PROCESO

«Bueno», dirás, «¿qué sucede exactamente cuando emprendo la buena batalla de la fe, tratando de buscar a Dios para conocerlo como mi Amigo?»

Básicamente, esto es lo que sucede: primero, debes despertar y darte cuenta de que la salvación y la vida cristiana más profunda no se basan en el desempeño ni en lo externo. Se basan únicamente en una relación personal y profunda con Dios. Este avance es el primer paso para dejar de ser un cristiano tibio, cristiano del status quo, y pueden pasar años antes de que se comprenda plenamente en la experiencia.

Después de intentar enseñar este importante concepto a los estudiantes, llegué a la conclusión de que sólo el

Espíritu Santo puede lograr convencer a una persona de su necesidad de conocer a Dios personalmente. El problema es que estamos tremadamente enganchados a esta tendencia a medir nuestra experiencia cristiana, y nuestra salvación, por nuestro desempeño. E incluso después de que empezamos a buscar una vida de relación más profunda, seguimos siendo adictos al hábito de medir nuestro éxito, según nuestro comportamiento.

Ahora, por favor no creas que estoy tratando de acabar con el buen comportamiento. No estoy diciendo que debas salir y hacer exactamente lo que quieras, independientemente de las reglas y regulaciones. El comportamiento es importante, no como causa de nuestra salvación, sino como resultado de conocer a Dios. «¡Pero espera!», alguien se opone. «Si se supone que mi comportamiento mejora cuando conozco a Dios a través de Su Palabra, y a través de la oración, entonces ¿por qué mi comportamiento es peor que nunca cuando pruebo este método? ¡Eso no tiene sentido!»

Nuevamente, estás midiendo tu experiencia cristiana y tu cercanía a Dios por tu desempeño y acciones. Pero el cristianismo se basa en a quién conoces, no en lo que haces. Tu parte en el gran plan de Dios es aprender a

conocerlo mejor, y tu comportamiento se convierte en Su preocupación.

Ahora, después del primer paso de darme cuenta de que debo conocer a Dios personalmente, empiezo a desear esta experiencia más profunda con Él. Todas las demás personas piadosas parecen conocerlo como su Amigo, así que yo también empiezo a buscarlo. ¡Pero luego todo sale mal!

A menudo, el mismo día que sé que Él me escuchó, cuando sé que mis oraciones llegaron más alto que el techo; el mismo día en que encontré una comunicación significativa con Él, y una sensación real de Su presencia, ¡el techo se derrumba!

En este punto, si no entiendo el gran conflicto entre el bien y el mal, si no puedo ver más allá de mi propia crisis inmediata para darme cuenta de por qué lo estoy haciendo peor cuando oro, entonces probablemente diré: «Bueno, ¡Supongo que eso no funcionó! Buscar a Dios ciertamente no hizo nada por mí hoy. ¡Lo hice peor que nunca! Este tiempo devocional para buscar a Dios no puede ser la solución a mis problemas. No funciona, así que mañana por la mañana dormiré hasta tarde.»

A la mañana siguiente me salto mis devocionales, y ¿adivinen qué? Tengo un buen día. Vivo una vida perfecta. No pierdo los estribos. No les grito a los niños. No me impaciento en el trabajo. Sin pecados, sin problemas. Es un buen día. Y, por supuesto, la conclusión obvia es: «Eso lo demuestra. ¡Esta vida más profunda de la que hablan no es realmente importante, porque tuve un día mejor cuando no pasé tiempo con Dios!» Decido que para superar mis problemas debo volver a los viejos métodos, en lugar de la batalla de la fe, y me doy una palmada en la espalda por cualquier éxito aparente, sin saber que el maligno, responsable de ambos días, está aplaudiendo.

Esta experiencia de tener más problemas cuando dejo de luchar contra mis pecados y empiezo a buscar a Dios, puede continuar para siempre para el cristiano pobre que no entiende la situación desde la perspectiva de Dios. Y sólo podrá comprenderlo verdaderamente, cuando se dé cuenta de que la experiencia de Job se repite en su propia vida.

EL PANORAMA

Veamos esta misma situación, desde una perspectiva más amplia. El diablo ve que me estoy sintiendo incómodo con mi status quo religioso, porque el Espíritu Santo

finalmente está llegando a mí, y estoy empezando a darme cuenta de que necesito conocer a Dios personalmente. Entonces, el diablo me ve arrodillándome ante la Palabra abierta de Dios, buscando una relación más profunda con Dios, su enemigo. Así que inmediatamente convoca una reunión del comité de «medios y arbitrios» de sus diablillos, para discutir los mejores métodos para evitar que siga adelante.

Una vez que sus planes están en marcha, agita el puño hacia Dios y dice: «¿Crees que él te ama? ¿Qué tan engañado puedes estar? Él no te busca por amor. Sólo piensa que obtendrá más cosas de Ti: soluciones a sus problemas, y la promesa de una eternidad de riquezas. Ahora mismo te agradece todas sus bendiciones, pero quítalas y dejará de buscarte.» Este es el desafío del diablo, el mismo que se dio en la experiencia de Job, y ahora la controversia es entre Dios y el diablo. Por supuesto, Dios podría fácilmente desterrar al diablo, así como podría haberlo aniquilado desde el principio. Pero Dios ha decidido no hacer eso, aunque tiene el poder. Cada vez que el diablo hace una acusación contra la justicia de Dios, entonces Dios dice: «Está bien, que así sea. Prueba tu punto». Y el diablo dice: «No puedo probarlo, a menos que

me dejes atacarlo». Y para ser justos, Dios dice: «Está bien. Tienes mi permiso.»

Así que, al día siguiente, cuando el diablo me ve buscando a Dios, él y sus diablillos se acercan a mí, con todas sus ametralladoras disparando. Todo va mal. Vivo peor que nunca. Y al final del día, me queda a mí emitir un voto decisivo entre las dos fuerzas contendientes en el universo. ¿Tiene Dios razón al decir que me encanta tener comunión con Él? ¿O tiene razón el diablo al decir que estoy usando a Dios para obtener cosas de Él?

Si no entiendo este conflicto subyacente, entonces diré: «Olvídalo, Dios. ¡Ciertamente no me ayudaste en absoluto hoy! Mira lo que pasó cuando intenté buscar la vida más profunda contigo. Puedes quedártelo» Y entonces doy mi voto del lado del enemigo. Y cuando me ve descuidando el tiempo a solas con Dios, el diablo y sus diablillos hacen una celebración en las regiones donde habitan, y se ríen de los reclamos de amor y justicia de Dios.

Entonces, cuando su comité de «medios y arbitrios» se reúna nuevamente, ¿qué supone que decidirán hacer? No se necesita mucha capacidad cerebral para resolver esto. Ven que, al darme un mal día, he decidido dejar de pasar tiempo a solas con Dios. Si fueras el diablo, ¿qué harías al

día siguiente? El comité analiza la situación y concluye: «¡Ja! ¡Lo hemos logrado! Él no está buscando a Dios esta mañana. Mantengámonos alejados de él. ¡Que tenga un buen día! Luego, cuando todo vaya bien, dirá: ¡Mira! ¡Esto demuestra que vivo una vida mejor cuando no paso tiempo con Dios!»

Y el diablo regresa triunfante a Dios y le dice: «¡Tus afirmaciones son falsas! Él sólo quería obtener cosas de Ti, y cuando descubrió que yo podía hacer más por él que Tú, ¡recurrió a mí! Oh, podría seguir yendo a la iglesia. Incluso podría intentar obedecer Tus leyes con la fuerza de su propia voluntad, ¡pero tú y yo sabemos que ahora realmente está de mi lado! ¡Gané!»

APAGADO OTRA VEZ, ENCENDIDO OTRA VEZ

¿No son éstos el tipo de fuerzas con las que luchamos hoy en nuestro mundo? ¿Sutil? Sí. ¿Eficaz? ¡Muy! Por extraño que parezca, una persona puede continuar este proceso durante semanas y semanas, tal vez incluso años. Quizás hayas descubierto que esto es cierto en tu propia experiencia. Ciertamente pasó en la mía. Pasé años viviendo «de vez en cuando, de nuevo, de nuevo, de nuevo», en términos de búsqueda de Dios, sin siquiera darme cuenta de lo que estaba pasando. ¡Me demostró

que hay un demonio en este universo, porque tuve muchas confrontaciones personales con él! Y durante mucho tiempo estuve enojado con Dios, porque Él permitió que el diablo se apoderara de mí, a pesar de que estaba tratando de desarrollar una relación con Dios. Pero cuanto más miraba toda la escena, más comencé a ver el gran amor de Dios en el proceso.

Cuando finalmente pueda darme cuenta de que «Job 2» está jugando en mi propia vida, cuando me enfrente a pruebas y tentaciones, algo como esto puede suceder: «¿No es interesante? ¿Exactamente por qué estoy buscando a Dios, de todos modos? Si lo amo y disfruto del compañerismo y la comunicación con Él, ¿no debería continuar buscándolo sin importar cómo haya ido el día? Si todo sale mal, eso es irrelevante. Seguiré buscándolo porque me encanta estar con Él.»

Pero cuando llegas a este punto, el diablo interviene con otro truco insinuante. «¡No podrás volver a Dios mañana por la mañana, porque hoy has hecho tantas cosas malas! ¡Dios no puede aceptarte hasta que te deshagas de tus pecados!»

Y a veces, logra hacerme pensar que tengo que volverme más justo, antes de poder volver a Dios, que de

alguna manera debo generar arrepentimiento y desarrollar un motivo adecuado para venir, antes de que Dios pueda escucharme nuevamente.

¿Es así como Dios opera? Déjame preguntarte algo: ¿Cómo puedo deshacerme de mis pecados? ¿Cómo experimento un arrepentimiento genuino?

Esto puede parecer imposible para la persona con mentalidad conductual, pero me gustaría recordarles que no puedo experimentar arrepentimiento ni recibir el poder de Dios para superar mis pecados, si me alejo de Él. Incluso, si hoy he hecho todo mal, debo volver a Él inmediatamente. El conductista diría: «Bueno, será mejor que espere hasta haber acumulado al menos catorce días de buena conducta, para apaciguarlo y demostrarle que lo siento de verdad. Entonces, podré venir a Él, y Él me aceptará.

¡No, esa es una calle sin salida! Siempre lo ha sido, y siempre lo será. No me ayudará mantenerme alejado de Dios, porque mi única esperanza de victoria está en Él. Si he pasado tiempo con Él por la mañana, pero más tarde en el día perdí los estribos, me peleé con mi esposa, le grité a los niños, estallé contra el jefe, perdí mi trabajo, me rendí

y me emborraché, incluso entonces debo regresar inmediatamente para comunicarme con Él.

Y yo digo: «Padre, hoy las cosas han ido realmente mal. Pero vuelvo a Ti, porque necesito conocerte mejor. Realmente quiero conocerte mejor. Quiero aprender a amarte por las razones correctas. Por favor, enséñame cómo continuar en comunión contigo, sin importar lo que suceda en mi vida.»

COMPORTAMIENTO O RELACIÓN

Cuando cambio mi enfoque de mi propio comportamiento, a desarrollar una comunión y una relación personal con Dios, entonces y sólo entonces, me resulta posible continuar buscándolo constantemente. Entonces y sólo entonces, Dios podrá darme la victoria y hacer cosas por mí, que antes no podía hacer. Debo decidir: Voy a buscar a Dios por Él, no por lo que Él pueda hacer por mí, ahora o en el futuro, sino por lo que ya ha logrado por mí, a través de la Cruz. Voy a buscarlo, no para llegar al Cielo, o conseguir la victoria sobre mis pecados, sino porque estoy agradecido por el don de su Hijo.»

EL CONCILIO CELESTIAL REVISADO

No es fácil encontrar el motivo correcto para buscar a Dios. De hecho, tenemos que orar por ello. Necesitamos la ayuda de Dios incluso para esto, porque nuestros motivos iniciales son siempre egoístas. No hay duda al respecto: somos criaturas egoístas. Pero si continúo buscándolo constantemente, en lugar de «una y otra vez», entonces Dios puede ayudarme con esto.

Y si elijo seguirlo, pase lo que pase, la escena cambia cuando Dios y el diablo se reencuentran.

Dios dice: «¿Dónde has estado?»

«Oh, he estado vagando por la tierra, yendo y viniendo de un extremo al otro, y he logrado que aún más personas me sigan. ¡Te han demostrado que estabas equivocado!»

«Espera un momento, todavía tengo seguidores en la Tierra. ¿Has considerado a mi sirviente? Me ha permanecido fiel».

Y Satanás murmura: «Bueno, sí. Pero estoy trabajando en él con todo lo que tengo.»

«Lo sé», dice Dios. «He estado observando. Pero a pesar de todo lo que habéis hecho para ponerlo en mi

contra, él sigue buscando la comunión y la comunicación con el Cielo, ¿no?»

Y justo aquí, el diablo se pone nervioso y comienza a patear el suelo. Dios continúa insistiendo: «Tal vez me ama después de todo. Quizás aprecie lo que ya hizo Mi Hijo Jesús. Tal vez esté respondiendo desde el amor, en lugar de intentar obtener más cosas de Mí. ¿Crees que eso es posible?»

Pero a estas alturas, el diablo ya ha empezado a escabullirse porque no tiene respuesta. Su único pensamiento es llegar lo más lejos que pueda.

¿Qué ha sucedido? He emitido mi voto a favor de Dios. Dios tiene razón, y el diablo huye de la escena como un enemigo derrotado. Esto no significa que nunca lo volveré a ver. Cualquiera que haya estado peleando la buena batalla de la fe, sabe que el diablo se niega a darse por vencido. Volverá a intentarlo de nuevo. Pero mientras siga teniendo comunión con Dios por Su causa, Dios seguirá teniendo el control.

TENER EL MOTIVO CORRECTO

Supongo que todo este conflicto quedaría algo vulgarizado por una ilustración humana, pero lo intentaré

de todos modos. Imagínese esta escena entre mi hijo adolescente y yo. Un día él llega mientras me estoy preparando para emprender un viaje. Él dice: «Parece que hoy te vas de viaje».

Le respondo: «Sí, hijo, así es».

«Bueno, me gustaría ir contigo. ¿Puedo?»

Interiormente estoy muy feliz. En el fondo me preocupa la brecha de comunicación que ha ido creciendo entre nosotros. Me digo a mí mismo: «¡Pues mira eso! Mi hijo quiere acompañarme en mi viaje. ¡Le debe gustar estar conmigo!»

Entonces le digo: «Claro, ven. Me encantaría tenerte conmigo.» Nos subimos al coche, y emprendemos el camino. Después de unos agradables kilómetros, dice: «¿Papá?»

«¿Si hijo?»

«Hay algo que necesito.»

«¿En serio? ¿Qué es?»

«Necesito una motocicleta nueva.»

De repente, toda la imagen se junta en una escena deprimente. No me lo puedo perder, está muy claro.

Quería irse de viaje conmigo para pedirme algo. Ya veo. Yo respondo: «Lo siento, hijo. No podemos conseguirte una motocicleta nueva en este momento. Simplemente no podemos permitírnoslo.»

«¿Por qué no?»

«Porque dije que no tenemos el dinero.»

«¡Pero la necesito!»

Intercambiamos palabras durante un rato, luego comienza el silencio. Se vuelve pesado y dura todo el día. El viaje es muy largo y tenso. Él no mira en mi dirección, él mira por su lado del auto, mientras yo miro por el mío. Finalmente, después de largas y dolorosas horas, volvemos a casa. Se acuesta sin siquiera decir «buenas noches». Yo me acuesto y me quedo despierto, mirando al techo, preguntándome qué pasará entre mi hijo y yo.

Ahora, repitamos esta escena en un escenario ideal.

Mi hijo viene y me dice: «Papá, tengo entendido que hoy te vas de viaje. Me gustaría acompañarte si me dejas.»

«¡Oh maravilloso!» (¡Mi chico me ama!)

Empezamos a bajar por la autovía. Todo es agradable y así sigue siendo. No me pide favores especiales. Vino sólo porque le agrada su padre, y disfruta la oportunidad de

tener compañerismo con él. ¡La comunicación entre nosotros es tremenda! Hablamos de todo: sus alegrías, sus tristezas, las cosas que le suceden. Comparto algunos de mis problemas con él, y nos comunicamos todo el día. El tiempo pasa demasiado rápido, pronto terminará.

Cuando regresamos a casa, me dice: «Gracias papá por dejarme ir contigo. Ha sido maravilloso. ¡Tuve un gran tiempo!»

Luego, él se va a la cama, y yo entro a la sala familiar donde está sentada mi esposa. Le digo: «Cariño, no lo puedo creer. Fue tremendo. Nos lo pasamos muy bien hoy, simplemente hablamos y compartimos todo el día.» Hago una pausa por un momento, y luego me pregunto en voz alta: «¿Crees que a nuestro hijo le vendría bien una motocicleta nueva?» ¡Y de repente tengo dinero que no sabía que tenía!

LA EMOCIÓN DE LA COMUNICACIÓN

Ahora bien, no quiero forzar esta ilustración a "ponerse a cuatro patas", porque nos encontraríamos con el problema del antropomorfismo: arrastrar a Dios hacia abajo a nuestro nivel, y convertirlo en el tipo de Dios a quien le duelen los sentimientos.

Y, sin embargo, si el Dios de amor que nos creó puede comprender la emoción de estar con alguien que se comunica con Él, simplemente por el gozo de aprender a conocerlo, en lugar de venir sólo para conseguir cosas, incluso el Cielo o soluciones a los problemas, entonces quizás podamos entender por qué seguiremos haciéndolo peor cuando oramos, hasta que nos demos cuenta del motivo correcto para buscar a Dios. Y Dios puede darnos ese motivo sólo cuando acudimos a Él.

Necesito el motivo correcto para buscar a Dios, y quiero orar por el motivo correcto, para que, independientemente de lo que suceda en el futuro, continúe buscándolo debido a Su gran manifestación de amor en la Cruz. ¿No te unirás a mí en la búsqueda de Dios, debido a la gratitud por Su regalo de Jesús?

Querido Padre Celestial, gracias por Tu gran corazón de amor, y por enviar a Jesús para demostrárnoslo. Oramos para que purifiques y transformes nuestros motivos podridos. Muchas veces hemos medido nuestra salvación observando nuestro propio comportamiento y las circunstancias que nos rodean. Líbranos de esa trampa, te lo pedimos.

Por favor, perdónanos por esta comunicación intermitente contigo, y enséñanos a conocerte como nuestro Amigo personal. Ayúdanos a seguir viniendo día a día, pase lo que pase. Ayúdanos a dedicar el tiempo que necesitemos para conocerte personalmente. Oramos en el nombre de Jesús...

Amén.

CAPÍTULO 12: LA FE DE JESÚS

Jesús enseñó, que el poder para vivir la vida cristiana es un don, tanto como lo es el perdón. Tanto la justificación como la santificación se logran por la fe en Jesucristo. A veces usamos la frase «justificación por la fe», pero eso no es realmente exacto. Debería ser «justificación por la fe en Jesús». La fe siempre necesita un objeto, nunca es una entidad en sí misma. Entonces, la justificación es solo por la fe en Jesucristo, y la santificación es solo por la fe en Jesucristo.

Echemos un vistazo más de cerca a lo que significa tener la fe de Jesús. En Apocalipsis 14:12, vislumbramos a las últimas personas justo antes de que venga Jesús. Se les describe como aquellos que «guardan los mandamientos de Dios», y tienen «la fe de Jesús».

Algunos dicen que es imposible obedecer perfectamente los mandamientos de Dios. Dicen que podemos obedecer, pero no perfectamente. ¿Pero no es eso como decir que una mujer está «un poquito embarazada»? Me parece que, o guardas los mandamientos de Dios, o no los guardas. No existe tal cosa como obedecer imperfectamente. Es todo o nada. Si tu hijo

dijera: «Te dije la verdad. Te lo dije de forma imperfecta», todavía te quedaría un asunto que resolver. U obedeces, o no. La única manera en que alguien puede guardar los mandamientos de Dios es teniendo el mismo tipo de fe que tuvo Jesús. ¿Y cuál fue la fe de Jesús? Era fe (o confianza, o dependencia) en otro, para obtener poder, en lugar de en Su propia fuerza. Esta fue una de las cosas más difíciles que Jesús tuvo que hacer, porque Él tenía el poder, ¡poder que tú y yo nunca tendremos! Nació con él. Era Dios además de hombre, y fue tentado toda su vida a usar ese poder. Pero nunca lo hizo. Más bien, Su vida es un ejemplo de vivir dependiendo del poder que viene del Padre.

¿Y cómo recibió Jesús ese poder? Por comunión personal con Dios, a través del estudio de la Biblia y la oración. Y ese mismo poder está disponible para ti y para mí hoy, si lo buscamos de la misma manera. Así que, la próxima vez que escuches a alguien decir que no podemos obedecer, lee 2 Corintios 10:4-5: «Las armas con las que luchamos no son armas de este mundo. Al contrario, tienen poder divino para derribar fortalezas... llevando cautivo todo pensamiento para hacerlo obediente a Cristo». Y Hebreos 13:20-21: «Y el Dios de paz... os haga perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad, obrando en vosotros lo que es agradable delante de él» Hay demasiada

evidencia bíblica de que Dios puede darnos el poder de obedecer, el poder de vencer, para que sigamos afirmando que es imposible.

OBEDIENCIA DESDE EL CORAZÓN

Eso lleva a la siguiente pregunta. ¿Cómo? Aquí es donde llegamos al meollo de la cuestión.

Toda verdadera obediencia proviene del corazón. Trabaja de adentro hacia afuera (ver Mateo 12:33-35). Ahora bien, si eso es así, entonces cualquier obediencia que no venga del corazón debe ser obediencia falsa, ¿verdad? La mera obediencia externa, en la que me obligo a obedecer, es siempre una falsificación de lo real.

La obediencia de Cristo vino del corazón. Y si se lo permitimos, Él llegará a ser una parte tan importante de nuestros pensamientos y objetivos, tan mezclado con nuestros corazones y mentes, que cuando obedezcamos Su voluntad, en realidad estaremos llevando a cabo nuestros propios impulsos.

¡Obediencia impulsiva! ¿No suena genial? ¿Qué tan difícil sería la obediencia, si simplemente obedeciéramos impulsivamente? El Salmo 40:8 lo expresa de esta manera: «Deseo hacer tu voluntad, oh, Dios mío; Tu ley está en mi

corazón» Cuando conocemos a Dios como es nuestro privilegio conocerlo, nuestra vida será una vida de continua obediencia. A través de una apreciación del carácter de Cristo, a través de la comunió n con Dios, el pecado llegará a ser aborrecible para nosotros.

Si odias es el pecado tanto como Jesús (ver Hebreos 1:9); si tu mayor deleite fuese hacer Su voluntad; Si al obedecerlo no hicieras más que seguir tus propios impulsos, ¿sería difícil hacer lo correcto? ¿Sería difícil obedecer? ¡Sería difícil no hacerlo!

Bueno, eso ciertamente sostiene el blanco, el objetivo, y nos permite saber a qué estamos apuntando. Pero ¿qué pasa con esos momentos en los que no sucede?

ALGUNAS PREGUNTAS SINCERAS

En mis archivos tengo una carta que alguien me envió hace unos años. En su andrajoso papel azul, están escritas algunas preguntas muy pertinentes:

» ¡Ayuda! Tengo algunas preguntas que pensé que fueron respondidas hace un par de años, tan elementales que dudé en hacerlas. Por favor, pase por alto mis ideas de bebé cristiana, y dígame qué ha descubierto, ya que ha estado en la ruta más tiempo que yo. Este asunto de la

voluntad: ¿Hasta dónde lo llevamos? ¿Darle a Dios nuestra voluntad es todo lo que tenemos que hacer? Para aclarar, aquí hay un ejemplo. Y eso es todo. No es el problema, pero los principios podrían aplicarse. ¿Cómo se puede combatir el apetito? ¿Le dices simplemente a Dios que no puedes controlarlo, le pides que haga su voluntad y luego dejas que Dios te haga no querer comer? Mientras tanto, cuando tenga hambre, ¿debería tomar pastillas para adelgazar para ayudar a Dios? ¿Mantenerse ocupado todo el día para mantenerse alejado de la comida? ¿Salir corriendo de la cocina para no quedar expuesto a la tentación? O simplemente decir: 'Dios, puedes hacer lo que quieras con mi voluntad, incluso controlar mi apetito. Yo no puedo. Los resultados dependen de ti.' ¿Y luego, literalmente, sentarse y comer mientras esperas que Dios cambie tu voluntad y tus acciones? ¿Esperar que Dios te lleve al lugar donde no quieras comer, porque sabes que va en contra de la voluntad de Dios?»

(La analogía es un poco extraña aquí, porque la última vez que escuché, ¡Dios todavía estaba a favor de comer!)

«No quiero lastimar a Dios, pero aun así quiero comer porque la comida sabe bien. ¿Debería seguir adelante y comer, mientras espero que Dios me quite el deseo, o

ejercitar mi fuerza de voluntad y tratar de no hacerlo? ¿Cuál es la relación entre la voluntad y la fuerza de voluntad? Cuando le pido a Dios que lave mis pecados y me dé un corazón nuevo, ¿debo creer que lo hace porque lo ha prometido? ¿Debo simplemente esperar a que Él lo haga todo, sin importar cuánto tiempo tome, y adoptar una filosofía de «no te preocupes, simplemente ríndete»? ¿Quitar la comida o el apetito? ¿Y responderá a las oraciones por otras cosas, mientras continúa la complacencia del apetito? He leído muchas respuestas y promesas. He experimentado las soluciones para muchos, pero esta vez estoy desconcertada. Tal vez estoy impaciente, o estoy buscando una salida fácil, pero creo que estoy siendo honesta con Dios y conmigo misma. ¿Cuán literales son las instrucciones y promesas? Estoy ansiosa por recibir su respuesta, porque los problemas persisten.»

¡Guau! ¿Cómo responderías a una carta como esa? Ya había conocido a la escritora antes, una joven brillante que era esposa de un ministro. Ella era teóloga por derecho propio. Estudió teología, griego, hebreo, y todo el resto de esos temas profundos. ¡Y ella esperaba ansiosamente mi respuesta!

Bueno, le di mi respuesta en persona, y ahora te la daré a ti también. Aquí está en la forma más breve posible.

ENFOQUE EN LA RELACIÓN

Si entras en una relación personal con el Señor Jesús, y continúas en esa relación desde ahora hasta que Él venga, Él hará el resto. Esa es la respuesta simple. Pablo se refiere a esto en Filipenses 1:6 cuando dice: «...El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús».

Si el manto es tan gratuito como la invitación (ver Mateo 22), y si todo lo que podemos hacer es unirnos a Cristo y permanecer con Cristo, entonces la respuesta es muy simple. Debemos mantener una relación diaria, significativa, y vital con Jesús. La suma y sustancia de la gracia y la experiencia cristianas, es poner nuestra completa confianza en Él, en un conocimiento creciente de Dios y de su Hijo a quien él ha enviado (ver Juan 17:3).

Ahora bien, esto suena bastante simple, ¡pero es precisamente lo que la mayoría de los cristianos descuidan! Parecen pensar que está reservado para viejecitas con cabello blanco y artritis, que están estudiando para sus exámenes finales. «Eso no es para nosotros», dicen. «Es

demasiado místico. Tenemos que trabajar para hacer lo correcto, esforzarnos por ser buenos. ¡Esforzarnos mucho para lograrlo!»

Y ese es el verdadero secreto de nuestra derrota. La mayoría de los que hemos seguido ese camino estamos muy familiarizados con los nudos que tenemos en la cabeza. Estamos magullados, golpeados y quebrantados, ¡todo porque persistimos en hacer todo, menos lo que Jesús nos invita a hacer! «Venid a mí todos los que estáis trabajados y agobiados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28) Debemos venir a Él, quedarnos con Él, y aceptar el descanso y la victoria que Él espera darnos.

Ahora, sé que esto no siempre es fácil. Sé lo que es leer mi Biblia por la mañana, mirar el reloj cada pocos minutos para ver si ya ha llegado mi hora. Y sé lo que es leer sobre la vida de Jesús, y seguir avanzando para ver cuántas páginas más quedan en el capítulo. Si crees que eres el único que tiene esos complejos, ¡piénsalo de nuevo!

Pero cuando te atascabas en tus estudios en la escuela, no dejabas la escuela porque fuera un trabajo duro, ¿verdad? Cuando estudié acerca del gobierno de Estados Unidos en la escuela, me aburría muchísimo. ¡Preferiría haber leído la guía telefónica! ¿Pero dejé la escuela porque

no me gustaba la clase? No, me quedé con eso, porque tenía en mente un objetivo a largo plazo que tenía que ver con mi futuro profesional.

Y cuando nos damos cuenta de que Jesús está llamando a la puerta de nuestro corazón, ¿no deberíamos darle al menos el mismo tiempo que una clase en la escuela, especialmente cuando nos enfrentamos a la eternidad?

OTRA CARTA

Ahora bien, algunos de nosotros parecemos haber hablado de la vida devocional lo suficiente, como para poner nerviosa a la gente. Dicen: «Espera un minuto. Ése es sólo otro sistema de obras. No juegues ese juego con nosotros. ¡Nos estás dando simplemente algo más que tenemos que hacer!»

¡Y eso me molestó! Un día estaba preocupado por esto, cuando recibí otra carta. En ella, el escritor comparó esta reacción con una actitud que podría haber prevalecido en los días de Noé:

Mi querido amigo Noé. Hace algún tiempo que siento que debería escribirte con respecto a algunas de las cosas que has estado predicando últimamente. Por favor,

comprende que te apoyo personalmente, y creo que eres sincero. Pero hay varios puntos que quizás deberías aclarar. Estoy bastante seguro de que realmente no crees lo que pareces estar diciendo.

En primer lugar, permítanme felicitarlos por su mensaje de que se avecina un diluvio. Sabes, por supuesto, que creo esto tanto como tú. De hecho, se avecina un diluvio, y el mundo debe estar advertido. Sé que el Señor te ha dado un mensaje especial sobre este asunto, y lo has predicado muchas veces.

Además, permítanme unirme a ustedes en su preocupación de que la gente entienda que deben acudir al Señor para su liberación. Sólo a través de Su obra a nuestro favor podremos salvarnos del diluvio. Debemos acudir totalmente a Él, para nuestra salvación. No tenemos méritos propios que puedan recomendarnos a Su favor, y nuestra seguridad debe estar siempre en Sus méritos. Quizás necesites enfatizar más esto. Sé que lo crees.

Pero esto de un arca [vida devocional]. Muchos sienten que has pasado demasiado tiempo hablando de ello. Me temo que tengo que estar de acuerdo con ellos, aunque no cuestiono ni por un momento su sinceridad al hacerlo. ¿No ves que esto huele a legalismo? Es, si me perdonan,

un enfoque extremadamente subjetivo del problema del diluvio. Nuestra salvación no puede depender de ninguna manera de nada de lo que hagamos. Me temo que muchas personas consideran entrar al arca como un viaje de trabajo más. Nunca debemos hacer, ni siquiera parecer que hacemos, nada de lo que hacemos, como base o condición para nuestra salvación del diluvio.

Le insto a que reconsidere cuidadosamente su posición. Si, por alguna remota casualidad, tienes razón acerca de esta arca, entonces seamos realistas, Noé, estás adelantado a tu tiempo. Si existe la posibilidad de que antes de que termine el diluvio este asunto del arca se vuelva relevante, entonces al menos espera hasta que llueva lo suficiente para que la gente pueda comenzar a juzgar con precisión y justicia por sí mismos, si Dios espera que nadén, remen, o entrar en alguna arca. Y luego, si es necesario, puedes venir hacia nosotros con esta cosa del arca. Hasta entonces, ¡no alborotes!

Sinceramente, Ana. T. Diluvio

Me doy cuenta de que tu vida personal, privada con Dios, tu experiencia devocional día a día, puede convertirse en tu propio viaje de obras. (Se necesita un ladrón para conocer a un ladrón). Pero hay una cosa que no hago

cuando se convierte en un viaje de trabajo, ¡no lo desecho! Me arrodillo y le pido a Dios que me ayude con el problema. Comparo notas con otros cristianos que están luchando para descubrir qué les ha ayudado. Sigo buscando a Dios, porque hay una cosa que Dios no puede hacer por nosotros. Dios tiene un respeto sagrado por nuestro poder de elección, por lo que no puede, ni jamás buscará buscarse a sí mismo por nosotros. Él es quien dijo: «Me buscaréis y me encontrareis, cuando me busquéis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13). Dios nos invita a consentir su participación en nuestras vidas, abriendo la puerta de nuestro corazón a una relación con Él, día a día. Nos invita a dedicar tiempo a conocerlo.

CUANDO CAEMOS Y FALLAMOS

Entonces, ¿qué pasa después? ¿Cómo va todo esto junto? Ya hemos descubierto que sólo existe una obediencia verdadera, y es la que funciona de adentro hacia afuera. Esta obediencia es espontánea e impulsiva. Es la obediencia lo que nos deleita, no algo que sea una carga pesada sobre nuestros hombros. Y 1 Juan 3:6 nos dice: «Nadie que vive en Él, sigue pecando». En otras palabras, mientras vivamos en relación con Él, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros.

«Bueno», dices, «eso suena bien, pero no suena real». La mayoría de nosotros somos dolorosamente conscientes de que no permanecemos en Él, todo el tiempo, pero seguimos cayendo, fallando, y pecando. ¿Es esto normal para el curso? ¿Qué pasa con el período de tiempo en el que crecemos hacia una permanencia constante en Cristo?

¡Estoy agradecido de que 1 Juan 2:1 tenga dos partes! «Mis queridos hijos, os escribo esto para que no pequéis...» Así es posible. No me digas que Dios sólo está jugando con nosotros.» ... Pero si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo.» Ahí tienes el poder para obedecer, y el perdón cuando fallamos. Tanto la obra de Dios en nosotros, como la obra de Dios para nosotros, están en ese versículo.

Una mujer fue arrastrada delante de Jesús para ser apedreada (Juan 8:2-11). Él respondió «No te condeno». Ahí tienes la justificación. Luego, añadió: «Ve y no peques más». Ahí tienes la santificación. El equilibrio está ahí, ambos están incluidos.

La Biblia está llena de personas que muchas veces tuvieron que postrarse y llorar a los pies de Jesús. Es bastante obvio que experimentaron esta permanencia intermitente, al igual que el resto de nosotros. Dependían

del poder de Dios en un momento, pero al siguiente, del suyo propio.

Marta, ante la misma presencia de la muerte, dice: «Señor... Sé que incluso ahora Dios te dará todo lo que pidas». Sin embargo, unos minutos más tarde, ella protesta: «¡No quiten la piedra! ¡Habrá un hedor si abres la tumba!» (Juan 11:21 y 39) Primero muestra fe, luego falta de fe. Pedro, en un momento camina sobre el agua, y al siguiente se hunde. (Mateo 14:29-31). Un minuto está diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo», y recibiendo la bendición de Cristo. Luego, habla tontamente y Jesús lo reprende: «¡Fuera de mi vista, Satanás! Eres una piedra de tropiezo para Mí...» (Mateo 16:16 y 23).

Moisés es un hombre poderoso de Dios que saca a dos millones de esclavos de Egipto. Pero luego se impacienta, y en lugar de hablarle a la roca (un símbolo de Cristo) para que haga brotar agua, como Dios le dijo, toma un palo, y lo golpea. (Números 20:8-11)

Josué rodea la poderosa fortaleza de Jericó, y los muros se desmoronan. Sin embargo, en la siguiente batalla, contra la pequeña aldea de Hai, sus fuerzas son brutalmente derrotadas. (Josué 6:20; 7:3-5)

Elías, un hombre de Dios contra cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, hace descender fuego del cielo, y el pueblo vuelve a reconocer al Señor. Sin embargo, un poco más tarde, cuando ora para que llueva, ¡no sucede nada! Vuelve a orar, y no pasa nada. Y una y otra vez, y otra vez. Aun así, no pasa nada. No fue hasta que oró por séptima vez que llegaron las lluvias. Se había emborrachado tanto de poder, que pensó que todo lo que tenía que hacer era chasquear los dedos, y llegaría la lluvia. Había caído en la dependencia de sí mismo. No fue hasta que llegó al final de sus propios recursos, que Dios pudo responder su oración. (1 Reyes 18:36-44)

Y la lista continúa. Los intermitentes parecen ser parte del curso de los cristianos en crecimiento. Es parte del proceso de aprender a depender cada vez más del poder de Dios en nuestras vidas, y cada vez menos de nuestros propios recursos.

ALCANZANDO LA PERFECCIÓN

Pero tendemos a ser impacientes. Con demasiada frecuencia escuchamos al enemigo, que nos dice: «¡Mira tu comportamiento! ¿Cómo puedes considerarte cristiano?» Y empezamos a centrarnos en nosotros mismos, y en nuestros problemas. Nos desanimamos en nuestra

relación, dejamos de buscar a Dios, y volvemos a caer en los viejos patrones con los que estamos tan familiarizados.

Es por eso por lo que continuamente necesitamos que nos recuerden lo básico. Si trazamos un círculo alrededor de nuestra relación diaria y continua con Jesús, entonces Él llevará adelante la obra que ha comenzado. «Pero», dice alguien, «¿cuánto tiempo llevará todo esto? ¿Seré alguna vez perfecto?» Escucha amigo, ese es departamento de Dios, no nuestro. Cualquier grado de perfección al que Él necesite llevarnos, es de Su incumbencia. No te quedes estancado en esta discusión sobre «Qué tan perfecto es perfecto». De hecho, la perfección es un tema muy poco rentable, porque tan pronto como empiezas a dedicar tiempo a la perfección, ¡tu atención se centra en ti mismo! Recuerda, la bata es tanto un regalo, como la invitación. Debemos continuar creciendo a la imagen de Jesús, buscándolo diariamente, y dejándolo hacer Su obra, ¡y confiar en que Él se encargará de la perfección!

«Bueno, entonces», dices, «¿llegará algún día en que sepa que Él me ha 'perfeccionado'? ¿Y alguien ha llegado alguna vez a este punto?» Esa es una pregunta común. ¿Quién lo ha hecho? Cuando hablamos del objetivo que Dios tiene pensado para nosotros, seguro que alguien

preguntará: «Bueno, ¿quién lo ha logrado?» Y yo respondo: «Enoc, Elías, y Moisés. Más allá de eso, ¡no es asunto tuyo!»

No, no estoy tratando sólo de ser inteligente. No es asunto tuyo. Cada vez que escuchas a alguien hablar de sus «victorias», o de que «ya no peca», entonces sabes que algo anda mal, ¡porque cuanto más nos acercamos a Jesús, menos publicitamos nuestros logros! Así que ten cuidado si alguna vez te sientes tentado a anunciar tus éxitos y victorias, o si estás escuchando a alguien que anuncia los suyos.

Nunca olvides que no somos nosotros quienes alcanzamos la madurez cristiana, ¡es Dios obrando en nosotros! Cualquiera que ande diciendo: «¡Lo he conseguido, sé que lo he superado!» pronto se verá vencido por el enemigo.

Es un principio espiritual básico, que cuanto más se acerque una persona a Jesús, más pequeño se verá a sí mismo ante sus propios ojos. Cuando veas a Jesús por primera vez, a lo lejos, puede que te parezca bastante pequeño, de tu tamaño, o tal vez incluso más pequeño. Pero a medida que te acercas más y más, llega el momento en que te das cuenta de que no eres más que un guijarro

al lado de una montaña, y pides ayuda a gritos en tu gran necesidad.

Por lo tanto, no esperes un momento en el que tú (o cualquier otra persona) pueda anunciar que ha alcanzado algo. Sólo podemos unirnos al recaudador de impuestos en el templo (Lucas 18:13-14), e inclinar la cabeza y decir: «Dios, ten misericordia de mí, pecador».

Y, como Jesús señaló cuando contó esta historia, «este hombre... volvió a su casa justificado delante de Dios».

CAPÍTULO 13: CÓMO MANEJAR LA TENTACIÓN

Con frecuencia he escuchado a cristianos frustrados admitir: «Entiendo que, si centro mis esfuerzos en continuar mi relación con Cristo, Él se hará cargo de mis pecados. Me doy cuenta de que se supone que no debo luchar contra mis propios problemas y, en teoría, si me entrego a Cristo, no pecaré. Pero en mi experiencia no ha funcionado así. Me encuentro pecando incluso después de haber pasado tiempo a solas con Él. ¿Tengo que esperar hasta tener noventa años antes de poder tener la victoria en mi vida? ¿Qué se supone que debo hacer hasta entonces?»

Preguntas prácticas. Y aunque algunos podrían pensar que esta preocupación por la santificación se limita sólo a los adolescentes y jóvenes, he conocido a varias abuelitas bondadosas de pelo blanco, y otras personas mayores que también han confesado este problema en sus vidas.

Si pudiéramos descubrir cómo manejar las tentaciones a la manera de Dios, y si pudiéramos aprender a explicar cada faceta de este tema para que pueda entenderse

claramente, entonces tendríamos la respuesta a una de las preguntas más apremiantes que se hacen los cristianos. El poco conocimiento que tenemos sobre este tema parece haber sido descubierto por casualidad y, lamentablemente, muchos no pueden transmitir a otros las razones del éxito según su propia experiencia.

¿Cuál es nuestra parte al tratar de manejar los pecados, los problemas, y las tentaciones que surgen en el curso de la vida diaria? ¿Cuánto esfuerzo requiere Dios de nosotros, antes de que podamos obtener la victoria sobre las tentaciones?

Primero, me gustaría recordarles que, si tratamos de manejar nuestros pecados y tentaciones apartados de Dios, no lo lograremos. Cualquiera que intente ocuparse de estas cosas mediante sus propias técnicas, métodos, y trucos, perderá la batalla. También me gustaría sugerir, que el método de cada persona para manejar las tentaciones, antes de comprender nuestro papel apropiado en la vida cristiana, probablemente haya sido influenciado por la cantidad de fuerza de voluntad que tiene (o la cantidad que le falta). Esta cuestión de «cómo manejar las tentaciones» es una combinación de todas las facetas de la

justicia por la fe, únicamente en Cristo. Es la aplicación personal de la teoría en la crisis individual.

NUESTRO GRAN SUMO SACERDOTE

Al comenzar a estudiar este tema, me gustaría enfatizar que el pecado no se limita al área de la conducta (hacer cosas malas). Según Romanos 14:23, «... todo lo que no procede de la fe es pecado.» Por lo tanto, el pecado más grande, que causa todos los demás pecados (y es el principal problema de la tentación), es hacer cualquier cosa que hagamos, bien o mal, ¡fuera de una relación de fe con Cristo! Cuando vivimos separados de la dependencia de Él, entonces los pecados, el hacer cosas malas, automáticamente siguen como resultado. Mi problema puede parecer que es cometer pecados, pero mi verdadero problema se remonta a la cuestión principal de la dependencia de Dios, ya sea que esté viviendo una vida de fe, o confiando en mis propias fuerzas.

Por eso, el diablo hace todo lo que puede para cortar nuestra conexión con Cristo. Él sabe que esta relación es la suma y el total de la vida cristiana. Él nos tienta a través de nuestras debilidades, nuestros problemas, y nuestros fracasos pasados, y una vez que desvía nuestra atención

de Cristo, puede acabar con nosotros con una de sus grandes armas.

La Biblia nos anima a lograr una victoria genuina, porque se nos dice que Jesús comprende nuestros problemas y luchas. Hebreos 4:14-16 dice: «Por tanto, teniendo un gran Sumo Sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos firmemente la fe que profesamos. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que tenemos Uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para recibir misericordia, y encontrar gracia que nos ayude en el momento de necesidad».

Este pasaje nos dice que tenemos un gran Sumo Sacerdote en el Cielo, una persona real y viva en forma humana. ¿Qué está haciendo? Está recordando cómo era vivir en nuestro mundo de pecado, y sabe «simpatizar con nuestras debilidades», porque cuando estuvo aquí en la tierra, fue tentado de la misma manera que lo somos nosotros hoy.

No, no tuvo la tentación de comerse un cono de helado de tres pisos en Baskin Robbins, cinco veces por

semana, y no tuvo la tentación de pasar horas viendo misterios de asesinatos en el «Late, Late Show». Cuando la Biblia dice que fue tentado «en todo», no se refiere a los detalles de nuestras tentaciones. Los autos deportivos de hoy eran carros en sus días. Los clips de MTV de hoy, fueron las tiras cómicas de mi época. A lo largo de los siglos, parece haber habido una evolución constante en términos de pecados, tentaciones, y las cosas que claman por nuestra atención, pero el principio básico detrás de todos los pecados y tentaciones sigue siendo el mismo.

La persona que intenta determinar cómo Jesús pudo haber sido tentado en todas las pequeñas cosas que enfrentamos hoy, está yendo demasiado lejos. Pero podemos estar seguros de que Cristo fue tentado en todo grado (y probablemente incluso más) de lo que nosotros seremos jamás, sin embargo, Él no pecó. Y dado que Jesús es nuestro gran ejemplo de cómo vivir, ¿no sería útil saber cómo venció las tentaciones?

JESÚS Y LA TENTACIÓN

¿Cómo trató Cristo este asunto? Estuvo en el Huerto de Getsemaní, justo antes de Su arresto y juicio. Se suponía que sus discípulos debían hacerle compañía, pero se estaban adormeciendo, y luchaban por mantenerse

despiertos (Lucas 22:40 y 46). Y Jesús les dijo: 'Ora para que no caigas en tentación.' ¿Captaste la secuencia? Ora ahora, antes de que llegue la tentación.

Mateo 26:41 describe la misma escena con una redacción ligeramente diferente. «Velad y orad, para que no caigáis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil.» Al leer esto, algunas personas podrían decir: «¡Ese es el secreto! ¡Se supone que debo estar atento a la tentación, y a la primera señal de problema, oraré y obtendré la victoria!»

No, eso no es lo que significa este texto. La secuencia es orar antes de que aparezca la tentación. ¿No es eso lo que Jesús está diciendo? «Velad y orad», ahora, «para que no caigáis en tentación», más tarde. «Acercaos con confianza al trono de la gracia», ahora, «para que recibamos misericordia y encontremos gracia que nos ayude en el momento de necesidad», luego. ¿No tiene eso sentido?

A menudo hemos sido derrotados en nuestros intentos de vivir la vida cristiana, porque en una crisis tratamos de recurrir a un poder de reserva que no tenemos. Olvidamos que no podemos emitir un cheque, a menos que tengamos dinero en el banco para cubrirlo. Y cuando firmamos un

cheque sin tener una reserva en el banco, ¡rebota! ¿Puedo sugerirte que las victorias genuinas sobre las tentaciones siempre se obtienen mucho antes de que lleguen las tentaciones? Si confías para la victoria únicamente en algo que haces en el momento, cuando lleguen las tentaciones, fracasarás.

En 2 Pedro 2:9, Pablo enfatizó la necesidad de tener poder antes de que llegue la tentación, cuando dijo: «... el Señor sabe librarte de la tentación a los piadosos...» Nota que tienes que estar entre los piadosos antes que puedas ser liberado. Y recuerda, ser piadoso es más que ser miembro de la iglesia. Judas era miembro de la iglesia, ¡incluso era tesorero de la iglesia! ¡Ananías y Safira (Hechos 5:1-11) también eran miembros de la iglesia! Ser piadoso incluye algo mucho más que la moralidad externa cuando otros miran. Va más allá de pagar el diezmo, ser reformadores pro-salud acérrimos, o dar tus propiedades a la iglesia. ¡Algunas de las mejores personas del mundo en términos de comportamiento moral, líderes de la iglesia, de hecho, fueron los mismos que pusieron a Jesús en la cruz! Ser piadoso es imposible, sin conocer a Dios y ser partícipe de Su piedad.

Entonces, ¿sería seguro decir que el Señor no puede librarnos de los impíos de la tentación? ¿Por qué? Cuando la gente dice que Dios puede hacer cualquier cosa, olvidan que nos ha dado libertad de elección. Dios no puede cambiar mi vida, a menos que se lo pida. Debido a la controversia universal entre el bien y el mal, Él voluntariamente se ha limitado a la hora de cambiar mi vida. La naturaleza de Su reino no es la fuerza, Él nunca nos acosa. Debemos elegir quedar bajo su control de amor. Y si no elegimos confiar en Dios, entonces Él no podrá ayudarnos a enfrentar las tentaciones. Sólo cuando le hayamos permitido llevarnos a la experiencia de ser espirituales (en lugar de simplemente religiosos), podrá librarnos de las tentaciones. En otras palabras, el gran Dios que creó el sol, la luna, y las estrellas, y evita que choquen entre sí, el Dios que sostiene toda la vida en el universo, el Dios que colgó de la nada un mundo de seis sextillones de toneladas, ese mismo Dios es incapaz de cambiar mi vida a menos que yo se lo permita.

PROMESAS BÍBLICAS

A menudo hemos repasado la Biblia, en busca de promesas que podamos reclamar para recibir ayuda en tiempos de problemas, ignorando las condiciones

enumeradas en esas promesas. Uno de esos textos se encuentra en 1 Corintios 10:13: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana. Y Dios es fiel, Él no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podáis soportar. Pero cuando sois tentados, Él también os dará una salida para que podáis resistir»

Ahora bien, ¿este texto es para cualquiera que quiera reivindicarlo? ¿O estaba Pablo hablando con gente piadosa? Quizás Pablo estaba siendo demasiado misericordioso con los cristianos de Corinto, pero es obvio que asumió que sus lectores sabían lo que significaba ser espiritual, piadoso, y tener una relación de fe con Dios. Las promesas bíblicas de superación sólo pueden aplicarse a quienes viven en una relación de fe con Dios.

RECETAS PARA LA SUPERACIÓN

Por supuesto, todos hemos oido hablar de diversas «recetas» para superar la tentación. ¿Alguna vez has probado alguna de estas? ¡Las he probado todas, pero no han funcionado! No creo que orar cuando llegue la tentación me vaya a dar la victoria. Lo he probado y no funciona. No creo que citar versículos de las Escrituras cuando llegue la tentación, me ayude a vencer. Lo he probado y tampoco funciona. ¡Y no creo que cantar

himnos sea efectivo, porque he cantado las diecisésis estrofas!

Por lo general, cuando las personas prueban estos métodos se sienten frustradas y desanimadas, porque el fracaso y la derrota siguen apareciendo. Verás, ¡el problema es que están peleando la batalla donde no está! Como no nos hemos dado cuenta de que la victoria sólo puede llegar a través de nuestra relación con Cristo, hemos ideado todo tipo de sustitutos hechos por el hombre. Recuerdo haber oído a alguien hablar de casos reales que «probaron» que la solución era orar cuando llega la tentación. Habló de un hombre que estaba enojado con otro, dispuesto a aplastarlo en la cara. Tenía los ojos desorbitados, la cara enrojecida, las venas marcadas. Pero justo antes de pegarle al otro tipo en la boca, se dio cuenta de que estaba siendo tentado, y el consejo fue que, cuando llegara a ese punto de realización, debía orar. ¿En realidad? ¡Debería haber orado mucho antes de llegar a ese punto!

Supongamos que estoy haciendo cola en Baskin Robbins por quinta vez esta semana, listo para pedir un cono de helado de tres pisos. (¡Esa es la versión vegetariana de emborracharse, ya sabes!) Ahí estoy. El camarero ya ha colocado las bochas, y yo tengo el cono

en la mano. Estoy a punto de darle un mordisco, cuando de repente me doy cuenta de que estoy luchando contra la tentación. ¿No te parece extraño que no reconociera la tentación antes de llegar a este punto? ¿Y no he perdido ya la batalla por el tema principal? Si es así, un ejercicio de fuerza de voluntad en este punto podría impedirme llevar a cabo la acción, pero no me dará una victoria genuina. ¿Por qué? Porque toda verdadera obediencia viene del corazón.

Aquí hay dos puntos importantes para recordar. Primero, el verdadero problema en el pecado y la tentación es la dependencia de mí mismo. En segundo lugar, siempre que dependo de mí mismo, o caigo, o recurro a trucos y maniobras para salir de la crisis en la que ya estoy.

Incluso, si consigo dejar de llevar a cabo la tentación real, la «victoria» es sólo externa. El plan de Dios es que resistamos el problema principal del pecado y la tentación peleando la batalla de la fe, sabiendo lo que significa depender de Dios. Y en esta relación de fe, hay dinero en el banco. Entonces, cuando llegan las tentaciones, Dios las maneja por mí.

Desafortunadamente, la personalidad del «holandés testarudo» (el que parece capaz de manejar las tentaciones

exteriormente, aparte de esta relación de dependencia) puede engañarse pensando que está manejando las tentaciones adecuadamente. Pero recuerda, el pecado y la tentación son más fuertes que la fuerza de voluntad de cualquier hombre, y si creo que tengo suficiente valor para superar las tentaciones, entonces me estoy engañando a mí mismo. Lo único que puedo hacer con mi columna vertebral para manejar las tentaciones es parecer victorioso por fuera. Pero ya perdí la batalla por dentro. La verdadera victoria final es siempre desde dentro, antes de que la crisis me alcance. La victoria no llega en tiempos de crisis.

JESÚS Y LA TENTACIÓN

«Pero», dice alguien, «Jesús citó las Escrituras cuando estaba siendo tentado, y así obtuvo la victoria sobre el diablo». Sí, Jesús citó las Escrituras, pero no fue así como obtuvo la victoria. Echemos un vistazo al relato de Su tentación en el desierto, que se encuentra en Mateo 4:1. «Entonces, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.» Nota que Jesús fue guiado por el Espíritu. Estaba dispuesto a dejar que Dios dirigiera Su vida y sus acciones.

Ahora bien, algunos han dicho que el verdadero problema en la primera tentación fue el apetito, y que Jesús

obtuvo la victoria sobre Su apetito citando las Escrituras. Pero ¿es pecado tener hambre cuando no se ha comido durante seis semanas? Difícilmente. El primer ataque del diablo con la tentación fue no lograr que Jesús comiera. La cuestión era completamente diferente. Fue lograr que Jesús hiciera algo por Su cuenta, para lograr que usara Su divinidad inherente, en lugar de confiar completamente en el poder de Su Padre. Si Cristo hubiera cedido a las burlas del diablo, habría arruinado la demostración de cómo debemos vivir, y cómo debemos manejar la tentación.

Jesús no cayó en las trampas del diablo. Su respuesta constante fue: «Escrito está...» Y por eso, algunos han utilizado esta experiencia para apoyar la idea de que debemos memorizar las Escrituras para sacarnos de las dificultades. Pero ¿dependió Jesús de citar las Escrituras para obtener la victoria? ¡Por supuesto que no! Exploraremos esto un poco más.

¿Alguna vez has estado en una situación en la que estabas siendo tentado, y sentiste que citar las Escrituras podría ayudar, pero no las citaste porque no querías ayuda en ese momento? Te estás preparando para morder ese triple cono de Baskin Robbins, y de repente te das cuenta de que estás siendo tentado, pero tienes miedo de que, si

oras, puedes lograr dejar de seguir adelante con la tentación. Así que guarda tu oración para más tarde, cuando puedes pedir perdón. (¡Y aquí no estamos hablando sólo de conos de helado!)

También existe la forma breve de tentación, en la que no tienes tiempo para orar o citar las Escrituras. Algunas tentaciones requieren una cuidadosa planificación, reflexión, y premeditación de tu parte: la forma larga. Pero la forma corta de tentación es más rápida. Tú me abofeteas, y yo te devuelvo el bofetón. No hay tiempo para citar versículos de la Biblia. No hay tiempo para orar. No hay tiempo para cantar himnos. Y si alguna vez vas a recibir ayuda para superar las tentaciones breves, entonces deberás tener la reserva en el banco, antes de que las tentaciones te alcancen. ¿No tiene eso sentido?

Y realmente, ¿existe alguna diferencia de principio entre las tentaciones de formato corto y largo? No. La forma larga ocurre cuando alguien sugiere: «Vamos a escabullirnos a Baskin Robbins la semana que viene. Nos vemos allí.» La única diferencia es que tienes toda la semana para planificarlo (¡y por favor no te pierdas el punto, y boicotea a Baskin Robbins por mi ilustración!)

Entonces, ¿por qué Jesús citó las Escrituras, si no fue para obtener la victoria? Permítanme sugerir que citar las Escrituras fue una respuesta espontánea a la crisis del momento en que Jesús ya conocía el uso de las Escrituras, de rodillas en oración secreta, ¡mucho antes de la crisis con Satanás en el desierto! Sabía lo que era tener las abundantes riquezas de la gracia y el poder de Dios en Su vida. Su victoria se basó únicamente en la presencia de Dios que moraba en él, la cual era un resultado directo de su relación personal diaria con su Padre.

Una persona puede orar cuando es tentada, si está en contacto con el Padre. Puede citar las Escrituras, puede cantar, pero eso no es lo que le da la victoria sobre la tentación.

DEPENDIENDO DE CRISTO

Ahora bien, es cierto que Jesús nos dijo que «velemos y oremos». Pero Él no estaba hablando principalmente de estar atento a las tentaciones sobre cosas específicas. Necesitamos velar para que nada nos separe o nos aleje de Dios, de la dependencia personal, de nuestra relación diaria con Él. Sólo entonces podremos tener la victoria.

Cristo nos abrió una vía de escape. Vivió en la tierra y enfrentó el mismo tipo de pruebas y tentaciones que nosotros. Sin embargo, vivió una vida sin pecado. Él murió por nosotros, y ahora se ofrece a tomar nuestros pecados y darnos justicia, si aprendemos a depender de Él.

¿Cómo depender de Cristo nos da la victoria sobre los pecados? ¿Qué logra nuestra relación con Dios?

Cristo cambia el corazón y permanece en tu corazón por la fe. Necesitas mantener esta conexión con Cristo entregándole continuamente (diariamente) tu voluntad, y mientras hagas esto, Él obrará en ti «el querer y el hacer según su buena voluntad». Entonces, con Cristo obrando en ti, tú demostrarás el mismo espíritu, y harás las mismas buenas obras que Él hizo.

Este mismo principio se enseña en Hebreos 4:16, pero muchos de nosotros hemos entendido mal, y hemos usado mal el significado del texto. Si lo leyéramos de la forma en que lo hemos practicado a menudo al manejar las tentaciones, tendríamos que leerlo como esto: «Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, en el momento de necesidad, para recibir misericordia, y encontrar gracia que nos ayude». ¡Pero no dice eso! Dice: «Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia,

para recibir misericordia, y encontrar gracia que nos ayude en el momento de necesidad». ¿Ves la gran diferencia entre las dos formas de leer este versículo?

«Bueno, entonces», dice alguien, «en realidad estás diciendo que Dios sólo puede librarme de la tentación a los piadosos, así que, si caigo en la tentación, eso significa que no soy piadoso.» En cierto sentido, ¡sí! No confiabas en Dios en ese momento, y por eso caíste.

Pero recuerda, el Señor puede librarme de la tentación en cualquier momento en que dependo de Él (en lugar de mí mismo), incluso mientras todavía estoy aprendiendo lo que significa depender de Él, todo el tiempo. En otras palabras, puedo conocer la victoria final siempre que dependo de Él. No existe tal cosa como una rendición parcial, porque en cualquier momento dado, dependo totalmente de Dios, o totalmente de mí mismo. Por lo tanto, no tengo que esperar hasta tener noventa años para poder experimentar la victoria sobre el pecado. Puede suceder en cualquier momento en que me entregue completamente a Él, ¡incluso al comienzo de mi experiencia cristiana! El crecimiento en el proceso de santificación está en la constancia de mi entrega a Su control del amor.

PERMANECIENDO EN ÉL

El hecho de que falle en una determinada tentación no significa que todavía no pertenezco a Dios. Sin embargo, sí significa que, en cierto sentido (porque soy un cristiano inmaduro), no dependo de Él en ese momento, sino que dependo de mí mismo, y de mis propias maniobras extravagantes para sacarme de la crisis. Entonces, cuando me doy cuenta de que he pecado, no debo perder el tiempo volviendo inmediatamente a Dios en arrepentimiento. Si continúo buscándolo, a pesar de mis fracasos, Él me ayudará a lograr una victoria completa, definitiva, y continua.

Ese es el significado de 1 Juan 3:6, «Nadie que vive en Él, sigue pecando. Nadie que continúa pecando, le ha visto ni le ha conocido.» He escuchado a algunos tratar de explicar este texto, diciendo que significa que no pecaremos habitualmente, pero nadie nunca ha definido, para mí, cuándo un pecado se convierte en un hábito. Si consigo un triple cono en Baskin Robbins, una vez al año, ¿es así? ¿Eso es un hábito? ¿Qué pasa si tengo uno, una vez al mes? ¿O es sólo un hábito si lo hago cinco veces por semana? Te desafío a que me digas qué sería pecar

habitualmente, si el pecado se define únicamente en términos de conducta.

¿Qué significa realmente el texto? Nos dice que el problema principal del pecado es no permanecer en Él. Cuando no permanezco en Él, estoy pecando. Pero si permanezco en Él, entonces no estoy pecando. 1 Juan 3:9 nos dice que, «Ninguno que es nacido de Dios continuará pecando, porque la simiente de Dios permanece en él, no puede seguir pecando, porque ha nacido de Dios.» (ver también 1 Pedro 1:23) Cuando haya nacido de nuevo, cuando haya sido convertido, no quiero vivir en mi propia independencia. Querré permanecer en Cristo, someterme, y permanecer bajo Su control de amor. Ésa es la cuestión básica del pecado, la cuestión principal de cualquier tentación: hacer cualquier cosa sin depender de Él.

EL ENFOQUE CORRECTO

Recuerda, Dios nunca tuvo la intención de que nos obsesionáramos con nuestros pecados, nuestros errores, o nuestros problemas. Cuando nos concentraremos en estos, la victoria del diablo está asegurada. El plan de Dios es mejor. Debemos mirarlo, considerarlo, y conocerlo en una relación personal y diaria, de amor y dependencia. Y esta

dirección de la voluntad es la forma adecuada de manejar la tentación.

Estoy agradecido por el ejemplo que dio Jesús, y por las experiencias de las personas que han aprendido (y todavía están aprendiendo) la verdad sobre cómo manejar la tentación. Me animó un escritor, que compartió con nosotros su experiencia con estas palabras: «Durante mucho tiempo intenté vencer el pecado, pero fracasé. Desde entonces supe la razón. En lugar de hacer la parte que Dios espera que haga, y que puedo hacer, estaba tratando de hacer la parte de Dios, que Él no espera que haga, y que no puedo hacer. Ante todo, mi parte no es obtener la victoria, sino recibir la victoria... ya ganada para mí, por Jesucristo...»

¿Puedes identificarte con esto? Y continúa: «Esta victoria es inseparable de Cristo mismo, y cuando aprendí a recibir a Cristo como mi victoria mediante la unión con Él, entré en una nueva experiencia. No quiero decir que no haya tenido ningún conflicto, y que no haya cometido ningún error desde entonces. Lejos de eso, pero mis conflictos han ocurrido cuando influencias ejercieron sobre mí, para inducirme a perder mi confianza en Cristo, como mi Salvador personal, y a separarme de Él. ... La lucha que

debo librarme 'la buena batalla de la fe'. No creo en mí mismo, y por lo tanto no tengo confianza en mi propio poder para vencer el mal. Lo escucho decirme: 'Mi poder se perfecciona en la debilidad', y entonces entrego todo mi ser para estar bajo Su control, permitiéndole obrar en mí, 'tanto el querer como el hacer'... Él no me decepciona. Viviendo en mí, su vida de victoria, Él me da la victoria.»

Te pido, amigo mío, que aprendas lo que significa venir ante el trono de la gracia, cuando no hay presión, antes de que surja la crisis, cuando el diablo no te enfrenta con tentaciones. Eso es lo que hizo Jesús. Pasaba las primeras horas tranquilas de cada mañana con Dios, buscando fuerzas para el día siguiente. ¡Y esa es la única manera en que podemos tener la victoria!

Nunca olvidaré el día en que me di cuenta de esta verdad. Había estado estudiando este tema de la vida victoriosa, y estaba empezando a concluir que todo el proceso de santificación se basaba en una comunión continua con Jesús. Parecía demasiado bueno para ser verdad. No podía creer que pudiera ser tan simple. Recuerdo haberle pedido a Dios una muestra esa mañana: «Por favor, Señor, esto suena como la respuesta. Creo que entiendo la teoría, pero también necesito experimentarla.

Por favor, dame un ejemplo de ello hoy.» Luego, seguí con mi trabajo, y me olvidé por completo de esa oración hasta el mediodía, cuando conducía por una calle muy transitada de Sacramento.

De repente me asaltó una tentación, y en el momento en que lo hizo, un escalofrío como una descarga eléctrica me recorrió (y eso no tenía ningún sentido, porque era un caluroso día de verano). Evidentemente, mi repulsión ante la tentación provocó el escalofrío. Y al mismo tiempo, la tentación desapareció, y aunque lo intenté por un momento, ¡no pude recordar qué había sido! Era como una especie de amnesia.

Quizás esta experiencia te suene rara, pero para mí no lo fue. Podrías explicarlo como una especie de precondicionamiento psicológico, pero no puedo. Sabía que mi contacto con Dios esa mañana había sido válido, y sabía que Dios estaba conmigo en el momento de la tentación.

Recuerdo haberme detenido en la acera. No pude contener las lágrimas. Incliné la cabeza y le pedí a Dios que me ayudara a nunca olvidar ese momento, y que me ayudara a compartir la base de esa experiencia con los demás. Creo que Dios en su gran amor me dio, en ese

momento, una muestra de lo que puede ser la victoria final, para animarme a responder a mi oración. Ojalá pudiera decir que cada momento de cada día desde entonces ha sido así, pero como todos los demás, he tenido que pasar por la dolorosa lucha del crecimiento, y aprender a depender cada vez más constantemente de Dios, y cada vez menos en mis propios trucos.

Estoy agradecido por el gran Dios del Cielo que ha prometido manejar nuestras tentaciones por nosotros, que ha prometido suministrarnos el poder que no tenemos. Estoy agradecido por Jesús, que hizo posible la victoria por Su vida de victoria, y por Su muerte en la cruz. Quiero aprender más sobre depender de Él, y lo que significa permanecer en Él, en cada momento de cada día. ¿No es así?